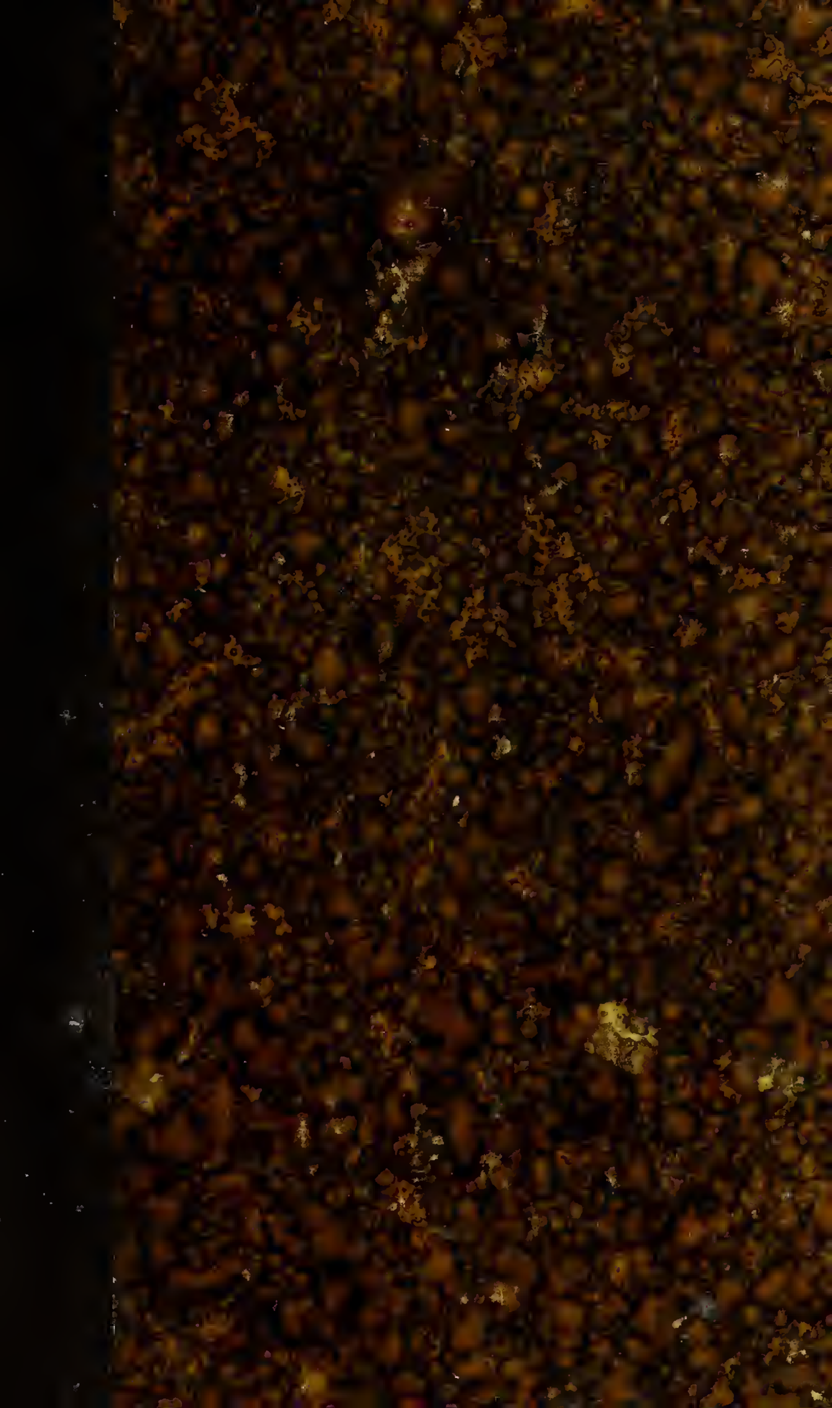
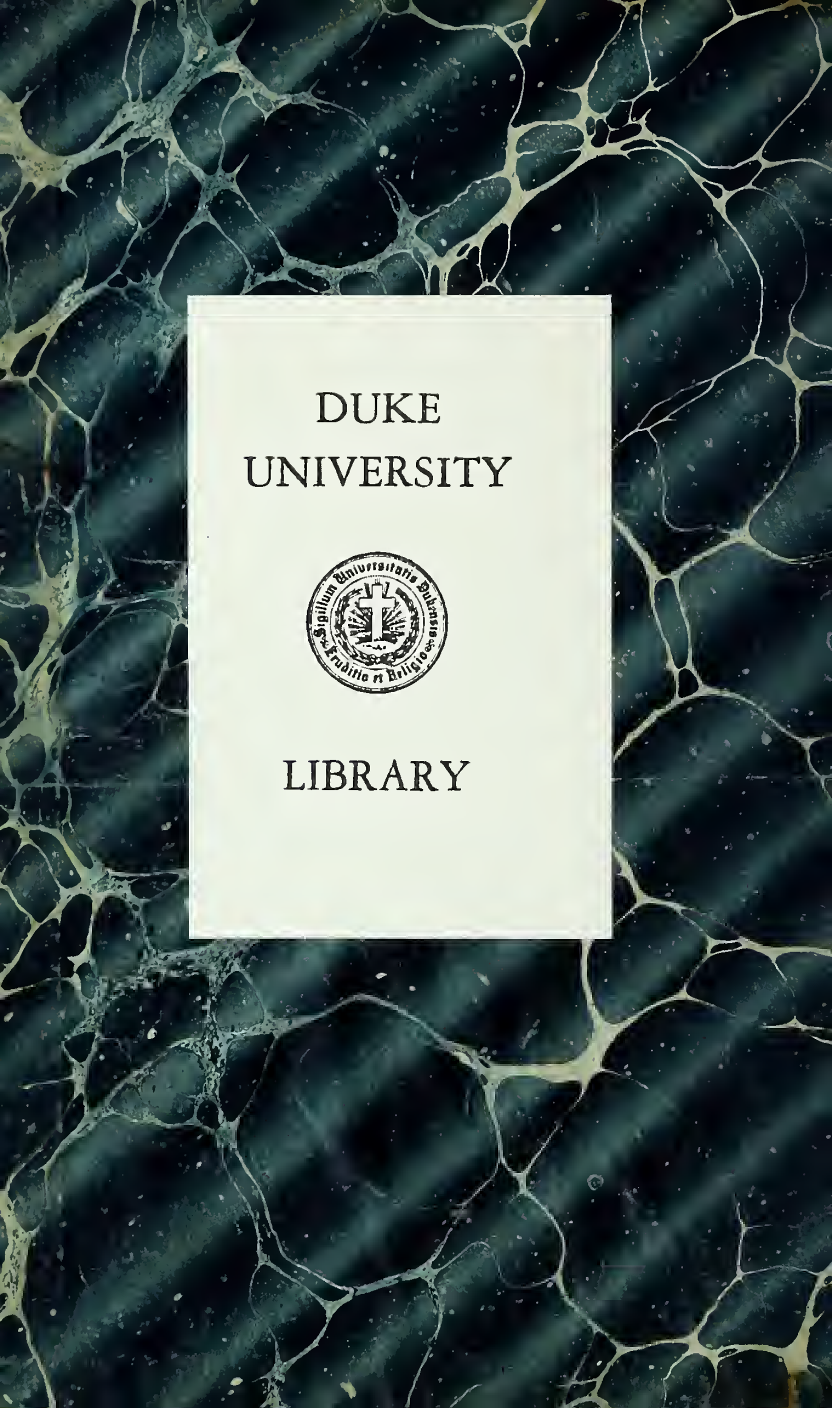
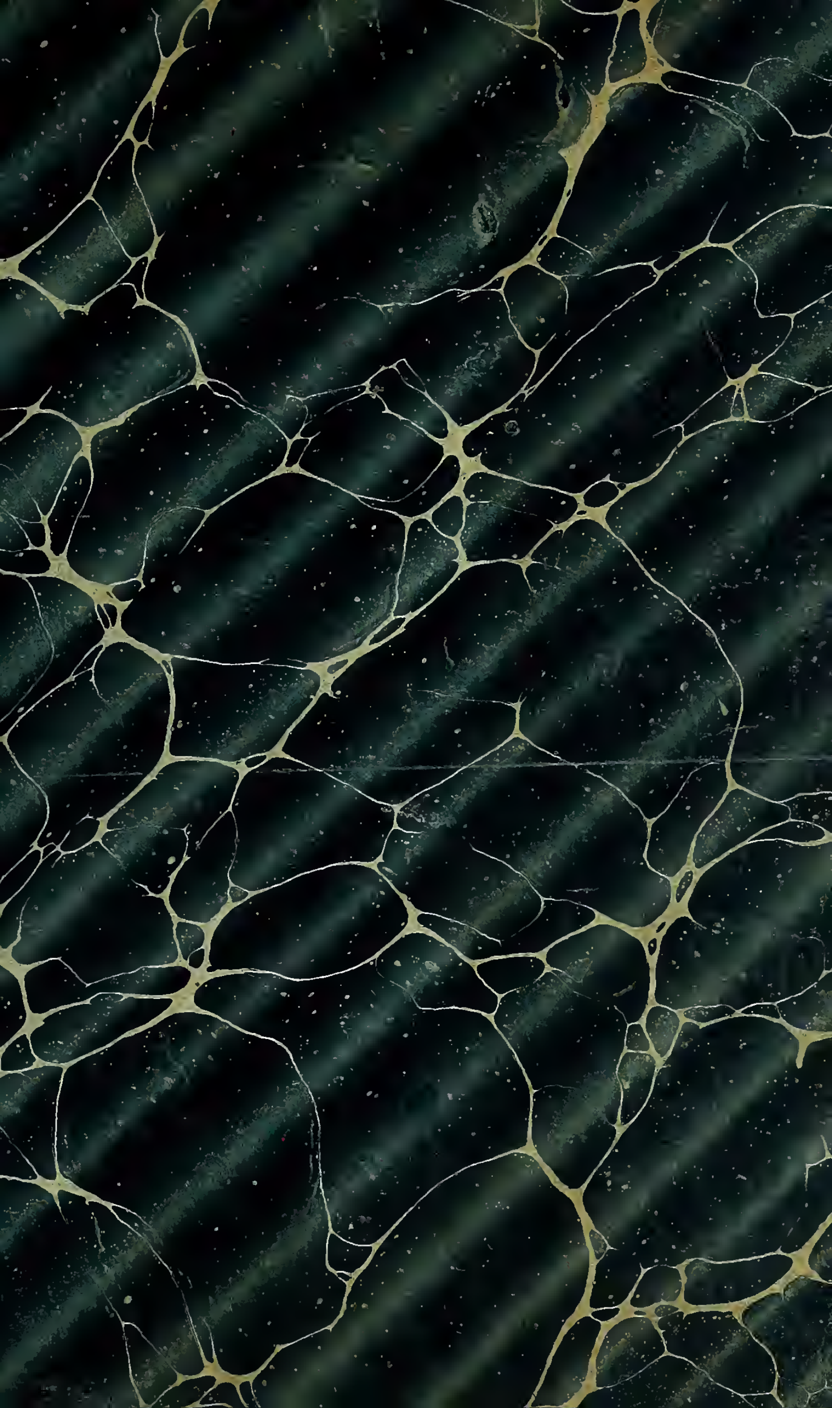




DUKE
UNIVERSITY
Sigillum Universitatis Dukensis
Eruditio et Religio
LIBRARY



HISTORIA

DE

COPACABANA

Y DE LA

MILAGROSA IMAGEN DE SU VIRGEN

Escrita por el R. P Fr. Alonso Ramos, y compendiada por el P. Fr. Rafael Sans,
Cura interino del Santuario y misionero apostolico del Colegio de la Paz.

CON DOS LAMINAS.

Con aprobacion del Ilustrísimo Señor Obispo

Dr. D. Mariano Fernandez de Córdova



LIMA:

IMPRESA—POR J. ENRIQUE DEL CAMPO.

1857.

Dedicatoria a los Illmos. Obispos de la America.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

El resúmen de una obrita piadosa, cuyo objeto es manifestar la mísera abyecion de la América en su inmunda idolatría, y los actuales beneficios de la fé y los portentos de esta venerada Imágen de Copacabana ¿á quién podria dedicarse mejor que á los destinados por el Espíritu Santo para rejir en este Nuevo Mundo á la Iglesia de Dios? Por desgracia, todavia hay en este hemisferio aras que derribar y errores que combatir. Por lo que, á los enviados como Isaías, para arrancar y destruir los malos gérmenes del paganismo y de la herejía, y para edificar y plantar la civilizadora, benéfica y divina semilla del Evangelio, me atrevo á dedicar este pequeño trabajo, esperando que lo aceptarán benignamente, siquiera como un recuerdo del poder de esta gran Reina, que es el cetro de la fé católica y como una prueba de la adhesion y respeto que les profesa este humilde servidor y súbdito de sus Ilustrísimas.

Fr. Rafael Sanz.

ADVERTENCIA.

Despues de algunos años de averiguaciones y dilijencias se pudo adquirir del Sr. Dr. D. Pedro Romero, de Puno, el tan deseado libro llamado Historia de Copacabana, escrita por el R. P. Fr. Alonso Ramos; pero con tal fatalidad que por viejo y estropeado carece de principio, de fin, y de algunos intermedios. Esto por la parte material; por la formal debemos añadir, que el autor poseia una regular erudicion sagrada y profana, que él se empeña en lucir, principalmente en la introduccion de los capítulos, haciendo así pesada su lectura. Su sobrada devocion le hace dar demasiada importancia á frivolidades y olvidarse de la crítica, defectos de aquel siglo. Y á pesar de la grande fé que la América de los Incas, principalmente el Perú y Bolivia, profesan á esta Vírgen milagrosa, dudamos que hubiese lector tan pacienzudo que pudiese concluir algunos de sus capítulos sin dejar el libro, fastidiado de su morosidad.

Para evitar, pues, ese fastidio y hacer grata su lectura, hemos tratado de compendiarlo, para conservar siquiera un resúmen de esos anales, cuyos ejemplares han desaparecido, y cuyo extracto no dudamos satisfará la curiosidad de los arqueólogos y la piedad de los devotos. Mas, como el único ejemplar estropeado que hemos podido conseguir empieza en la pájina 17, como á medio capítulo 4.°, nos vemos en la precision de suponer que el autor en los dos primeros capítulos trataria de la situacion geográfica del lago de Titicaca y principalmente de Copacabana. Bajo este supuesto empezamos—

CAPITULOS I Y II.

ISLA Y LAGUNA DE TITICACA, SU SITUACION.

El lago ó gran laguna de Titicaca, que tambien se llamó Chucuito, cuyo mapa adjuntamos para mejor intelijencia, es el mas grande de la América del Sud; está como dividido en dos por la península de Copacabana, que aproximándose hácia el Este al continente de Omasuyos, forma el estrecho de Tiquina, que los comunica á ambos: así como la península ibérica y los montes de Marruecos forman el estrecho de Gibraltar, por donde el Mediterráneo comunica con el Atlántico. La circunferencia de esta laguna tendrá unas cien leguas; su elevacion sobre el nivel del mar es de 12,850 pies ingleses, ó cerca 5,000 varas castellanas; su parte mas al sud está entre Guaqui y el Desaguadero, en 16° 31' latitud, y su parte mas al norte es por Vilque-chico á los 15° 11'. Y tirando una línea recta que desde Aigachi pasase por el estrecho de Tuquina hasta Ramis, se vé que tiene mas de grado y medio, ó treinta leguas españolas de diámetro en su mayor longitud, y como doce de ancho en su parte mas abierta, que es desde cerca de Pomata á Carabuco. Casi en la cruz de estas dos líneas está la isla famosa de Titicaca, objeto muy principal de la primera parte de este escrito, y de la cual la tradicion vulgar hace salir á Manco-Capac á la conquista del imperio, fundando en ella

un templo al sol, que se cree fué el primero; y del cual parece que se olvidaron despues sus descendientes con los estupendos templos del Cuzco, con las incesantes empresas de la conquista y del engrandecimiento del imperio. Despues se tratará de la extension y demas cualidades de la isla; pero notaremos de paso, que tanto ella como su lago están en la parte mas alta de la elevada meseta de los Andes, como en medio de dos cordilleras perpétuamente nevadas, de cuyos deshielos y vertientes fluyen los rios que la conservan. Ella estaba como en el centro de los vastos dominios que los Incas supieron conquistarse, y no comprendemos cómo la novedad ó la exijente política pudieron hacerles olvidar esta cuna de su dinastía y de su religion, como Alejandro se iba olvidando de Macedonia, y de Córcega los parientes de Napoleon.

CAPITULOS III Y IV.

ISLA DE TOPAC-YUPANQUE Á TITICACA.

Quizá por este olvido y la consiguiente decadencia del culto solar, se resolvió un viejo sacerdote de este primitivo adoratorio á marchar hasta el Cuzco (aquí empieza la obra que compendiamos), para convencer al duodécimo Inca, llamado Topac-Yupanque, que se dignase visitar esta isla y templo tan célebres entre los indios Collas; y tanto le encareció su orígen y antigüedad, la belleza del lugar, las maravillas que allí se gozaban y los oráculos del númen, que lo oyó con gusto y se resolvió ir á visitarlo. Sus capitanes se oponian á ese largo viaje, que podia exponer al monarca á los ricsgos de la navegacion, por ellos desconocida, y por no descuidar con tal romería los importantes cuidados del gobierno. Mas, el Inca, cuya voluntad era ley, supo convencerlos, y se emprendió la marcha con gran acompañamiento de jente ilustre y con los mayores actos de devocion. Llegado al embarcadero de Yambopata, despues de esquisitas ceremonias y sacrificios, entró el Inca en una balsa grande; y considerando el golfo que atravesaba y la belleza de la isla que ya tenia á la vista, se admiró y creyó cuanto le dijera el anciano.

Luego que vió la peña Titicaca se descalzó, la adoró, y reconociéndola con atencion, vió que jamás habia sentado pájaro en ella y la tuvo por sagrada. Quiso regularizar el culto, y por indicacion del anciano escojió algunos viejos y viejas instruidos en los ritos de aquella deidad, los instituyó maestros de ceremonias, en las que lo catequizaron á él mismo para dar así mas importancia al culto nacional. Tambien ayunó á su modo, como veremos mas adelante. Luego se declaró soberano absoluto de la isla, y mandó salir de ella á sus habitantes naturales, y sin darles audiencia los trasladó al pueblo de Yunguyo, pues no eran los mas morales ni los mas aparentes á sus intentos. Con esa visita y disposiciones de Topac-Yupanque, fué tal la importancia que recobró este santuario del sol, que venian á él desde Quito, de Pasto, de Chile y de los ángulos mas remotos de la monarquía peruana; así como concurrian al templo de Delfos los pueblos mas cultos de la Grecia. Su hijo y sucesor Guainacapac imitó su ejemplo, y le dió mas realce trayendo del Cuzco una de sus dos hijas, que puso en la casa de las vírgenes del sol, como Superiora de las demas. Volveremos á hablar de ella en el capítulo XXVI.

CAPíTULO V.

COSAS PARTICULARES DE TITICACA.

Quiso el autor visitar esta isla para informarse mejor y poder escribir de ella con mas veracidad; aunque no tan á su satisfaccion por la falta de cultura de sus naturales: que si en vez de ser habitada por jente bárbara, lo hubiera sido por una nacion culta, hubiérase celebrado á Titicaca, como á Delos, ó Chipre, ó Rodas, si no por su belleza, su fertilidad, sus aguas y demas excelencias, siquiera por la estimacion con que el misterioso Manco y sus descendientes la veneraron, y por la mucha sangre inocente de los niños sacrificados al sol, lo que causa espanto, si es que merezcan crédito los antiguos; pues no se pretende acreditar en este libro lo que no fuese cierto ó probable, ni entretener gustos ajenos con menoscabo de la verdad. Dejaremos pues las cosas increibles para amigos de fábulas, sin quererlas hacer pasar por ciertas ni milagrosas. Téngase presente esta advertencia en las mas de las cosas relativas al antiguo gentilismo.

Habiendo, pues, visitado la isla, y rodeádola toda con una balsa, puedo asegurar que toda ella tendria cerca de cuatro leguas de largo, y como dos de ancho, con unas ocho de circunferencia, con varias ensenadas y golfitos; tiene agua buena aunque no mucha, y la del lago les sirve para la comida y el ganado: aunque el manantial ó pila de tres caños, que todavia se llama la fuente del Inca, es abundante y tersa. Su temperatura es mejor que la de Copacabàna y de todas estas alturas; su arboleda es regular, y creen los indios que toda fué puesta á mano por órden del Inca; lo que no es creible, pues los matorrales y otros árboles son producciones expontáneas de estos terrenos y latitudes. Si bien los Incas fueron muy amantes de la agricultura, y en Airaguanca, pueblo de Omasuyos, me mostró un indio viejo una planta llamada topasaire, cuyas hojas usan los indios como tabaco, asegurándome que el Inca la habia mandado traer de muy léjos.

Lo que se tiene por cierto es, que él mismo hizo plantar unas estacas de molles y alisos y aun quiso poner coca, planta tan estimada del indígena. Al efecto, hizo construir á gran fuerza de brazos andenes sólidos, ahondando la tierra en lugar abrigado, y plantó los arbustos con mil precauciones. Ya creia haber logrado su intento, pues la coca prendió; cuando se derrumbó el cerro y soterró desgraciadamente las plantas y plantadores. Entónces desistió con sentimiento de su empresa; ofreció la sangre de los soterrados, y aun sacrificó algunos niños, con cuyo holocausto le pareció templar la desgracia de aquel suceso, que no se sabe á cual de los Incas aconteció. Hay en la isla un palacio, un templo del sol, un convento de doncellas y otras ruinas, con la pila muy bien conservada; cuyas obras se atribuyen á Topac-Yupanque, padre de Guainacapac, innovador sangriento del culto apacible que enseñára á estas tribus el sabio fundador de su dinastía, como lo deploraremos en los capítulos siguientes. Prescindimos de las grandes patrañas de los oráculos y maravillas, con que se dice, que el enemigo embaucaba á estos pobres salvajes. Todos los supersticiosos han sido víctimas de supercherias.

CAPITULO VI.

ETIMOLOJIA Y OTRAS PARTICULARIDADES DE LA ISLA.

El nombre de esta isla del sol puede tener dos etimologías; puede derivarse de *titi*, que en aimará significa gato montés, y *kaca*, peña: que en ese caso significaria *peña del gato*, porque dicen los indios que en tiempos pasados se vió en la peña un gato con gran resplandor, paseándose en ella ordinariamente: su lucidez natural hacia creer á los idiotas indígenas que era el representante del sol, haciendo de aquella peña su mas famoso adoratorio. Pudiera ser que el tal gato fuese el animal llamado Carbunco, que los de Guamico dicen haber visto algunos de ellos por el resplandor que despiden de noche con la piedra carbunco ó rubí, que les dió naturaleza; la que cubren con una especie de velo belloso cuando los persiguen. Y aun se dice que el Inca tuvo algunas de esas piedras, en particular una muy grande que llamaba Intiptoca, que equivale á cosa escupida del sol. La otra etimología, que es la mas vulgar y natural, es la que hace derivar *titi* de estaño, plomo ó cobre, y *kaca*, peña; que juntas significan peña de estaño, cobre ó plomo; sin embargo de no verse en dicha peña la mas leve brizna de tales metales. Prueba de que las etimologías no son siempre la mas segura credencial de los nombres de las cosas, á quienes por lo comun bautiza una circunstancia frívola, un chiste ó un disparate, cuya ocurrencia no pueden adivinar despues los venideros.

Sea como fuese, esa peña fué para los peruanos tanto ó mas venerada que la del Sinaí y del Oreb para los Israelitas, y que las de las Esfinjes para los egipcios. Ella nada tiene de notable, es de una apariencia tosca, está sobre una pequeña colina que tiene delante una pampichuela ó planicie, que sirvió para sembrios, pues es de tierra fácil, y aun dicen ser traida á mano por órden del Inca, que no podia ver ociosos á sus vasallos, y les mandaba llevar piedras y tierra de unos lugares á otros para cercar y fertilizar campos de su gusto, principalmente éste y los adyacentes en sus faldios, que destinaba para chácara del sol. Asi es, que en una ensenada á la playa de la laguna plantó molles, alisos y otros árboles de adorno; y aun existen las cercas de un jardin formal.

En la llanada de esta isla se han hallado muchos idolillos de oro, y curiosos vasos de barro: vénse aun las catas ó rastros de escavaciones que se han hecho para buscar los tesoros que en sus sepulcros enterraban los antiguos. Ahora todo está cubierto de pajonal y maleza. Al lado de una planicie, como á treinta pasos de la peña, están las calas del sol, del trueno y del relámpago, á quienes los indios respetaban mucho. Mas adelante, en la barranca que está al frente del camino entre Juli y Pomata, estuvo la despensa del sol, que si el tiempo no la hubiese desbaratado, se recrearia la vista en los edificios y traza de esa especie de laberinto por los innumerables retretes que tenia, llamado vulgarmente *chingana*, que quiere decir lugar donde se pierden. En medio tenia un verjel con su alameda de alisos, cuya continua frescura conservaba un perenne manantial que allí brotaba. A la sombra de estos árboles labró el Inca unos curiosos baños de piedra para el sol y su culto. Otros edificios hay hácia la parte de Omasuyos, ó del Norte. A todo eso se entra por la puerta dicha Kentipuncu, como á doscientos pasos ántes de la peña, donde el Inca se descalzó la primera vez que vino; que por eso edificaron la tal puerta, á cuyo lado se ven ruinas de unos caserones, que fueron antes habitacion de los ministros del Santuario y de las vírgenes dedicadas al sol. Mas adelante, al lado del camino, hay unas peñas con unos descascaros parecidos á pisadas de gigante, que los indios dicen ser las plantas del Inca, ó de un santo que ántes estuvo por acá, de cuya tradicion hablaremos luego.

Es estraño que el P. Ramos no haga mencion de la fortaleza que habia en el puerto de Titicaca, de la casa-palacio con su jardin que está á la derecha del puerto, á poca distancia; y principalmente de la hermosa fuente, que se conserva intacta y corriendo en abundancia. Puede verse la descripcion que de todo eso hicimos en la excursion á las islas.

CAPITULO VII.

POBLACION DE COPACABANA Y MODO DE VISITAR LA PEÑA.

El haber sacado el Inca á los naturales de la isla, trasladándolos á Yunguyo, fué porque quiso poner de custodios del famoso adoratorio del sol á gentes de su confianza; por

que esas emigraciones de Mitimaes ó advenedizos, formaban el gran recurso de su política civil y religiosa. Antes de la venida de Tupac-Inca, seria Copacabana una rancheria, y para poblarla ó fundarla á su gusto trasplantó á los Anuscos, Harincuscos, Ingas, Chinchaisuyos, Quitos, Pastos, Chachapoyas, Cañares, Cayambis, Latas, Cajamarcas, Guamachucos, Guaylas, Yauyos, Ancarás, Yanaguaras, Chumbivilcas, Pabrechilques, Collaguas, Hubinas, Canches, Canas, Quinarguaros, Lupacas, Capangos, Pucopucos, Pacajes, Yungas, Carangas, Quillacas, Chichas, Soras, Copayapos, Colliyungas, Guanucos y Huruquillas. De estas cuarenta y dos naciones ó tribus puso tantos indios casados, con órden que, si por el discurso del tiempo, faltase alguna, la trajesen de su tierra. Pero, á pesar de esa órden imperial, las mas están tan perdidas que ni los apellidos se hallan; aunque existen todavia las estancias de los Chachapoyas, Cañares, Cana y alguna otra. Y viendo el monarca que este lugar era tan á propósito para la agricultura y vigilancia del vecino adoratorio, trajo del Cuzco algunos de su parentela, llamados Ingas ó Incas, cuyos apellidos aun se conservan, para que estos tuviesen sujetas las demas naciones. Puso por Gobernador á Apu Inga Sucsu, nieto de Viracocha Inga, visabuelo de Guainacapac y abuelo de Topac Inga, por su conocido valor. Este Apu Inga Sucsu fué padre de Apuchaloo Yupanque, abuelo de D. Alfonso Inca y de Don Pablo Inga, primos ambos del devoto escultor de esta santa Imágen de Copacabana, Francisco Tito Yupanque: y dicho Apulchalco Yupanque fué muerto secretamente por órden de Mango Inca, hijo de Guaynacapac, porque habia favorecido la expedicion de Diego Almagro al pasar á Chile: pero antes de morir, de acuerdo con Paullo Topa Inca, otro hijo de Guaynacapac, prestaron obediencia á Cárlos Quinto. Esta es la causa porque los Ingas de Copacabana fueron despues favorecidos por los Víreyes, en particular por D. Francisco Toledo y D. Luis de Velasco, cuyas provisiones los reservaron de servicios personales y de las mitas de Potosí, como á nobles y de la casa real del Inca.

Arreglada ya Copacabana, el mismo monarca formó otro pueblo moderado en la isla, como á media legua de la peña sagrada; y allí labró su real palacio, cuyas ruinas son probablemente las que se ven frente del templo del sol en una colina al lado de oriente.

Solo entraban à Titicaca los que iban á romeria, ó á cul-

tivar las cementeras; y no se les permitia acercarse á la peña con las manos vacias ni menos sin rejistro de los Penitenciarios ó Confesores que residian en Yunguyo, como para oir en penitencia á los concurrentes á aquel santuario. En el Cuzco residia el gran Sacerdote, á quien llamaban Bilaoma, eso es derramador de sangre, por la que vertia en los sacrificios de los animales: y este Pontífice y el Inca señalaban los sacerdotes para todas las provincias y adoratorios del imperio. ¡Cuánta sagacidad! Pues con estos sacerdotes se confesaban los peregrinos, postrándose con gran sumision decian sus pecados, principalmente el descuido que habian tenido en el servicio del Inca, sus neglijencias en culto de ídolos y del sol, su gran divinidad; y todo lo que juzgaban por malo lo manifestaban pidiendo perdon. Acabada esta ceremonia é impuesta penitencia, se les daba paso para visitar los templos del sol, de la luna y demas; pero con otras ceremonias previas al acercarse, pues tenian que pasar por tres arcos ó puertas, distantes como veinte pasos una de otra. La primera se llamaba *Pumapuncu*, ó del leon, porque en ella habia un leon de piedra, que decian guardaba la entrada; olli residia un sacerdote con el cual se hacia una nueva confesion y expiacion de las faltas. La segunda se llamaba *Kentipuncu*, por estar toda matizada de las finísimas plumas de tominejos (Kenti, pájaros muy pequeños del Perú): aquí repetian otra confesion con otro sacerdote custodio de esa puerta, quien aconsejaba á los peregrinos que fuesen con gran devocion si querian ser favorecidos del sol. La tercera se llamaba *Pillcopuncu*, puerta de la esperanza; estaba adornada con plumas verdes del muy estimable Pilleo, (pájaro de muchos visos sacado de los chunchos); el sacerdote vijilante en ella exhortaba con eficacia al peregrino, que volviese á examinar rigurosamente su conciencia, pues no debia pasar teniéndola agravada; y volvian á reconciliarse. Y hecho esto se les dejaba pasar á ver la peña, no á tocarla; pues se les detenia como á doscientos pasos de ella, y desde allí hacian su deprecacion. ¡Qué vergüenza para nosotros! Si ahora, no para ir á ver la peña de un ídolo, sino para recibir el cuerpo y alma del verdadero hijo de Dios vivo, se nos exijiera tan prolija expiacion, quizá dejariamos á Dios desairado; ó bien los sabiondos filósofos nos befarian como á los mas ilusos fanáticos! Indignacion causa ver la irreverencia con que muchos cristianos visitan los templos santos, como si entrasen en casas profanas, y llenos de impurezas

se presentan ante la Divina Majestad. Pues contra tales profanadores se levantarán el Inca y aquellos pobres indios, el dia del juicio; asi como la Reyna de Saba y los Ninivitas se levantarán contra los judios, para condenarlos, segun el anatema del Salvador. (Mathæi 12).

En conclusion, Topa Inca Yupanque tomó tanto empeño en regularizar el culto y romeria de Titicaca, para el progreso de la isla, que la declaró de su dominio esclusivo, encargando su custodia á los de Copacabana; asi es que despues los de Yunguyo alegaron dicho hereditario para recobrarla, pero por sentencia definitiva de juez competente se les negó: lo que sienten en estremo por verse ahora desposeidos de ese Copacabana que honra la preciosa Imágen de María Santísima, que tantos beneficios derrama á cuantos con humildad y puro corazon vienen á visitarla y á implorar su gran poder.

CAPITULO VIII.

ORÍGEN DE LA VENERACION POR TITICACA, AYUNOS DEL INCA, Y UNA APARICION.

El fundamento de la estimacion de esta isla fué el haberse creido por los antiguos que, habiendo estado en tinieblas algunos dias, vieron despues salir al sol de aquella peña. Pudiera ser que aquellas tinieblas fuesen las del dia de la muerte de nuestro Redentor, como las observó San Dionisio en Atenas; y tal eclipse pudo haber dado márgen á algun embaucador de estos para afirmar despues, que el sol salió de esa peña: aunque estos agoreros no necesitaban tanto fundamento para inventar sus patrañas y hacerlas creer á sus idiotas comarcanos.

No sabemos si el astuto Inca participaria de esta credulidad, pero el fué quien acreditó y realzó con su ejemplo la romeria de Titicaca, porque ayunó alli un año entero, absteniéndose de sal, ají y carne, no guardando en lo demas forma de ayuno. Y se tiene por cierto entre estos indijenas, que en aquella visita se le apareció el demonio en figura de un indio lucido, que le dijo queria hablarle á solas: el Inca se separó de su comitiva, y se fueron los dos solos hasta el

embarcadero, tratando cosas de gobierno. Añaden que el consejero infernal anduvo sobre las aguas, y que queriendo seguirlo el Inca, le mandó que siguiese en su balsa, porque el andar sobre las aguas no era para todos. Por esta y otras maravillas celebró tanto Topac el adoratorio de Titicaca, adornándola con edificios y procurando que las casas de las vírgenes del sol tuviesen todo lo necesario, señalándoles rentas pingües, á mas de las ricas ofrendas que él y sus magnates les mandaban para su sustento y regalo.

CAPITULO IX.

DONCELLAS Ó VÍRGENES DEDICADAS AL SOL.

Sabido es que, á semejanza de los Vestales de Roma, tuvo el Perú vírgenes dedicadas al sol, habiendo muchas casas de ellas en el imperio: y por lo menos una en cada provincia; en que habia dos clases de doncellas, unas llamadas así, y otras Mamaconas, que eran las maestras de novicias; estas eran admitidas á los ocho años y se criaban en recojimiento hasta los quince ó diez y seis. En esa edad las sacaban para desposarlas con el Inca ó con sus capitanes favoritos, aunque esto se hacia rara vez en las fiestas muy principales y con órden expresa del soberano. Cuando despues se ensangrentó el culto, algunas tambien las sacrificaban al sol.

En esta isla Titicaca, por ser el adoratorio mas famoso y concurrido, hubo tres clases de vírgenes; unas muy hermosas que llamaban *Guairuro*, otras no tanto que llamaban *Yuracaclla* y otras menos nombradas *Pacoaclla*. Cada una de estas clases tenia una superiora anciana, pero vírgen tambien, que á mas de instruirlas en el culto, les repartia el hilado y las ropas que debian hacer, porque la labor conserva la virtud, miéntras que la ociosidad la mata. A las chicas se les enseñaba á hilar y otras labores faciles, y creciendo se las ponia á tejer y en otros oficios que les sirviesen toda su vida. Los hilados y tejidos de estas vírgenes eran los mas curiosos y de mayor estima de todo el reino, y servian para el adorno de los templos y para el lujo del Inca y de sus mas señalados Caciques. Otras hacian la chicha para los sacrificios; pero no se les permitia beberla, para que la embriaguez no mancha-

se su pudor. Prohibicion severa, pero necesaria á la honestidad virginal; cuya verdad conocian los Incas sin ser poetas.

Nec veneris, nec vini tu capiaris amore.

Cada una de estas Vestales debia dormir sola en su celda. A la mañana, al medio dia y á la noche se las visitaba. Cuando despues en las fiestas principales sacaban algunas para ofrecerlas en sacrificio al sol, esas mas infelices Ifijenias eran degolladas, rociando el adoratorio con su sangre, y unjiéndose los rostros los ministros, creyendo con eso hacer un gran servicio á la deidad. A estas doncellas se las obligaba á virginidad perpétua, se las llamaba esposas del sol, del trueno ó del rayo, dioses los mas venerados de la isla. Ellas cuidaban del asco y limpieza de los adoratorios, donde solo se les permitia salir. Y como ese destino se consideraba por una dignidad honorífica, se escojian para él las hijas mas hermosas de las familias principales, que siempre eran en gran número; para cuya manutencion habia rentas y fundos propios, y los indios de Omasuyos, Orcosuyo y Chucuito estaban obligados á hacerles sus sementeras de papas, de ocas, de quinua y demas legumbres; asi como los de Larecaja y Yungas inmediatos, debian acudirles con la tasa del maiz, y otros mas distantes debian traerles lo que les mandaban los Gobernadores.

En la isla de Coati hay grandes edificios, obra de Guaina capac, que quiso aventajar á su padre, edificando una morada suntuosa á las vírgenes esposas del sol, para que cuidasen de su templo y del de la luna, que se adoraba allí en un hermoso edificio que todavia existe; pero la casa de las doncellas ya está en completa ruina, llamada vulgarmente *la chicheria.* A esa especie de monasterio llamaban *Acllaguasi*, que suena como casa de escojidas: cada casa de estas tenia su Vicario ó Gobernador, llamado Apupanaca, quien debia escojer las niñas que fuesen capaces y dignas de aquel destino, reconociendo primero si tenia algun defecto ó fealdad en su cuerpo, pues las dedicadas á su dios no debian tener mancha alguna. A cualquiera que sin licencia del Inca ó su Vicario entraba en alguno de esos recojimientos, le costaba la vida; que á unos los ahorcaban, á otros empozaban cubriéndolo de piedras, y para espanto comun, quemaban algunos de los cojidos en semejante crímen, ó los azaeteaban: y si se averiguaba que alguna de esas vírgenes hubiese

manchado su prometida pureza, la enterraban viva; castigo semejante al de los Romanos con sus Vestales infieles.

CAPITULO X.

MAMACONAS Y MODO DE LLEVARLAS AL SACRIFICIO.

Aunque á todas esas vírgenes las llamaban esposas del sol, á la Mamacona principal le daban ese título con preferencia y veneracion; pues en sus mayores fiestas la sacaban vestida de ricas ropas, y la ponian en medio de la multitud, para que todos le ofreciesen dones y presentes, como á esposa predilecta de su dios. Despues la volvian á su recojimiento y clausura, para conservar asi mejor el respeto con que las veneraban; pues hasta los gentiles reconocen que la pureza virginal debe guardarse con mucha precaucion, como verjel cerrado. [Hortus conclusus.]

Cuando estas niñas dedicadas al sol llegaban á la edad florida debian guardar perpétua virginidad, miéntras el Inca no las escojiese, pues era el intérprete soberano y el representante vivo del sol. En comprobacion referiré un caso sucedido el año 1611 en el pueblo de Vicha, cerca de la Paz, siendo doctrinero allí D. Luis Lopez de Frias Cuello, quien certificó que en dicho Viacha habia muerto una india vieja de mas de 120 años, que yendo á confesarla le dijo no estaba bautizada, pero que era vírgen, por haber sido de las dedicadas al sol, y por esa causa ningun indio se habia atrevido jamas á insinuarsele. La bautizó dando gracias á Dios por tal conservacion.

En este mismo asiento de Copacabana, en el cerro llamado Llacllagua, donde hubo ántes una hermita de Santa Bárbara, habia un cercado llamado Taguacouyo, donde recojian las vírgenes sacadas de la isla, destinadas al sacrificio, en cuyo tiempo las ponian en balsas muy bien compuestas, llevandolas asi curiosamente vestidas al templo del sol, ó de la luna. Estas víctimas debian ser jóvenes y hermosas, y tres meses ántes se las hacia ayunar, dándoles moderadamente de comer sin sal, ají ni carne; á esa abstinencia acudian los del pueblos, privándose de todo regalo, como en vijilia de la gran fiesta del Copac-Raime, que coincide despues con nuestro Corpus Christi. Aun despues de la con-

quista han continuado algunos caeiques ese bárbaro sacrificio de víetimas inoeentes; pues por el año de 1598, en el correjimiento de Caraeollo, entre Sieasica y Oruro, buscando unas minas Pedro Franco, llegó tarde á unas sepulturas, y por estar cansado resolvió pasar la noche en la mayor y mas eómoda. Oyó luego un quejido lastimoso y eontinuado que lo estremeció; iba aumentándose, y convencido que era quejido humano, tomó pues su barreta, la habrió y halló una niña de diez años, que segun declaró, habia estado tapiada como tres dias, ofrecida á los dioses por los *Curacas de* Sicasiea. Esto fué un hecho público, pues la niña vivió mucho tiempo.

El orígen de las Vestales peruanas se atribuye al mismo Maneo-Capac, ó á Pachacuti Inea; y su ereccion en Titicaca á Topa Inga, Padre de Guainacapae. Los mismos que empezaron los sacrificios humanos.

CAPITULO XI.

SACRIFICIOS PRIMEROS Y SENCILLOS DEL PERÚ.

Los sacrificios que en la antigua gentilidad se ofrecian en el Perú y prineipalmente en Titicaca, eran, oro, plata, conchas, plumas, cuyes, cebo, lana, maiz, chicha y ropa de Combi la mas fina que se tejia en toda la tierra: y dicen los indios que el Inca tenia cubierta la peña sagrada con una eortina de este rieo tejido, el mas sutil y delieado que jamas se viera en Indias. Todo el cóncavo de la peña estaba cubierto de planchas de oro y plata, y en unos vacíos se echaba la ofrenda que era á propósito y conforme las fiestas, que las tenian mas ó ménos solemnes, adornaban el santuario con cortinas de diversos colores del mismo Combi. Tambien se asegura que toda la peña estaba cubierta de una plancha de plata bruñida, cuyos deslumbrantes reflejos al herirla el sol, no permitian que la mirasen ni los hombre ni lós pájaros. Aun del continente se veria relucir!

Frente de esa peña se puso despues una cruz. Allí cerca se veia una piedra redonda en trasa de vasija, en que echaban la ehicha que debia beber el sol. No se sabe eon qué instrumento se labró, pues está en estremo bien acabada. Puede ser la que está ahora en el pátio de la easa de Challa.

Tambien dicen tenia allí el Inca un brasero muy grande de oro, y por pies cuatro leones de plata; pieza de mucho valor, que no se sabe que se hizo: si bien algunos viejos han asegurado que cuando los naturales se apercibieron de la codicia de los españoles, escondieron ó echaron á la laguna lo mejor de sus tesoros. Y bien pudiera ser así, pues las piezas que sacan de cuando en cuando, deben ser de aquellos ocultamientos.

CAPITULO XII.

DIFERENTES DIOSES DE ESTAS GENTES.

A mas del sol, que era su gran dios, habia entre los indios otro dioses conocidos, como la luna, las estellas, los truenos, los rayos y las aguas, pareciéndoles que tenian poder supremo sobre la naturaleza: sucediendo á estos ignorantes lo que dice Santo Tomás de los rústicos que van á la corte, que cada magnate de esos les parece el rey. Asi estos pobres salvajes viendo el resplandor de los astros, el estampido aterrador del trueno, la deslumbrante fulgorosidad del rayo, los tuvieron por dioses, venerándolos y adorándolos con sacrificios: en cuyo error son dignos de compasion y disculpa, pues otras naciones mas cultas adoraron cosas mas insensatas y mas infames. ¡Prueba lamentable de la impotencia de la razon humana sin la revelacion! Lo doloroso es que, aun despues de haberles enunciado y explicado el Evangelio, conservan siempre apego á sus idolatrías y superticiones; pareciéndoles en su ignorancia que pueden hermanarse los cultos, como aquellos necios maliciosos del tiempo de Elias, que adoraban casi juntos á Jehová y á Baal.

Varias veces se les ha sorprendido en esas prácticas gentílicas, principalmente en la peste de viruelas del año 1589: y en años pasados, siendo Obispo del Cuzco el Illmo. D. Fernando Mendoza y Cura de Guacra el que esto escribió, se descubrieron muchos ídolos é idolatrias, cuyos fautores eran los Curas ó caciques. En el pueblo de Totora, al construirse la iglesia, colocaron los indios albañiles una porcion de idolillos tras la pared del altar mayor, que por disposicion divina se desplomó y se descubrió la maldad; y aun el demonio les redarguyó esas infidelidades paganas, echándoles en cara los muchos perros y otros animales que habian

ofrecido á los dioses por los montes y barrancos el 26 de Agosto de 1616, cuando se eclipsó la luna, y en otras ocasiones públicas y privadas que es inútil referir, y en las que deben vigilar mucho los curas y magistrados, como vigilaban Moises y Josué sobre los Israelitas contajiados con la idolatría de Egipto.

CAPITULO XIII.

PROCESIONES Y FIGURAS DE LOS DIOSES ACÁ.

Al celebrarse las fiestas solares, particularmente las del Capanaime y del Intipraime (cuyos meses explicarémos al tratar del calendario) los de la parcialiadad de los Incas ponian todos los ídolos en sus andas, llamadas *rampa*, adornándolas con muchas flores, plumajes y planchas de oro y plata, y con grandes bailes las llevaban procesionalmente á la isla: allí las ponian en una gran plaza llamada Aucaypata, donde se hacia la fiesta. Habia el gran templo de seis puertas, donde no se permitia entrar ni asistir á las fiestas á ningun indio *colla*: prohibicion semejante á la de los judios con los Amonitas, Moabitas y otros idólatras que no debian entrar en el santuario de los Israelitas. Porque la tal gente *colla* era muy inmoral y lasciva.

Despues de haber colocado los ídolos se descalzaban, se quitaban sus mantos, y postrándose ante ellos los adoraban, empezando el principal y siguiendo los demas, quitándose todos sus *llautos* ó diademas. Primero adoraban la estátua del sol, despues la de la luna, luego la del trueno y demás ídolos; pues cada cual tenia su efijie diferente. Al sol lo representaban en forma de un Inca de oro, de tanta pedreria y lucimiento que asombraba: á la luna como una reina de plata; al trueno como un indio muy lucido de plata tambien. Acabadas las postraciones y adoraciones, levantaban las manos, dando señal con la boca cual si los besasen, como hacen algunos niñitos cuando mandan un beso á una persona querida. Despues seguian los bailes, banquetes y holguras, que á este blanco tiraban todos sus afanes; y aun ahora poco han mejorado.

Entre otras cosas notables que se hallaron en Copacabana fué un solar dedicado á la tierra: *Tellus*, diosa que tambien tuvo sus aras entre los cultos idólatras del viejo mundo. Como

los Incas de acá eran parientes de los del Cuzco, al venirse de la metrópoli se trajeron ese mito, llamándola *Pachamama*, que viene á decir Madre tierra, á quien ofrecian sacrificios antes de labrarla, pidiéndole que como buena madre les diese lo necesario para sustento de hijos.

CAPITULO XIV.

SUPERSTICIONES DE LOS INDIOS EN SUS ÍDOLOS Y EN SUS VIAJES.

Fué cosa muy comun en el Perú adorar cerros, peñascos, árboles, manantiales, lagos, y cualquier cosa notable, ofreciéndoles sacrificios. En este pueblo de Copacabana, que fué cabeza de idolatrías, hubo muchas pachetas, que son los altos ó encrucijadas de los collados, donde acostumbraban los indios echar piedras, formando montes de ellas, como pirámides: uso que hasta hoy conservan; y ántes de llegar á esos montones van con cierto temor y devocion, pidiéndoles favor y próspero viaje, ofreciéndoles á veces sus ojotas ó calzado, coca, plumas y otras cosas ridículas; y cuando otra cosa no pueden, echan una piedra como en ofrenda, para pedir nuevas fuerzas al demonio. Tal era, y tal es aun la ceguedad de estos indios, que creian vigorizarse con semejantes abusiones; así es que por todos los caminos del Perú y particularmente en la Sierra se hallan grandes rimeros de piedras, como altares erijidos al demonio, contra cuyo abuso proveyó el Concilio Limense segundo, en su parte 2a. capítulo 29. Tambien solian echar allí cerca muchas inmundicias; por lo que los indios instruidos por los Sacerdotes, conocen ahora su error y el de sus antepasados, que como los idólatras del viejo mundo le erijian aras á Mercurio, echando piedras en su monton, como dice el libro de los proverbios, capítulo 26, v. 8. *Sicut qui mitiit lapiden in acervum Mercurii, ita qui tribuit honorem.* Tan fátua necedad es lo uno como lo otro. Esto prueba que el género humano hasta en sus supersticiones es el mismo en todas partes.

De otra ofrenda ridícula usaban estos indios cuando pasaban por las pachetas, que era tirarse las pestañas y cejas, cuyos pelitos soplaban hácia al sol, ofreciéndoseles á los dioses que mas veneraban y de quienes esperaban mas fa-

vor. Lo mismo júzgaban de los manantiales y lagunas, como si tuviesen génios, ninfas ó nayadas; gustando mucho de vivir cerca de tales lugares. Cuando los pescadores ó caminantes entraban en arroyos, rios ó lagos bebian un poco de su agua con veneracion, creyendo que con eso tendrian próspero suceso sin ningun mal: error en que aun hoy están muchos, cual lo estuvieron los Israelitas y todas las naciones idólatras. (Véase á Jeremias cap. 44 v. 18 y siguientes.)

Siendo Gobernador de Chucuito el Conde de la Gomera, hizo sacar todos los indios incultos de las islas, y entre unos totorales de la laguna se encontró una pobre india que mas parecia béstia que pesona; al estarla catequizando sobre la existencia y bondad de Dios, respondió con frescura, que su dios era la laguna que le daba pescado que comer, el cuchuchu de sus orillas, la totora que cubria su cuerpo, y sus raices que tambien comia. Y estaba tan ciega su alma, que no pudieron disipar su ignorancia, ni persuadirla que habia otro Dios, mas que su laguna, que se lo proporcionaba todo. Entre los Uros que viven entre los totorales de esta laguna, hay todavia algunos tan salvajes como esa india; lo mismo que en las desviadas rancherias de las cordilleras.

Y gracias á Dios y á su santísima Madre, y al celo de los Religiosos agustinos, que en estas cercanías de Copacabana han desaparecido las apachetas, las supresticiones y las idolatrías de que antes era como maestra y metrópoli. De modo que bien se le puede aplicar lo que S. León decia de Roma: *Quæ eras magistra erroris, facta es discipula veritatis.* Tambien contribuyó mucho á extirpar viejos errores D. Alberto Acuña, oidor de la Audiencia de Lima, Diputado real y Comendador de los indios de Copacabana.

CAPITULO XV.

DE TRES TEMPLOS MAS FAMOSOS EN EL PERÚ.

Como los Egipcios, los Griegos y los Romanos, tambien los Peruanos tuvieron templos mas famosos que los comunes. Estos eran tres, el de Titicaca, el del Cuzco y el de Pachacamac. A lo dicho ya sobre el de Titicaca añadirémos que era el mas visitado del reino y de tamañas riquezas, las que es fama comun echaron los indios á la laguna cuando

entraron á la isla los primeros españoles con el capitan Illescas. En las paredes de ese templo afirman los indios viejos que habia muchos pájaros pintados, tigres, leones, figuras de hombres con barbas, de caballos y de todas las naciones del imperio, como Yungas, Chunchos, Parataguas, etc. Como en la trípode délfica, tambien se oian en él muchos oráculos, que ya enmudecieron para siempre con la presencia de esta Vírgen milagrosa de Copacabana, que bien puede aplicársele aqui aquel—*Ipsa conteret caput tuum*, como lo reconocen los mismos indios catequizados y cuantos vienen á visitar esta su santa casa.

El segundo templo famoso del Perú fué el del Cuzco, edificado donde está ahora Santo Domingo. Los sillares y piedras del edificio manifiestan su grandeza: se podia ir á él subterráneamente desde la fortaleza del Inca. Era el verdadero Panteon del imperio, depósito de todos los dioses del Perú; asi como el de Agripa lo era de todos los paises sujetos al Capitolio; pues los Incas traian á él los ídolos de cuantas naciones conquistaban, cuyos adoradores venian de sus remotas provincias á ofrecer dones á sus idolatrados Penates, haciendo gastos excesivos con ofrendas cuantiosas de plata y oro y sacrificios de muchos animales. Con cuya política enriquecia el Inca su corte y tenia mas sujetas las naciones, cuyos dioses y hombres detenia en rehenes, despues de haberlos ultrajado; pues lo primero que hacia al imponer la coyunda de su cetro sobre las tribus avasalladas, era manchar sus aras con venéreos entretenimientos, por escarnecer la debilidad de sus vencidos dioses. Esta profanacion indecente intimidaba á las naciones de tal modo, que asombradas y temblando venian á rendirle obediencia, llamándolo *Señor de las Guacas*, ó superior á los dioses. Todos ellos, por ridículos que fuesen, tenian lugar señalado en el templo del Cuzco, para que sus respectivos creyentes se los reconociesen allí é implorasen. De modo que la Américа podia decir de esta Roma de los Incas lo mismo que la Europa de la Roma de los Césares—*Cum pœne omnibus dominaretur, gentibus, omnium gentium serviebat erroribus.*

Por eso tambien habia en el Cuzco mas consultas y mas oráculos. El modo que tenian de consultar á sus *guacas*, era entrar á media noche de espaldas al ídolo, agoviando el cuerpo hácia atras é inclinando la cabeza; y asi exponian su consulta. La respuesta del oráculo era de ordinario un silbo temeroso, aunque á veces hablaba sensiblemente, y dicen

que tambien solia aparecer en figura de culebra, de muchas manchas. Las mas de las respuestas se encaminaban á la pérdida de los consultores, pues se les pedia sangre de sus ganados ó de sus hijos. Esa felonia atroz la han echado de ver ahora los bautizados, á muchos de los cuales ha oido decir el autor—Ahora si es buen tiempo, que Dios se paga de los corazones; y no como el demonio que pedia sangre humana.

En aquel templo, ó gran musco de idolillos, habia un ídolo principal, llamado *Panchao*, en forma de un sol de oro finísimo con riqueza de pedreria, puesto al oriente con tal artificio, que al salir el sol relucia como un espojo; y tanta era la repercusion de los rayos que el ídolo parecia otro sol. Este era el dios principal de los Incas y tambien Pachayachachic, ó hacedor del cielo, en cuyo servicio se esmeraban. Cuando los conquistadóres llegaron al Cuzco, á mas de las grandes riquezas que cayeron en sus codiciosas manos, el ídolo del sol cayó en las del soldado Mancio Sierra, que se lo jugó y perdió, de cuya ciega pasion nació el proverbio, *se juega al sol ántes que nazca*. Creemos, sin embargo, que el proverbio es anterior á la conquista.

Otras maravillas del templo del Cuzco pueden verse en Garcilaso: pero notaremos con Prescot, que á pesar de su gran magnificencia, su techo era de paja, como tambien lo eran los de los templos de Titicaca y Coati.

El tercer templo célebre del Perú fué el de Pachacamac, que significa criador de la tierra; pues *Camac* es criador, y *Pacha* tierra. Estaba como á seis largas leguas de Lima, edificado sobre un cerrito artificial de adobes; tenia muchas puertas, y tanto en ellas como en las paredes habia figuras de animales fieros, osos, tigres, leones, otras bestias y pájaros marinos. Los ministros vivian dentro del mismo templo, finjiendo gran santidad; pues cuando la jente se juntaba á los sacrificios, iban ellos con los ojos al suelo, sus rostros hácia las puertas, de espaldas al ídolo mostrando humilde turbacion, como se lee de los sacerdotes de Apolo. Su busto era de madera, de forma rara y monstruosa, con cabeza semejante á la de hombre: le sacrificaban muchos animales y algunas personas; de modo que cuando Hernando Pizarro entró en su santuario ó cueva, su piso y paredes exhalaban los mas repugnantes fetores, como los que exhala un matadero. En dias solemnes solia dar sus oráculos; uno de ellos fué decir que él era lo mismo que el Dios de los Cristianos, para alucinar á los indios, que despues se burlaron de él viéndolo

destrozado y mudo ante la Cruz que los españoles plantaron sobre las ruinas del adoratorio. Junto á él habia muchos aposentos grandes de piedra, ó mas bien, todo él era un conjunto de edificios agrupados al rededor de una colina cónica, que mas bien parecian una fortaleza que un templo: pero su techo tambien era de paja. Dichos aposentos eran para los Sacerdotes y concurrentes; y en el circuito de la Guaca solo se permitia enterrar á estos, á los ministros y señores principales.

Estos eran los templos ó adoratorios mas afamados del gentilismo peruano, en oposicion de los cuales el Señor ha hecho que se levanten millares de santuarios á su Magestad y á su santísima Madre, principalmente éste tan maravilloso de Copacabana, como verémos en la segunda parte.

CAPITULO XVI.

SACRIFICIOS DE TOPA INGA EN ESTA ISLA TITICACA.

Si los indios fueron tan adictos á la idolatría, es porque los Incas les daban el ejemplo, como Abias y Achab prevaricar hacian á las tribus de Israel, como Mahoma y los Califas á los árabes, y como Confucio y Zoroastro á los chinos y á los persas. Mas á todos los sucesores de Manco-Capac se aventajó Topa Inga, inventando nuevas y extraordinarias maneras de sacrificios, mayormente en el adoratorio de esta isla, donde quiso que las ofrendas al sol fuesen estremadas en todo respecto; pues no hizo allí caudal de sus estimados cuyes ó conejos, que antes solian ofrecerle, aprovechándolos mas bien para agüeros y hechicerías por sus diversos colores: tampoco hizo caso de las confecciones de sebo, lana y maiz, ni de las libaciones de chicha, que todo lo tuvo por accesorio; y dió en sacrificar corderos ó llamas sin mancha, y aun niños y niñas de tierna edad, que no pasasen de quince años. ¡Innovacion atroz, horrible lujo de barbarie, capaz de evocar de la tumba los manes irritados del apasible fundador de su dinastía! Y estas víctimas inocentes no debian tener defecto ni mancha; pues por haber tenido un lunar en el pecho fué rechazada por el ministro una muchacha de doce años, que despues contó su lance en Chucnito á un español, refiriéndole los sacrificios y los tesoros que se ofrecian en Titicaca; lo que tambien era cosa pública, por cuya notoriedad quisieron los conquistadores pasar á esa isla.

CAPITULO XVII.

MODO CON QUE SACRIFICABAN ESAS CRIATURAS.

La idolatria, como invencion de Luzbel, casi en todas partes se manchó con sangre humana; y el espíritu maligno envidioso de nuestra felicidad, desde las mas de las aras del gentilismo, clamaba como desde el oráculo de Febo—

Sanguine placastis ventos, et virgine cæsa,
Quum pristimum Yliacas, Danai, venistis ad oras;
Sanguine quærendi reditus, animaque litandum
Argolica.... VIRJILIO—ENEIDA LIBRO 2.

Es decir: Griegos, cuando venisteis á las playas de Troya, os hicisteis propicios los vientos con la sangre, y con la vírgen inmolada: si quereis ahora volveros debeis inmolar un griego y derramar su sangre. *Sangine placastis ventos: sanguine quærendi reditus.* Sangre pues, y sangre humana es la que pide el lívido destructor de nuestra especie; y todos los que no tributaron adoracion al Dios verdadero sacrificaban sus hijos á los demonios, como se lamentaba David (*psalmo* 105)*: Et immolaverunt filios suos et filias suas demoniis.... Infecta est terra in sanguinibus.* Pero Isaias especialmente parece que estaba viendo lo que hacian en Titicaca, cuando en su capítulo 57 decia:—*Immolantes parvulos in torrentibus, supter eminentes petras.* Porque, á pesar de no haberles dado Manco–Capac esos ritus sangrientos, despues estaban tan ciegas estas infelices jentes, que cuando acudian á sus Guacas y los sacerdotes les decian que para obtener sus peticiones era preciso sacrificar á sus pobres hijos, se los entregaban para que los sacrificasen en fiestas señaladas. ¡Maldicion al que introdujo tal maldad!

El órden que guardaban los sacerdotes en sacrificarlos era este. Ponianlo sobre una gran loza, echados los rostros al cielo, vueltos al sol, y tirándoles del cuello poníanles sobre él una teja ó piedra lisa algo ancha, y con otra les daban encima tales golpes que en breve les quitaban la vida; y así muertos los dejaban dentro de la misma guaca. Con esto se daba el demonio por servido; y despues les hablaba en lugares oscuros, dándoles respuestas á su gusto rara vez, y las mas veces en daño de los mismos indios, como lo recono-

cen despues que han recibido el Evangelio; aunque algunos se conservan en su error por la inclinacion que tienen á los abusos de sus antepasados, principalmente los viejos y los que viven en punas aisladas, á quienes se procura reducir por medio de los Curas y de los Conversores.

Muchas veces solian sacrificar estas tiernas víctimas ahogándolas, despues de haberles dado bien de comer y beber, llenándoles la boca de coca molida, deteniéndoles el resuello: despues los enterraban con ciertos visajes y ceremonias. Otras veces los degollaban, y con su sangre se teñian el rostro: enterraban con ellos los vasos con que ántes los habian hecho beber; y por eso en las sepulturas antiguas se suelen hallar muchos, que cuando son de madera llaman *queros*, y á los de plata *aquillas*.

Estos sangrientos sacrificios, alguna vez fueron de doscientas víctimas; los usaron en todo el Perú, principalmente en el Cuzco y Titicaca en las solemnidades del sol y de la luna, en casos graves y que importaban al Inca, como cuando estaba enfermo ó en guerra, para alcanzarle salud ó victoria, y aun cuando le daban la borla del reino. ¡O Dios de mi vida, ó Padre piadoso, cuan otras son vuestras entrañas! *¡O nimia charitas; ut servum redimeres Filium tradidisti!* Y un bárbaro compra su salud á precio de tantas vidas de inocentes; y Vos comprais la de vuestros indignos esclavos á precio de la sangre de vuestro inocente Unigénito!

En comprobacion del inícuo placer que tendria el demonio en estos sacrificios, refiere el autor que en Abril de 1617 vió en un pueblo de los Aimaráes del Cuzco á una posesa, cuyo espíritu infernal al estarlo exorcisando, se estrellaba contra un indiecito que tenia la cruz; y á la hora de comer, dejando con enfado las viandas, dijo: "que nada le entraba con gusto sino los muchachos de ese tamaño." Asi trata el demonio á los suyos; miéntras que Dios nos trata como Padre que solo quiere la vida y el corazon amoroso de sus hijos.

CAPITULO XVIII.

POLICIA DE COPACABANA PARA EL BUEN SERVICIO DEL SOL.

Era tanta la jente que acudia á Titicaca, que el Inca mandó hacer hospederias para los peregrinos. Tales garpones

se llamaban vulgarmente *Corpaguasi*, á diferencia de los tambos de los caminos destinados á los demas pasajeros ó caminantes. Durante el tiempo de la romería allí se les regalaba segun su calidad, y á los pobres á mas de la comida y bebida se les daba algun vestido. Antes de llegar á Copacabana puso el Inca en el lugar de Lecca unos graneros, que llamaban Colcas, donde se almacenaban víveres para el sustento de los peregrinos, de los ministros y del ejército. De estos depósitos se veian algunos en las faldas de los cerros de Copacabana; y de aquí al puerto se encontraban otros dos corpaguasis, donde recibian igual hospedaje y regalo, por estar provistos de maiz, de muchas legumbres y gran cantidad de charque, ó carne seca.

Conociendo el Inca la índole lasciva de los Lupácas, ordenó, para evitar mas grandes pecados, que hubiese en Copacabana un lugar para algunas mujeres hermosas, puestas en custodia, para los que quisiesen casarse sin la acostumbrada ceremonia, por su pobreza. Y el Gobernador, conforme á sus servicios y calidad, daba la mujer ó mujeres á los solicitantes, ordenándoles que se ocupasen en algun ejercicio para poder pasar la vida. Mucho velaba el Inca en que se castigase á los ociosos, principalmente á los omisos en el servicio de los dioses. A los graves criminales los ajusticiaban luego, ó los llevaban al Cuzco, donde los echaban á las leoneras que tenia, para que los despedazasen las fieras: castigo que á veces tambien se imponia á los que inquietaban á las vírgenes del sol.

El Gobernador de Copacabana era de la casa real, inmediato á la persona del Inca; y tenia al pueblo tan sujeto que los habitantes y concurrentes no se atrevian á embriagarse los dias particulares. Tampoco usaban robar, ni aun cosas menores; pues el hurto se miraba como un gran delito infamante que se castigaba con rigor: y asi cualquiera pódia dejar su casa y su chácara con seguridad. No se atrevian á reñir unas con otros, porque el castigo contra los pendencieros era riguroso. Reinan ahora esos vicios porque no hay castigo.

Ese Gobernador andaba en traje de Inca, con sola la diferencia de llevar la borla á un lado, pues el Inca la traia sobre la frente. Cuidaba que todos viviesen bien, sin agraviarse uno á otro; tenia la jente siempre bien ocupada, y en tiempo de siembras hacia que se ayudasen unos á otros: por eso sembraban tanto. Los demás Gobernadores hacian lo

mismo en sus provincias, procurando que los indios jamás estuviesen ociosos.

Por órden del Inca se mantenian en Copacabana, como en las capitales, *chasques* ó postillones para avisar las ocurrencias con prontitud. Estos eran jóvenes ájiles, escojidos desde niños y ejercitados en juegos de carrera, dándoles premios para estimularlos á la estimacion del monarca. Algunos de estos correos por cobrar fama en lijereza iban de acá al Cuzco en cuatro y hasta en tres dias. Y hubo indio que en poco mas de tiempo vino del Cuzco á Tiaguanaco, á dar un aviso de importancia al Inca, que admirado de su celeridad le dijo—*Tiai-guanaco*: que quiere decir siéntate, guanaco. De lo que tomó el pueblo ese nombre.

Para reprimir el Inca la lascivia de la jente *lupaca* usó de grandes castigos, y para moralizarla é inclinaria al trabajo, les solia quitar los ganados y los víveres,para que la necesidad los tuviese mas ocupados y menos licenciosos.

Despues de haber reducido á policia la isla y sus anexos y arreglada la poblacion de Copacabana, resolvió Topa-Inca volverse al Cuzco, y llamó á su hijo Guainacapac, a que dejó aquí por su teniente: pensaba volver despues, pero la muerte se lo estorbó.

CAPITULO XIX.

ISLA DE COATI Y SUS COSAS NOTABLES.

Como los jentiles y poetas dieron mujeres á sus dioses, así Topa Inga Yupanque quiso darle Coya al Sol, y esa fué la Luna: á la cual dedicó un famoso templo, con ministros y doncellas á su servicio, en la pequeña isla de Coati, en este mismo lago, dos leguas al Oriente de Titicaca; aunque su puerto ó embarcadero es Sampaya, de donde solo dista una legua. Es islita de dos millas de largo y una corta de ancho: de agradable temperamento, de buenas producciones y de mucha arboleda de Quenuas seculares. Entre un bosque de esos frondosos árboles, en una quebradita cerca de la playa, erijió Yupanque el adoratorio lunar, en cuya ara puso un bulto de oro, á la traza de una Coya, que representaba á la esposa del Sol. Tal vez de eso

mismo tomó la isla su nombre, pues Coata ó Coyata equivale á Reina.

El edificio es mas sólido y majestuoso que todos los de Titicaca. (Puede verse el viaje y la descripcion que de él hicimos). Su romería era muy celebrada; tanto que los indios viejos, que de ello se acuerdan, dicen que iba tanta concurrencia al adoratorio de la luna, como ahora vienen cristianos á este Santuario de la Luna sin mancha, Maria inmaculada madre del Eterno Sol de Justicia.

Los peregrinos á Coati solian pasar á Titicaca por el lago; y con la proximidad de las dos islas solian hacerse recíprocos retornos, finjiendo los ministros de ambas, que el Sol y la Luna se mandaban mútuos recados y obsequios de chicha y otros brevajes; y hacian tiempo para beber á una. A mas de esas supercherias, habia en ambos adoratorios un ministro mayor y una mamacona, que hacian los personajes del Sol y de la Luna, adornandose esta con láminas de plata, y su esposo con planchas de oro; así se brindaban, regalàndo la Coya al Sol, pidiendole buen tiempo para las sementeras y regalada vida para el Inca y sus devotos, consumiendo su ociosa vida en esos míseros pasatiempos, que remataban en fiestas lascivas, en cuyos banquetes se revolcaban como animales inmundos en el cieno de sus obscenas costumbres. Ese es el camino de toda idolatría.

Tambien en Copacabana habià casas del Sol y de la Luna; y donde está el convento, se veian aun en 1618 piedras labradas del famoso edificio del Sol, en cuya puerta habia dos leones y dos cóndores de piedra, cerca de un estanque donde el Inca se bañaba. Como al venir de Yunguyo esta era la primera estacion, los peregrinos solian descansar aquí dos ó tres dias; y despues de haber adorado al Sol tambien hacian reverencia á estos animales, aunque maltratados. Quizás por evitar despues recuerdos gentílicos los enterraron; y en el año 1855 se encontró uno de esos leones sin cabeza, en el patio del claustro, que por poca reflexion se acabó de destrozar. Sigamos la romería.

De aquí pasaban á Titicaca y Coati, á adorar sus ídolos. Para el servicio de estas hospederías puso el Inca dos mil indios francos de todo tributo y ocupacion, sin mas deber que cuidar de su conservacion y limpieza. Y despues se les concedieron iguales privilegios en atencion al servicio de este Santuario de la Reina de los Angeles, cuyo mo-

tivo voy á referir.—Pasando de visita por este convento de Copocabana el R. Padre Provincial Fr. Diego Perez, cuando se empezó á trabajar la capilla mayor, viendo los pocos indios que acudian á la fábrica, pidió á los Caciques principales que trajesen mas, para acabar pronto una obra tan importante. Padre,le contestó el Curaca,si quieres que traiga mas jente, haz que el Virey nos conceda los mismos privilegios que ántes; pues si entónces, cuando serviamos al demonio, se nos eximia de toda obligacion, ahora que servimos al verdadero Dios y á su Santa Madre, se nos debe eximir del servicio personal y de las mitas de Potosí. Quedó el P. Provincial convencido de esta reflexion, demasiado justa para un indio,y obtuvo del Virey Marques Montesclaros la esencion pedida.

Para que esta comarca y sus concurrentes no sintiesen carestias en tiempos calamitosos, acopiaban granos en varias trojes, que aun se veian en 1618. Y tambien se veian en el cerro de Serocani, tras de Huinapinra, las piedras de la horca, donde colgaban á los delincuentes y principalmente á los agresores de Yunguyo, que poco antes de la conquista asaltaron á Copacabana, cuya guarnicion desbarataron, y hubieran logrado su intento, si una india valiente de la Guaira, tomando las armas de su vencido marido, no hubiese reanimado á los Copacabanas y puesto en fuga á los Yunguyos. A otra peña inmediata amarraban á otros malhechores, como á Prometeo en el Cáucaso; donde morian de hambre ó de frio.

CAPITULO XX.

OTRAS COSTUMBRES, ENTIERROS, DESPOSORIOS, CARRERAS Y PREMIOS.

En cierto tiempo del año, llamado por los indios *Atumpocoi*, que corresponde á nuestro Febrero,los Ingas del Cuzco y de Copacabana jugaban con unas grandes bolas hechas de *ichu* ó esparto, que prendiéndoles fuego las hacian rodar fuera del pueblo con estrepitosos alaridos. Ceñíanse sus mantas, las pelotas se convertian en una gran fogata, á cuyo alrededor se alborozaban y brindaban, creyendo que con eso ya quedaban libres de enfermedades. Tambien

creian lograr el mismo efecto bañándose en los ríos ó lagunas, de noche, cuya oscuridad les cubria mil excesos. A este baño licencioso llamaban *Pancunco*, parecido al de los Romanos en honor del dios Tebrno.

En tiempo de sus sementeras y cosechas tenian como juegos de caza para tomar los pájaros y vicuñas. Para ello usaban de unos hilos con tres ramales, en cuyos estremos habia unas balas de plomo ó cobre; y el que así alcanzaba un pájaro al vuelo, era el distinguido. A las vicuñas y venados los enlazaban de los pies ó del pescuezo, á la carrera, siendo premiados los mas diestros. Con esos juegos tambien solemnizaban las fiestas de sus dioses.

Al morir los Incas y Señores principales, los preservaban ó embalsamaban, y los llevaban al Cuzco, donde tenian sus entierros señalados, con varios ritos y ceremonias. Todos dejaban tesoros y haciendas para rentas del adoratorio donde se enterraban; y ni los mismos sucesores en el imperio podian aprovecharse de la vajilla y halajas que se hacian enterrar. Los Reyes y magnates hacian en vida una estátua de piedra ó de madera, como bustos suyos, cuyas imágenes llevaban á la guerra con respeto para entusiasmarse, y aun para adorarlas: lo que era una especie de idolatría bastante general entre estos indios.

[Aquí falta la continuacion de un capítulo y el principio de otro].

Para desposarse el Inca se vestía lujosamente y salia de su palacio con el mas brillante cortejo de sus parientes y capitanes, con capas ó mantas labradas de diferentes colores. En casa de la regia desposada habia otro no menor acompañamiento, que con gran regocijo recibia al real esposo, presentándole en la puerta á su futura Coya; cuyos pies calzaba él con sus propias manos de ricas ojotas ó sandalias guarnecidas de oro, que eran el obsequio nupcial ó las arras del matrimonio, que con eso se daba por celebrado. Hecha esta ceremonia, toda la gente principal trocaba sus ropas en otras mas lujosas aun; luego tomaban unos manojitos de *ichu* natural, pero con las espigas hechas de oro curiosamente colocadas, y las derramaban por el patio y casa de la novia (costumbre parecida á la de Cataluña, donde en ciertas fiestas suelen las jovenes destinadas esparcir fragante alhucema por el suelo de la Iglesia). Despues se acerca el Inca á su novia, la toma de la mano y le dice: —"Ea, vamos, Señora y Reina:" y ella contesta—"Vamos.

en hora buena, solo Señor y Rey." El dia y noche antecedente á este desposorio todo el pueblo ayunaba absteniéndose de sal y ají. Concluido el desposorio, todos los personajes asistentes daban sus ricos vestidos á los pobres, repartiéndoles las espigas de oro, que despues ofrecian á los ídolos. Los reales esposos no daban sus vestidos, pero repartian otras ropas ricas á sus pobres vasallos, y á sus capitanes joyas de oro. La holganza de la boda duraba un mes con demostraciones y banquetes. De la puerta de los casados colgaban camisetas de hilo de oro de gran valor y curiosidad, que eran del Inca, quien las obsequiaba luego al padre de la Coya. Acabados los festejos se presentaban los Próceres del Imperio, y haciendo una humilde reverencia al Monarca le dirijian una exhortacion sobre el amor que debia tener á su esposa y Coya del Reino: luego á esta le dirijian otra análoga sobre la obediencia, cuidado y esmero con que debia servir á tan gran Señor; y despues otra á los dos juntos, encargándoles el amor de sus vasallos, el cuidado de los pobres y otras cosas de buen gobierno. ¡Qué costumbre tan bella! Se dirá que era una ceremonia; pero ceremonias tales no suelen oirse en los gabinetes mas libres.

Los Incas solian casarse con muchas mujeres, y á veces con sus propias hermanas, como no fueran de una madre, principalmente los Príncipes herederos.

Para los desposorios de los particulares se procedia de otro modo. Primero hacian el *Quicuchico*, ó el peinado de las muchachas, haciéndolas peinar por unas y trenzar por otras, lo que indicaba que ya podian tomar estado. Luego las ponian en pública plaza, que llamaban *Aucaipata*, donde les ataban los dos dedos pulgares cruzados, y las hacian ayunar siete dias, dándoles cada dia unas mazhorcas ó cierto número de granos de maiz y un poco de agua pura; todo medido. Cuidaba mucho que no quebrantasen este ayuno; y si acaso las muchachas no podian observar tanto rigor, se les dispensaba, teniendo ántes consejo de familia, y los mas ancianos, sentándose junto á la dispensanda, la reprendian con blandura las travesuras de la niñéz, haciéndole ver que en adelante deberia tener mas juicio, mas respeto á sus padres y mayores, puesto que pronto tendria marido, á quien deberia servir en la comida y en la chicha, teniendo que hilar, tejer y trabajar en casa y en el campo. Luego le vestian el *aucallo*, ó especie de

manto de muchas lístas y colores, y bien engalanada la llevaban de la mano hasta la puerta de su casa, donde la tenian en pié para que la viesen los jóvenes pretendientes; quienes se llegaban muy aderezados, llevando unas sandálias ú ojotas que le presentaban. Si ella aceptaba el presente, era señal de consentimiento al matrimonio; y si no, iban pasando hasta que llegaba el de su gusto. Entónces sus parientes y los del preferido se regocijaban, se obsequiaban recíprocamente é iban preparando todo lo necesario para la boda, en casa de la novia; pero la chicha solía acopiarse en la del novio. Llegado el dia señalado lo juntaban todo, llevandolo á la casa de la mujer los parientes del hombre tocando sus flautitas: recibido el recado, llevaban á la niña bien vestida á casa del jóven, acompañandola la madre y hermanas de este, tocando los hombres sus flautitas de hueso ó barro, y las mujeres sus *adúfes* ó tamborcitos. Esta ceremonia solo se hacia con los principales, y con las doncellas, que en testimonio de su integridad llevaban en sus *lliclla*s unas listas blancas de lana y al llegar á casa del esposo se entraban de espaldas mirando al patio.

Algo de esas costumbres debe ser lo que observó el autor en Copacabana, el año 1618, en un casamiento de indios, á cuya casa fué como una procesion de hombres y mujeres, muchachos y muchachas llevando cántaros, ollas, chuño, maiz, plátanos, vestidos, ojotas, chuces para dormir y hasta una lista de los carneros que les habian de entregar; todo recojido de los parientes, amigos y vecinos de los nóvios, para que tuviesen lo necesario á su ajuar y sirviesen mejor á Dios.

En algunas fiestas cada ayllo ó parcialidad reunia en lugar público á sus muchachos de trece á catorce años, y á vista de todos les azotaban los pies, brazos y manos con unas hondas de pieles de animales hasta salir alguna sangre. Despues, el principal los reprendia de sus travesuras, y les aconsejaba que no fuesen mas muchachos, sino varones que ya debian ocuparse en cosas de la Comunidad y del servicio del Inca. Luego los trasquilaban, los colocaban de dos en dos, ó de tres en tres en una llanada cerca de la laguna, y á cierta señal habian de partir todos de carrera hasta el alto del cerro, llamado por ese juego *Llallinaco* (el actual calvario) donde estaban los jueces para premiar ó castigar. El premio de los que llegaban prime-

ro á la meta, era un *canipo* (especie de patenita de plata) que se ponian en sus llantos; ó bien una *chuspa* de Cumbi, que son unas bolsitas muy curiosas donde llevan la coca, tan ricas que solo la gente principal y noble podia usarlas, y nobles debian ser los que se ejercitaban en esos juegos de estadío, puesto que despues los destinaba el Inca á sus correos de gabinete, haciéndolos tambien capitanes ó gobernadores, agujereándoles las orejas en señal de nobleza. Pero á los que se rendian en la carrera, reñíanlos sus padres y vecinos, avergonzándolos con palabras injuriosas y con nuevos azotes, ocupándolos en servicios bajos en obsequio de los que los habian castigado. A su tiempo los llevaban todos al Inca, informandole los capitanes de las cualidades de cada uno; y segun el informe premiaba á los activos y valientes, dandoles destinos honrosos en la Corte ó el Ejército; y á los flojos los ocupaba en oficios molestos de pastores, chacareros ó cargadores.

CAPITULO XXI.

COSAS NOTABLES DEL CALENDARIO Y FIESTAS ANUALES DE LOS INDIOS.

El Concilio Limense celebrado en tiempo de Santo Toribio Alfonso de Mogrobejo, siendo Virey D. Martin Enriquez, averiguaron los SS. Obispos y personas eminentes de todas las Religiones, que los indios habian tenido ántes su calendario y su cómputo de los tiempos, lo que es una muestra inequívoca de su ingenio. Rejíanse por lunas, dividiendo el año en doce meses, dándoles tantos dias como los latinos; y los once dias que les sobraban los intercalaban en los mismos meses.

Su primer mes coincidia en nuestro Diciembre, y lo llamaban *Copacraime*, como si dijesen fiesta rica ó principal; porque en él se hacian grandes sacrificios al Sol, al rayo y trueno, quemando delante de sus ídolos muchos carneros ó llamas, con leña labrada y olorosa, con ofrendas de oro y plata; y los que en tal solemnidad no ofrecian algo quedaban avergonzados. En el lugar del sacrificio ponian tres imágenes del Sol muy parecidas, y tres del trueno, como cierto indicio de la trinidad, ó por no sabemos qué embolismo introdujo el demonio entre estos pobres

indios esa trinidad finjida; cuya idéa sirvió despues para hacerles mas creible la Trinidad verdadera. Lo mismo en el templo principal de Titicaca habia tres estátuas llamadas Apuynti, Chusipynti, Intipguanqui; que quiere decir el Padre y Señor Sol, el hijo Sol, y el hermano Sol, afirmando que eran un solo Dios. Lo mismo afirmaban del trueno, diciendo que presidia en el aire, en las lluvias y nieves. El P. Acosta hace mencion de un Visitador de Charcas, que everiguó haber tenido aquéllos indios un ídolo llamado *Tangatanga;* del cual decian que en uno eran tres, y en tres uno.

Por este mes los indios de Copacabana por sus parcialidades juntaban en una pampa cerca de la laguna, todos los carneros que habian de sacrificar en la isla, y poniendoles unas borlas de muchos colores, los llevaban con alborozo y bulla de flautas y tamboriles. La peña del Sol cubríase entónces de muy ricos cumbis; y á prima noche encendian una gran hoguera, cuya llama, vista por los habitantes de las otras islas, encendian la suya, para imitar á la matriz. El otro dia se hacia el sacrificio de los carneros, y tambien de algunos niños tiernos, con cuya sangre rociaban la peña, que estaba chapeada de oro y plata; por eso centelleaba tanto al roflejo del Sol, que los pájaros no se le acercaban; lo que atribuían los indios á milagro ó respeto.

En estas fiestas de *Copacraime* el Inca ó sus Capitanes armaban caballeros á los mozos nobles y á los que se habian distinguido en la carrera, vistiéndoles como insignias unas túnicas y mantas curiosas de Cumbi, y á un lado de la cabeza la borla de la nobleza. Luego se les hacia una plática para que fuesen activos y valientes, por diferenciarse de los plebeyos: despues se les ponian guaras ó pañetes como calzoncillos, cuya ceremonia se llamaba *Guarachico.* En seguida se azotaba á los nuevos caballeros en los pies y brazos y les unjian la cara con su propia sangre, para significarles la que debian derramar en servicio del Inca, si fuese necesario. La funcion concluia con grandes bailes; y entonces, y no antes, permitian entrar á las *collas*, dándoles á comer unos bollos de maiz blanco, llamados *sanco*, amasados con la sangre de las víctimas, para significarles la fidelidad que debian guardar al Inca y la limpieza con que debian asistir á esas fiestas.

El segundo mes correspondienre á enero, se llamaba *Ca-*

may, dedicado al supremo Dios, ó Viracocha. Los sacrificios eran los mismos, y luego recojian las cenizas de los animales sacrificados, llevándolas á los arroyos, á cuya corriente las entregaban acompañándolas algunas leguas con grandes alaridos, para que las aguas las depositasen en el mar, donde Viracocha las recibiría. Tambien echaban en los rios sangre de animales, chicha y comida; creyendo que con esto Viracocha les daria años felices.

Seguia *Alumpocoy*, ó febrero, en el que sacrificaban cien corneros bermejos, cuyas cenizas regaban con chicha. En este mes sacaban las muchachas á peinar y á casar.

Al cuarto, ó marzo, llamaban *Pachapocoy*: sacrificaban cien carneros negros, y con su sangre regaban el suelo donde estaba el ídolo á quien se le hacia el sacrificio.

Aliguaiquin, el quinto mes, coincidia con abril; ofrecian cien carneros listados, llamados *moromoros*, con cuya sangre rociaban el adoratorio del sol, á quien ofrecian ademas riquezas de oro y plata, conchas y plumas de pájaros diversos, y mucha coca. Los concurrentes iban con gran devocion y silencio: las víctimas iban adornadas con flores de varios colores.

Al sexto mes suyo, nuestro mayo, llamaban *Atuncusqui*, *Aimoray*: otros cien carneros de todos colores eran sacrificados con grandes ceremonias y bailes; porque entónces llevaban á sus casas el maiz cosechado, al cual, como si fuera un ser intelijente, le cantaban que no se les acabase. Para eso escojian algun maiz singular y al ponerlo al troje usaban de ciertas supersticiones, velando tres noches continuas; luego lo tapaban y reverenciaban como cosa divina. Donde habia hechiceros se juntaban en casa de los indios principales, donde con ritos necios invocaban al demonio para que les declarase si aquel maiz tendria fuerza para el año siguiente. Sí de la troje se respondia que no, entónces cada uno con la solemnidad posible volvia al lugar de la cosecha del maiz y lo quemaba en sacrificio; tomaba otro y lo llevaba con cantos y bailes al granero para semilla del otro año. Volvian los adivinos á repetir la consulta; y se repetia hasta obtener la respuesta favorable. Estas fiestas llamaban *Aimoray*; y en algunas partes del Perú todavia las hacen ocultamente. (El autor escribia el año 1620).

Al que corresponde á junio llamaban *Aucaycusqui Intirayme*: su regocijo era muy general, por ser su fiesta una de las solemnes del Sol. Sacrificábanle cien guanacos, que lle-

vaban á Titicaca al compas de grandes bailes, poniéndoles flores y tiñéndoles los rostros de rojo. Labraban muchas estátuas de palos de quinua, adornándolas con ricas vestiduras; bailaban el *cayo*, echando flores por los caminos. Los indios é indias se vestian con curiosas ropas, y casi todos se afeitaban: la jente principal se ponia unas patenas de oro en la barba, y todos iban lujosos al adoratorio del sol, cuya peña se adornaba con admirable artificio. Hacíanse entónces grandes invenciones, y los bailes se vestian segun sus oficios y segun sus tribus; hasta los Incas tenian el suyo particular. Rezagos de eso deben ser los bailes de la vicuña, del zorro, del arado, de los chunchos guerreros, de los industriosos cacallauallas, de los callauas hiladores, de los Incas encontrados y otros que aun se ven en las fiestas de este Santuario de Copacabana. Y poco ha disminuido hasta ahora la grande embriaguez de su jentílico *Intirayme.*

A los padres de los niños destinados al sacrificio los festejaban ántes, como personas favorecidas de la divinidad; y á las pobres víctimas, para hacerles menos sensible la muerte las privaban de la razon embriagándolas con chicha, y llegada la hora fatal les ponian en la boca un gran puñado de coca molida, que las ahogaba: luego con lancetas de fino pedernal les sacaban sangre con que los sacrificadores se teñian su rostro y la peña del adoratorio.

Como este sangriento y licencioso *Intirayme,* despues de la conquista seguia aun en varias partes sin conocerse, por coincidir con nuestra gran fiesta de Corpus, los Señores Obispos les prohibieron cuanto olia á paganismo, dejándeles solo los bailes, pero sin usar sus cantos antiguos, sino los nuevos y católicos, que al efecto les compuso en su Símbolo indiano el P. Fr. Luis de Oré. franciscano, despues Obispo de la Imperial, que tradujo himnos para las festividades del Señor, de la Vírgen y de los Santos. Lo mismo han hecho otros Religiosos y celosos Curas, y en particular Fr. Juan Cajica, agustino, que escribió 32 libros de cánticos y oraciones en Aimará y Quichua, con todo lo necesario al catecismo é instruccion de estos pobres indios; aunque su obra ha quedado inédita por indolencia de la Orden. Sigamos los meses.

En el octavo, llamado *Chaguahuarqui*, nuestro julio, ofrecian otra hecatombe de carneros *oques*, ó de color gris parecido al de las viscachas. La fiesta era dedicada á la luna, cuyo templo era muy concurrido.

Yapaquis llamaban su nono mes, que nosotros llamamos Agosto, de ordinario quemaban otros cien carneros en sacrificio á los Lares y penates, y tambien muchos cuyes ó conejos y varias ofrendas, que quemaban; para que compadecidos de sus sementeras estorbasen el daño que les hacian el sol, el agua, el hielo y el aire.

Al décimo, ó setiembre, llamaban *Coraime*: se inmolaban cien carneros blancos lanudos á la luna; pues esta era su gran fiesta llamada *Situa*, en que se congregaba todo el pueblo esperando que saliese la luna nueva, y á su despuntar daban grandes alaridos, hacian fogatas, corrian con manojos de paja encendidos, gritando ¡afuera el mal! se chamuscaban unos á otros en señal de regocijo; llamando á ese juego *Pancuco*. Despues se bañaban en las lagunas, rios y fuentes; gastaban cuatro dias en banquetes y cánticos en loor de sus dioses, y en particular de la luna, llamándola madre. Las indias preñadas la invocaban, como las Romanas que le decian—*Juno, Lucina fer opem*. Esta era una fiesta clásica y nacional, que se celebraba el primer dia de la luna de setiembre, despues del equinoccio, habiendo purificado religiosamente el alma y el cuerpo y preparándose á ella por la continencia. Lo mucho que veneraban á la luna producia sus excesos de consternacion en los eclipses; pues todos chicos y grandes gritaban, encendian luces, sonaban tambores, azotaban á los perros para que ahullasen, lloraban y hacian estremos de sentimiento, por lo que ellos creian enfermedad ó muerte del pálido planeta. Y esa preocupacion en los eclipses la conservan todavia en muchos lugares.

Omaraime punchaiqui, que seria nuestro octubre, era su undécimo mes: en el cual ofrecian tambien otros cien carneros; y si por este tiempo no llovia, subíanse á los mas altos cerros, que tambien adoraban, invocándolos con gran sumision, y les pedian agua. Para alcanzarla tenian otra rídicula ceremonia; ataban una llama negra en una llanura, vertiendo chicha á su alrededor, y no le daban de comer hasta que llovia. Acontecia muchas veces morirse la llama antes que lloviera; mas por eso no desistian de su engaño. Tambien ponian sobre las peñas unos idolitos de sapos y de otros animales inmundos, creyendo que con eso ya alcanzaban agua. Estando el autor en Corpaguasi, provincia de Omasuyos, en 1617, sus alcaldes tomaron á unos indios pastores que tenian unos idolillos de barro y de piedra, de sapos, llamas y sabandijas que guardaban en la falda de un cerro. Los ido-

litos fueron quemados, y los idólatras castigados. Bastante parecida á la abusion de la llama atada para la lluvia, es la que han practicado muchos indios en estos años 1856 y 57 contra la peste de la fiebre tifoidea, pues tomaban una llama negra, le cargaban los sucios arapos de los apestados, la rociaban con aguardiente, le echaban su mascada coca, con no sé qué otras sandeces, y llevándola á algun cerro ó lugar desierto, la despedian, creyendo que el animal llevase con eso la peste á otra parte. Veian que ni por esas cesaba la epidemia; pero ellos no cedian en sus preocupaciones, por que son muy tenaces en su ignorante fanatismo.

Concluia el año con el mes *Ayamára*, como en Noviembre: el sacrificio en él tambien era de cien carneros. ¡Cuántos hecatombes! Cuando la luna habia cobrado fuerzas y casi estaba llena, hacian otra fiesta muy solemne, llamada *Yturayme*: eran grandes las ceremonias, bailes y banquetes, porque tambien armaban caballeros á los jóvenes, oradándoles las orejas. Los viejos y muchachos hacian ciertos alardes dando muchas vueltas; quizá querian figurar el curso circular de los astros, que forman el año.

CAPITULO XXII.

ABUSOS DE LOS INDIOS AL EDIFICAR SUS CASAS.

Era costumbre muy comun entre estas gentes el juntar a los agoreros, para que despues de tomar su chica, coca y otras necedades, designasen el lugar y la figura de la casa ó choza que pensaban hacer. Miraban al aire, escuchaban pájaros, como aruspices, invocaban á sus lares ó al demonio, con cantares tristes, al son de tamboriles destemplados; y pronosticando el bueno ó mal suceso empezaba la construccion, poniendo á veces coca mascada en el cimiento y sus asperjéos de chicha. Concluida la obra, en que solian ayudarse, la festajaban con bailes y convites conforme á sus alcances; y se dice que alguna vez en tales fostejos solia asistir el demonio en figura de lechuza, de otros animales ó de gente. Aun ahora no han acabado de perder esas abuciones al fabricar sus casitas; púes siempre auguran á su modo, echan su chicha ó aguardiente por los rincones, festejan su conclusion con regular borrachera y sus consecuencias, que

equivalen al demonio, quien ya no creemos que asistirá, pues siempre ponen sobre el techo la señal de la santa cruz.

CAPITULO XXIII.

NUEVO DIOS, NUEVA ISLA, NUEVOS SACRIFICIOS POR HUAINACAPAC.

Cuando los gentiles guardan los preceptos de la ley natural, Dios los ilumina y favorece, como al centurion Cornelio que siendo caritativo y religioso, fué el primer idólatra llamado á la fé, en cuya conversion dijo el príncipe de los apóstoles aquellas consolantes palabras:—ahora veo con verdad que Dios no es aceptador de personas, sino que acepta á toda gente que lo teme y practíca lo que es justo [Act.10 v. 34]—Mas cuando el infiel se estravía á sabiendas y se obstina, Dios lo abandona y lo execra, como á Faraon. Así parece que sucedió con Guainacapac, que en vez de purificar el culto natural dejado por el sabio Manco, prefirió ensangrentar las aras con sacrificios humanos, como su padre Topac-Yupanqui; imitando al impío Joran que en vez de imitar la piedad de David, siguió las locuras impías de Roboan y de Acab, para acabar de irritar á Dios contra su reino. Eso fué ademas un verdadero retroceso á la barbarie; pues cambió en otro peor al númen nacional. Llevado de cierto espíritu innovador determinó ofrecer todos aquellos sacrificios á un solo ídolo, que llamó Yatiri, como si dijere, *al que todo lo sabe*; mandando que solo á ese se le invocase; peor que el necio Heliogábalo, que quiso introducir en Roma al sol de Fenicia, desterrando los dioses del sabio Numa. Así Guainacapac insistió en que solo á *Yatiri* se adorase en el reino, pidiéndole con fervorosos ruegos le revelase su voluntad sobre el modo de los sacrificios: pero *Yatiri* estaba, como Dagon, sordo y mudo; y ese silencio pareciole al innovador causado por la profanacion de las adoraciones al sol, que lo irritaban. Resolvió, pues, aplacarlo fuera de Titicaca, y se fué á otra isla llamada Apingüela, por el lado de Huancané. Allí se fatigó en invocar á su nuevo Dios, que no le respondia por valerse de medios abominables y sobre modo inícuos; antes, Dios permitió que cayese en mas crue-

les errores, pues su afan y empeño no era para que buscase al verdadero Dios sinceramente, sino por vanidad en una nueva invencion. La unidad de Dios es el fundamento de la religion natural y revelada; pero como él al buscarla procedia peor que Mahoma, quedóse mas ciego que éste.

Obstinado sin embargo, en su capricho creyó oir un oráculo de sus ídolos que le mandaban llevase á otra parte los sacrificios de oro y plata, llamas, cosas preciosas, y aun de niños; pero no allí, sino en Paapiti, otra isla inmediata. Pasó á ella, y encontrándola mas apacible que todas las otras del lago, creyó haber dado al blanco del lugar de la verdadera adoracion: y así lo mandó publicar por toda la tierra, creyéndose mas favorecido que todos los monarcas pasados. Los pueblos, sea por credulidad, sea por adulacion ó miedo (pues ese feroz conquistador de varias naciones hizo en los rebeldes Carangües un ejemplar castigo, degollando muchos miles en la laguna que por eso se llamó *Yaguarcocha*, que significa lago de sangre) los pueblos concurrieron en multitud, á pesar de su dificultuosa y arriesgada navegacion. Pero no le duró mucho su gloria; porque el primer invierno fué tan lluvioso que la laguna se repletó de modo que la isleta quedó anegada y cubierta. En estremo sintió el inca este fracazo, y aun lo tuvo por de mal agüero; pero mas se encaprichó en su proyecto, y mandó con gran rigor se buscase el paraje de ella, y se continuasen los sacrificios de sangre, venciendo cuanta dificultad y riesgo se ofreciese. Al efecto dobló su crueldad haciendo degollar los animales y los niños en Apingüela, recojiendo su sangre en cajas de piedra con sus compuertas ó tapas, las que conducian al lugar de la isla cubierta, y desde las balsas las dejaban caer con unas sogas donde antes sacrificaban á pié enjuto. Así se enrojeció aquella superficie, y con razon se llemó *Vilacota*, que tambien significa lago de sangre. Y posible seria que Satanas inspirase tanta crueldad y trabajo, porque gusta que los suyos le sirvan así, cansándose mucho, como los perversos que dicen—*Lassati sumus in via iniquitatis. Sapientiæ c.* 5. Nos hemos fatigado en una empresa de iniquidad.

A mas de tantas ofrendas de sangre, es comun de los indios viejos, que Guainacapac arrojó gran fuerza de oro y plata en ofrendas en Paapiti; por lo que varios españoles han intentado excavar esos tesoros, pero en vano; porque los indios no quieren descubrir, temiendo que si descubren,

el demonio les ha de mandar la muerte ó alguna desgracia. Y tambien dicen, que estando un dia de solemnidad se oyeron tristes lamentos en las islas Apingüela y Vilacota; y estando los agoreros formando juicios entró comiendo un ciervo, cuya aparicion fué de mal auspicio, indicando quizás la venida próxima de los invasores, que en efecto sucedió luego. Y aun añade Sanchez de Bustamante, que estando Guainacapac en el palacio de Tumipampa tuvo la noticia de los primeros españoles que llegaron á la costa de su imperio.

CAPITULO XXIV.

PRONÓSTICO DE LA VENIDA DE LOS ESPAÑOLES Y DE LA CAIDA DE LOS INCAS.

Antes de abordar el buquesillo de Pizarro al rio Virú, hubo acá pronósticos, señales. En el Cuzco una india parió dos mellizas, una blanca y otra muy morena. Reunidos los agoreros por órden del inca, hicieron sacrificios, consultaron los ídolos, y fuéles declarado que dentro de poco vendria gente nueva á la tierra: alborotóse toda con el anuncio, y por todo el imperio se hicieron sacrificios y rogativas, para que los dioses les librasen de tal castigo. Porque, si es gran consuelo tener mandatarios nacionales, como dice Dios por *Oseas cap.* 2: *Dabo eis venitores ejus ex eodem loco:* es gran calamidad tener que sufrir los extranjeros, debiendo entónces exclamar los naturales con los sentidos versos del poeta.

Impius hæc tam culta novalia miles habebit?
Barbarus has segetes? En quo discordia cives
Perduxet míseros! En quies consevimos agros!

El presentimiento de esas expoliaciones consternaba las gentes; porque preveian que el implacable conquistador diria tambien con despotismo á los pobres indíjenas:

Hæc mia sut: veteres migrate coloni.

Porque ese es el lenguaje de todo invasor, y su conducta. Así lo hicieron los macedonios con los asirios, los asirios con los israelitas, los romanos con los de Germania, los árabes con la España, los ingleses con la India, los franceses con

Arjel, los anglo-sajones con la América del Norte, dispuestos á repetirlo en la del Sud; y así será miéntras haya codiciosos invasores. Doloroso es que, á pesar de los luminosos escritos de los humanitarios publicistas del siglo diez y nueve contra el inícuo derecho de conquista, los que ciñen espada conserven una propension horrible á las usurpaciones devastadoras de Alejandro y Gengiscan, aun cuando no haya agüeros que tales plagas anuncien!

Un dia muy solemne y de gran concurso se puso sobre el techo del templo mayor del Cuzco un pájaro de colores nunca vistos, y con voz que estremecia los corazones dijo claramente:—Presto se acabarán vuestros sacrificios y modo de vivir! Ese grito lo oyeron muchos, y principalmente los muchachos que despues lo declararon y que ese rato habian sido echados del templo para que no hicieran ruido, aunque peor lo hicieron al ver y oir al pájaro; cuya aparicion les confirmó la próxima venida de los extranjeros. Un indio llamado Tapagualpa certificó haber visto y oido eso mismo.

En este asiento de Copacabana, andando inquiriendo antiguallas, halló el autor un indio muy viejo, que le certificó haber oido á sus antepasados que cuatro ó cinco años ántes que los cristianos entrasen al Perú, los ídolos les habian declarado, como venia por la mar mucha gente valerosa, blanca y barbada; y por muchos meses se veia á media noche gran fuego en el cielo, como pirámide al lado de Oriente. Dijo ademas que vieron un cometa largo con una estremidad, que tenia por principio una como cabeza de cóndor ó buitre. Pudo eso ser así, pues sabemos que á ruinas de reinos han precedido señales raras, y fray Prudencio Sandoval, cronista real de España, indica algunas que dice se vieron cuando Atahualpa estuvo preso en Cajamarca. Cosas análogas se leen en las crónicas de Méjico.

A mas de otras muy sabidas refiere el cosmógrafo Enrico Martinez, en su repertorio general tratado 2 cap. 25, que un águila hizo presa de un labrador y lo llevó á una cueva, donde el águila dijo: "Poderoso señor, ya traje á quien mandaste." Pero el labrador no vió á quien hablaba, y solo oyó una voz que le dijo: "conoces á ese hombre que está ahí derribado en tierra? bajó el labrador los ojos y vió en el suelo un hombre con vestiduras reales y en las manos un pebete encendido, y examinándolo de pies á cabeza dijo—"me parece que es nuestro rey Motezuma." "Bien dices, contestó la voz

míralo cuan descuidado y sin sentido está de los muchos males que le aguardan, por las ofensas que á su Dios ha hecho y demasiadas tiranias á los suyos. Ya es tiempo que las pague! Míralo cuan descuidado y sin sentido está; y para que mejor lo veas, quítale de las manos ese pebete y llégaselo al muslo." Temió el labrador, pero instado por la voz, se lo aplicó sin que el fuego moviese el cuerpo. La voz le dijo: "así duerme Motezuma: anda á despertarlo de su profundo sueño." Entónces el águila volvió á ponerlo al campo de donde lo levantó; y en cumplimiento de aquel mandato fué el labrador á dar al rey el aviso del triste suceso que les amenazaba: oyóle Motezuma, y mirándose el muslo se lo halló quemado, que hasta entónces no lo habia sentido. Esto sucedió poco ántes de la llegada de Cortés.

El lector podrá creer de eso lo que quisiere. Nosotros lo que creemos firmemente es, que Dios, el Supremo rey de reyes, tiene fijados los años de los imperios como los dias de los hombres; que cuando quiere que las naciones lleguen á su fin permite que sus príncipes desatinen como ébrios, (Job. 12 v. 25) los deja sin luz y en palpables tinieblas; les quita el espíritu de acierto, (Psalm. 75 v. 13); reprueba sus consejos y los de los pueblos desconcertados [Psalm. 32 v. 10]. El muda los tiempos y las edades, las épocas y los siglos, traslada los reinos y los imperios mas potentes de un pueblo, á otro pueblo, (Dan. 2 v. 21) hasta borrarlos de la faz de la tierra. Con esas medidas de justicia ó de permision divina, creemos que se explican mejor esos trastornos estrepitosos de las sociedades antiguas y modernas, que en vano se afanan por explicarlas los políticos y los filósofos. Los incas invadieron un imperio, avasallaron muchas naciones ó tribus; y ellos á su vez fueron invadidos, avasallados y cruelmente sacrificados.

CAPITULO XXV.

ETIMOLOJIA DE COPACABANA Y SUS ÍDOLOS, CON OTROS DE ILAVE.

Por la comida y la bebida se ha introducido el pecado en el mundo, y por los excesos de la gula y de la embriaguez se propagó la idolatría. Esto fué mas exacto entre estos pobres indígenas, que en el resto del paganismo.

¡Vicio asqueroso, que aun hasta ahora los domina y los envilece demasiado!

Entre los ídolos hallados por acá, el mas célebre entre los Yunguyos, fué el de *Copacabana*, desenterrado despues por los españoles, que lo encontraron junto con dos piedras grandes, llamada una *Ticonipa* y la otra *Guacocho*, ambas adoradas por los Yunguyos, que como gente pobre les ofrecian carneros y chicha; y si tenian algun oro ó plata lo reservaban para ofrecerlo al sol ó á la luna. Este ídolo Copacabana estaba en el mismo pueblo, por el lado de Tiquina. Pudiera haber estado cerca del panteon actual, donde hay varios asientos labrados en las piedras: él era de una piedra azul vistosa, y no tenia mas que la figura de una cara como una cabeza de esfinje, sin piés ni manos. Estaba como mirando á Titicaca, como dios inferior que miraba al principal. Y quizas de esta postura se llamó el tal ídolo Copacabana; pues *Copa* suena como piedra preciosa, y *cabana*, derivada ó suavizada de *kaguana*, significa lugar de donde se podrá ver, y juntando las dos voces, Copacabana, es lo mismo que *piedra de donde se vé ó se puede ver*. Porque, en efecto lo que tiempo atras veia desde esas peñas la idolatria, era la otra peña Titicaca: y hoy colocada acá la imágen bendita de Maria, lo que se vé y se venera sobre esas piedras es la puertadel cielo, como desde las piedras de Bethel viera Jacob al Señor. Y si ántes la gentilidad indígena adulteró aquí con sus dioses de piedra, segun la expresion de Jeremias cap. 3: tambien se puede asegurar con el mismo Profeta, que Dios ha colocado sobre estas piedras, ántes tan manchadas, el trono de su purísima madre. *Ponam thronum ejus super lápides istis*, capítulo 43.

Fuera del ídolo Copacabana tenian los Yunguyos otro, que llamaban *Copacati*, cuyo nombre conserva el cerro donde estuvo, y cuyos restos de graderia aun se ven. Tambien era de piedra de una figura malísima y todo ensortijado de culebras, como la estátua de Laocoonte. Lo imploraban para las lluvias en tiempo seco. El P. Almeida hizo arrastrar ese ídolo al pueblo, y teniéndolo en la plaza cerca de mucha gente se vió desacirse de él una culebra: cuya ocurrencia le sirvió al P. Cura para avergonzarlos de que hubiesen adorado á tan fea sabandija. El P. Almeida fué antecesor del P. Montoro, en cuyo tiempo comenzó la santa imágen á resplandecer en milagros.

A mas de estos ídolos, que eran como dioses comunes, habia otros innumerables; pues las cuarenta y dos naciones que formaban el pueblo, tenia cada una los suyos particulares. Los mismos que despues fueron destrozados y arrojados á la laguna por los cristianos. Con razon otros interpretan Copacabana, tragadero de almas; pues con tanta idolatría no podia ser otra cosa.

Algo parecido al *Copacati* era otro ídolo que en 1619 encontró el P. Diego Garcia Cuadrado entre Juli é Ilave, era de piedra, de tres varas y media de alto, tenia dos rostros, como Jano; pero el uno era de varon y otro de mujer, con dos culebras que le subian de los pies, y en la corona un sapo muy grande en forma de tocado. Estaba en el cerro llamado *Tucumú* fronterizo á Titicaca: lo adoraban sobre una loza grande, como al dios de las comidas.

Al ir de Copacabana á Tiquina se pasaba por la angostura de Peaje, que despues se llamó S. Bartolomé y se le puso una cruz, para hacer olvidar á los indios la mala costumbre que ántes tuvieron de ir á ofrecer allí cuyes al demonio, que por eso se llamaba *Guancuyis*. Los hechiceros de Yunguyo y los indios Uros eran los mas fanáticos, haciendo creer que el demonio se les aparecia para sostener sus picardias. Preocupacion que al fin se ha desvanecido con el celo vigilante de los padres agustinos.

Entre las cosas notables de la isla habia un lugar llamado Choquepalta, unas casas bien labradas por el inca, donde cuidaban los gobernadores de recojer muchachos de diez á doce años, de las familias nobles, para que en tiempo de esterilidad, con los ayunos á que los obligaban, moviesen á compasion á los dioses, y les diesen buen temporal. Y en esos ayunos no se les daba cosa que hubiese llegado al fuego sino maiz crudo y charque. Abstinencia que tambien les imponia el Inca cuando estaba en guerra para obtener victoria.

Por desarraigar antiguos abusos se trasladó á los indios de la isla á este pueblo de Copacabana, permitiendo solamente que en Challapampa hubiese treinta casas, donde se recojen en tiempo de sementeras, y donde tienen una capilla dedicada á Santiago. Ahora ya está toda la isla habitada y dividida en dos grandes fincas, que son Challa y Yumani, teniendo esta su capilla dedicada á san Antonio de Padua.

Añadiremos que eran muchos los ídolos que estos indios tenian y los vanos ritos con que los adoraban: cuyos nombres omitimos por no molestar.

CAPITULO XXVI.

RARO DOCUMENTO EN FAVOR DE LOS HIJOS DE D. CRISTÓVAL INGA

Siquiera por via de apéndice y para que no se pierda, trasladaremos aquí una cópia literal de dos provisiones reales de Carlos V en favor de los hijos de D. Cristobal Vaca Topa Inga; cuyas ejecutorias se hallaron en poder de la Coya D.ª Maria Pillcoicsa, biznieta de Guainacapac inca, muerta en Copacabana el año 1617. La primera dice así:

"D. Carlos por la divina clemencia, emperador *semper* "*augusto*, rei de Alemania, Doña Juana su madre y el mis- "mo Don Carlos por la misma gracia reyes de Castilla, de "Leon, de Aragon, de las dos Sicilias, de Jerusalen, de Na- "varra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia &a. "Por cuanto por parte de vos, D. Cristobal Vaca Topa In- "ga, hijo de Guainacapac, cacique y señor principal que fué "en las provincias del Perú, Nos ha sido fecha relacion, que "siendo vos soltero habeis habido muchos hijos é hijas natu- "rales, en indias solteras, no obligadas á matrimonio ni re- "ligion, y nos suplicasteis y pedisteis por merced, mandáse- "mos legitimar y habilitar á dichos vuestros hijos é hijas "para que pudiesen haber y heredar todos y cualesquier "bienes, que por vos ó por otras cualesquier personas les "fueren dados y dejados, y encargados en cualquier manera "y los varones tener y ser admitidos á cualesquier oficios "reales y concejiles y públicos que por Nos ó por Vos, ó otras "cualesquier personas les fueren dados y dejados, y encarga- "dos en cualquier manera, y gozar de las honras y gracias, y "mercedes, franquezas é inmunidades,que gozan los que son "de lejítimo matrimonio,nacidos y procreados ó como la nues- "tra merced fuese, y Nos acatando algunos buenos servicios, 'que nos habeis hecho y esperamos que nos hareis de aquí ade- "lante, y por Vos hacer bien y merced,y tuvimoslo por bien, y "porque así como nuestro muy santo padre, tiene poder de le- "jitimar y habilitar en lo espiritual, así los reyes tenemos po- "der de legitimar y habilitar á los que no son de legítimo ma- "trimonio nacidos, por ende, por la presente legitimamos, y "hacemos hábiles y capaces, á los dichos vuestros hijos é hi- "jas que así al presente teneis, para que puedan haber y he- "redar todos y cualesquier bienes, muebles. raices, semo- "vientes, que por Vos el dicho D. Cristóbal Inca, en vuestra

"vida ó al tiempo de vuestro fin y muerte, por vuestro tes-"tamento y postrimera volnntad; ó por vuestra manda ó "donacion, ó por otras cualesquier personas le fueren dados "y dejados, y mandes en las nuestras indias, y los hijos va-"rones ser admitidos á todos y cualquier oficios reales ó pú-"blicos &a. Dado en la Villa de Valladolid, á primero del "mes de Abril de 1544 años."

En la otra los hace caballeros y les señala escudo de armas: dice así:

"Don Carlos por la Divina clemencia, Emperador de los "Romanos, Augusto Rey &a.—Por cuanto Nos somos infor-"mados, que Vos, D. Cristóbal Topa Inga, hijo de Guainaca-"pac Señor natural de las Provincias del Perú, nos abeis ser-"vido en lo que se ha ofrecido, y Nos acatando lo suso-"dicho, e a que sois fiel vasallo nuestro, y buen Cristiano, "porque Vos y vuestros descendientes seais mas honra-"dos, nuestra merced y voluntad es, de os dar por armas "un escudo fecho dos partes, que en la una de ellas esté "una águila negra, rampante en campo de oro, y a los la-"dos dos palmas verdes, y en la otra parte debajo un ti-"gre de su color, y encima del una borla colorada; que "solía tener por armas Atabalipa vuestro hermano, y a "los lados del dicho tigre dos culebras coronadas de "oro en campo azul, y por orla unas letras que digan "AVE MARIA, y entre medias de las dichas letras, "ocho Cruces de oro de Hierusalem en campo colorado, "con perfiles de oro, y por timbre un hielmo cerrado, y "por divisa una águila negra rampante con sus tres colo-"res, y dependencias a follajes de azul y oro, como la nues-"tra merced fuese, por ende, por la presente, queremos "y mandamos, que podais traer y tener por vuestras ar-"mas conocidas, las dichas armas, de que desuso se hace mencion, en un escudo a tal como este, segun que aquí va "figurado, las cuales Vos damos por vuestras armas conoci-"das, y queremos y es nuestra voluntad, que Vos y vues-"tros hijos, e descendientes dellos, las ayais y tengais, y po-"dais tener y poner en vuestros reposteros y cosas, y en "los de cada uno dellos, y en las otras partes y lugares, que "por Vos y por ellos quisieredes, y por bien tuvieredes, y "por esta nuestra carta o su traslado signado de escribano "público. Encargamos al Ilustrísimo Príncipe, nuestro "muy caro y muy amado hijo, y nieto, y mandamos a los "Prelados, Duques, Marqueses, Condes, ricos omes, maestres

"de las Ordenes, Priores, Comendadores y Subcomendadores, Alcaides de los Castillos, y casas fuertes &a. destos dichos nuestros Reinos, y señorios de las Indias, islas y tierra firme del mar Occeano, ansi a los que agora son, como á los que serán de aquí adelante, e a cada uno y cualesquiera dellos, en vuestros lugares y jurisdicciones, que sobre ellos fueredes requeridos, que Vos guarden y cumplan, y hagan guardar y cumplir, a Vos e á los dichos vuestros hijos, y descendientes dellos la dicha merced que ansi les hacemos de las dichas armas, que las ayan y tengan por vuestras armas conocidas, y Vos las dexen como tales, y traer a vos, e a los dichos vuestros hijos y descendientes dellos, y de cada uno dellos &a. Dada en la Villa de Valladolid a 9 de Mayo de 1545 años."

Este D. Cristobal Vaca Topa Inca es aquel hijo de Guainacapac que, como se dijo en los capitulos 7 y 4, prestó obediencia con Apuchalco Yupanque á Carlos V, y el que se casó con su hermana Vírgen del Sol: se llamó antes Paullo Topa Inca, y en la batalla de Chupas, donde destrozaron á Almagro, peleó al lado del Virey Vaca de Castro, cuyo apellido tomó, y probablemente fué su ahijado de bautismo, antes del cual es que se habia casado con su hermana, de cuyo matrimonio hubo algunos hijos, y otros en otras indias, por eso muchos de Copacabana eran descendientes suyos; entre los que consta que fué padre de D. Carlos Inga, y abuelo de D. Melchor Inga que murió en España; aunque su hijo principal acá fué D. Francisco Tito, del cual procedió la Coya Pillcoicsa, que tenia otros documentos aquí trascritos para los que fijan sus glorias en pergaminos.

CAPITULO XXVII.

PROBABLE VENIDA DE UN CRISTIANO Á ESTAS TIERRAS.

Por no pecar de omision y por lo que pudiera servir, compendiarémos las razones que aduce el autor en apoyo de la antiquísima tradicion de estos naturales, y principalmente de los serranos que creen haber estado en estas regiones ántes de la conquista un discípulo del Salvador, á

predicarles el Evangelio. Presenta primero varios textos de la Escritura, principalmente de Isaías, de David, de Abacuc, de San Pablo, del Evangélio y de Ambrosio; é insistiendo en las palabras de Jesucristo á los Apóstoles — *Euntes in mundum, predicate evangelium omni creaturæ,* casi tiene por cierto haber venido acá alguno de ellos: así como la Divina Providencia hizo que entre los hunnos y godos habitantes de un mundo entónces desconocido, la caida de sus ídolos les annunciase el nacimiento del Deseado de las gentes, cual los Angeles se lo anunciaron á los Pastores de Judea y la estrella á los Magos. En confirmacion aduce el silencio de los oráculos, principalmente del de Delfos, que segun Suidas y Niceforo, no quiso contestar á las consultas de Octaviano Augusto. Y concluye que, diciendo S. Pablo—*In omnem terram exhivit sonus eorum,* bien se puede creer lo que estos Indios aseguran, que ántes se vió por acá un hombre nuevo y jamás visto que obraba milagros; por lo cual le pusieron por nombre *Tunupa,* que quiere decir, *sábio y Señor:* que por su predicacion fué perseguido y martirizado.

De creer es que este Varon Evangélico trabajaría lo posible en la conversion de estas tribus; mas viendo su poco fruto traería su corazon muy angustiado, y orando como Elias, atribuiria á sus deméritos la obstinacion de estos gentiles, que fastidiados de su predicacion lo quisieron apedrear en el asiento de Cacha, como á seis jornadas del Cuzco, camino del Collao, donde aun [segun deponen los naturales] se ven unas peñas abrazadas, dicen que con fuego del cielo para castigar tal impiedad, con cuyo prodijio quedó libre el Santo Varon, y pasando al Collao quiso ver el tan famoso adoratorio de los Collas en Titicaca. Y como el Señor le tendria allí aparejada la corona, le enviaría algun Angel, que como á Abacuc, lo trasladase á aquel lago de leones mas fieros que los de Babilonia. Así es que mientras las fieras de estas salvajes serranías respetaron al Evangelista, los hombres lo mataron.

Habiéndose, pues, reunido en el adoratorio de Titicaca muchos comarcanos, al hacer sus sacrificios al Sol, vieron como bajar del cielo un hombre blanco y zarco, con traje parecido al de ellos. Algunos dias estuvo allí predicándoles el culto del verdadero Dios, Criador del universo; pero viendo su obstinacion tomó otro rumbo. Les reprendió ásperamente su mal modo de vivir y bestiales costumbres.

Como primero lo admiraron por su vida inculpable, y hasta lo llamaron *Taapac*, que quiere decir hijo del Criador, lo tentaron con riquezas y halagos, que despreció; y luego le amenazaron que si no desistia de su doctrina y si no seguia sus ritos adorando el Sol, lo sacrificarían. Pero siguiendo él su predicacion con mas fervor, los indios se irritaron de tal suerte que lo empalaron cruelmente, atravesándole todo el cuerpo con una estaca de chonta, hecha de palma: palo de que usan en la guerra como arma muy ofensiva. Forma de martirio que han usado otras veces, como se vió con el santo Fr. Diego Ortiz, agustino, primer mártir del Evangélio en estos paises, cuyo cuerpo está en S. Agustin del Cuzco. Pero el cuerpo del santo Misionero, martirizado en esta isla, lo pusieron sobre una balsa abandonándolo á la laguna. Y refieren los antiguos, que un recio viento lo llevó hasta tocar en tierra de Chacamarca; que la abrió con la proa, haciendo correr las aguas hácia al Sud, formando así el Desaguadero, que ántes dice que no lo habia; y por ese nuevo rio fué flotando hasta los Aullagas, donde se forma otra laguna que se sume; y allí quedó su venerable cuerpo, donde era tradicion que cada año brotaba una palma. Todo es posible á Dios, aunque no lo doy por indubitable; si bien he oido afirmar á indios ancianos de Copacabana, que en las peñas de la isla quedaron impresas las plantas de Tunupa.

CAPITULO XXVIII.

SE TRATA DE LA SANTA CRUZ DE CARABUCO.

Ya que se ha tratado de este discípulo de Jesus y luego debemos tratar de Maria, no será demas decir algo de la Cruz de Carabuco, que se cree fué plantada allí por el mismo. Dicha Cruz estuvo oculta algunos siglos, hasta que se descubrió por una riña entre los indios. Entre los Urinsayas, que son los naturales de un lugar, solia mandar el Inca indios de su confianza para amalgamarlos mejor en las costumbres del imperio y para velar sobre la fidelidad de los nuevos conquistados; á estos forasteros los llamaban Anansayas:dos parcialidades que se miraban con recelo y muchas veces venian á las manos, como judios y samaritanos. Uno

y otros se habian reunido para celebrar una fiesta de Corpus, ó mas bien su gentílico *Intirayme*, que aquel año coincidió con esa festividad católica: despues de la funcion fueron á embriagarse, como acostumbran, y en la embriaguez se dijeron recíprocos dennestos é injurias. Los Urinsayas dijeron á los Anansayas, que eran unos pobres advenedizos sin tierra ni patria propia, mendigos que ellos mantenian por piedad, y mil lindezas mas. Los Anansayas contestaron que eran unos emisarios imperiales, pero no idólatras ni hechiceros, como ellos, cuyos antepasados habian muerto un santo, y quisieron quemar una cruz que consigo traian, y que ellos tenian oculta por perversos. Supo ese altercado el cura (lo era un padre Sarmiento), y no paró hasta encontrar lo que en aquellos tiempos de fé pudo mirarse como una reliquia preciosa. Se encontró la Cruz dividida en tres partes, y una plancha de cobre que la ceñia. El celoso Sacerdote la armó con gran devocion y la colocó en una capilla, donde por muchos años fué frecuentada, cortando los devotos sus astillitas de aquel santo madero, como se sacan y veneran las partículas de la verdadera Cruz; hasta que pasando por allí el Reverendísimo S. D. Alonso Ramirez de Vergara, Obispo de Charcas [en cuyo tiempo la santa Imágen de Copacabana empezó á resplandecer en milagros] informado de su orígen, y haciendo las debidas averiguaciones, la tuvo por cosa santa y por Cruz de algun discípulo del Salvador, y la mandó colocar decentemente, para que fuese venerada cual convenia. Despues, el mismo Illmo. Vergara hizo un nuevo escrutinio, haciendo escavar tres estados el lugar donde se halló la Cruz, hasta que se encontró el tercer clavo, que se lo llevó á Chuquisaca; de donde, en su muerte lo tomó el licenciado Alonso Maldonado, Presidente de la Real Audiencia de la Plata, y lo llevó consigo á España. Los otros dos están en Carabuco, y son de la misma hechura que los de Jesucristo. Cuando se dividieron los Obispados, dividieron tambien esta santa Cruz, aserrándola por medio, de modo que salieron dos: la una quedó allí, y la otra se llevó á la Catedral de Charcas. El Señor ha obrado por ella muchas maravillas. Así fué hallada y venerada esa Cruz, que los indios idólatras destrozaron en tres pedazos para quemarla mejor; pero respetada por la hoguera, la enterraron cerca de la laguna, para contentar á sus ídolos, que enmudecian á su presencia.

CAPITULO XXIX.

CORROBORACION DE LO DICHO SOBRE EL SANTO.

No muy distante de Carabuco se hallan tres piedras de forma triangular, donde dicen los indios que ataron al Santo y le dieron muchos azotes con ánimo de matarlo. Por los años de 1600, deseoso un Correjidor de que se aclarasen las cosas de este misterioso Varon; hizo comparecer ante sí á un Cacique de Carabuco, llamado Fernando, el cual, segun el aspecto y dicho de los que lo conocian, fué juzgado por hombre de 120 años, y llevado al pueblo de Ancoraimes se le mandó declarase todo lo que á sus antepasados habia oido tocante al Santo y su Cruz. Y declaró haber oido que muchos años ántes que á estas partes viniesen Cristianos, habian visto á un hombre de gran estatura blanco y zarco, vestido casi al modo de ellos, que predicaba dando voces que adorasen á un solo Dios, reprendiendo vicios; y que con unos indios que le seguian traia una Cruz, de la cual se asombraba el enemigo, que les incitaban á que lo matasen, y que de no hacerlo así se les seguirian daños en sus cosas, dejándo él de dar sus oráculos: que por eso lo ataron á unas piedras y lo azotaron muy cruelmente. En cuyo tormento (añadió haber oido á sus deudos) bajaban aves muy vistosas á acompañarlo; las que juzgaba él ahora, que serian ángeles mandados por Dios para consolarlo. Que tambien se tenia por cierto que el Santo llevaba consigo una pequeña cajuela, que segun noticias estaba escondida en uno de los cerros de Carabuco; y que dejando los indios al Santo atado, bajaron aves á desatarlo, y él tendiendo su manto sobre los aguas entróse á la laguna, dirijiéndose hácia Copacabana, y pasando por un totoral dejó hecha una senda que hasta hoy veneran los indios; porque dicen que la totora de ese callejon es muy dulce al gusto y útil para enfermedades. En su idioma la llaman *Paquina ó Sehego.* Esta relacion se la dió al autor Diego Nuñez de Raya, hombre mayor, compañero y secretario de varios Visitadores. *Fides sit penes illum.*

Otra tradicion. Cuando cayó ceniza en Arequipa y Camaná, estaba un mayordomo en el valle cerca del puerto de Quilca, junto á un cerro, vió correr de lo alto como un rio de ceniza; y habiendo pasado esa corriente halló una túnica que no se pudo saber si era de lana ó de algodon, parecia in-

consutil y de color de tornasol; y con ella dos zapatos ó sandálias, como de badana blanca y de tres zuelas, cocidas con mucha curiosidad, de tamaño grande y con el sudor del pié. Ese hombre se fué á España llevándose la túnica y un zapato; el otro quedó en poder del P. Comendador de la Mer- en Camaná; y en 1620 lo tenia Da. Maria de Valencia, esposa de Márcos Alvarez de Carmona; Señora de la Gualca de Carabelí, en un cofre de plata, cuyo contacto sanó varios enfermos, principalmente al P. Juan Anjel de Rebolledo, Cura de Carabelí y de Atico. El año 1619 vino á visitar este Santuario de Copacaba el P. Gaspar de Arroyo Rector del Colegio de la Compañia de Jesus de la Paz; acompañando con otros religiosos al R. P. Provincial Diego Alvarez de Paz y ofreciéndose tratar de la Cruz de Carabuco, aseguró haber visto el zapato, cuyo olor y franganeia excedia cualquier otro. Por lo que se respetaba como una reliquia de aquel Varon santo, que se dice moró una cueva cerca de Carabuco.

En la provincia de Chachapoyas, á cinco leguas de San Antonio de Conilap, á dos leguas del correjimiento de Chillaos, hay una losa grande de tres varas de alto y seis ó siete de ancho; es blanca y parece labrada: en ella están las estampas de dos pies juntos de catorce pulgadas cada uno, y delante de ellos hay dos cavidades, como de dos rodillas. Al lado de estas señales está marcado un bordon de dos varas, con sus nudos. Noticioso de esto el Santo Arzobispo de Lima, D. Toribio de Mogrovejo, fué á verlo, y se arrodilló dando gracias á Dios: cuya accion imitaron los de su comitiva; é informado de las tradiciones locales, creyó ser huellas del primitivo Evangelizador, y quiso trasladar la piedra al pueblo de Conila; pero desistió asi como ántes habia desistido el Gobernador de Guascarinca, Collatupa, que viendo la imposibilidad de mover aquella mole, mandó á los indios, como jentíl, que la adorasen al salir el sol. Y quizá por destruir esa antigua supersticion mondó el santo Prelado levantar una capilla que la cubriese con decencia. Hallóse allí el Capitan Juan del Castillo Renjifo, teniente General de esta provincia de Omasuyos, Protector de indios en Chachapoyas y sus provincias, persona fidedigna, en cuya veracidad descansa la relacion que se acaba de leer.

Igualmente en Calango, doctrina de los Padres Dominicos, se vé una gran losa, y en ella impresos los pies de un hombre de gran estatura, con una especie de caracteres de

idioma desconocido, que creen los indics haber escrito con el dedo en la peña aquel hombre apostólico, como en prueba de la divina ley que les predicaba. Tambien el Virey D. Francisco Toledo, al visitar la sierra, vió en el Collao otra losa, en que estaba esculpida la figura de un hombre de grave aspecto con una especie de sombrero en la cabeza; cuya figura le dijeron que era de un hombre antiguo; y como antes no habia tanta noticia de este Varon religioso, temió que fuese algun resto de idolatría, y lo mandó deshacer.

El nombre de este santo personaje se ignora, pero he oido á personas curiosas, que vino á estas partes del Perú por el Brasil, Paraguay y Tucuman: y el Illmo. D. Lorenzo de Grado, Obispo antes del Paraguay y actual del Cuzco, pasando el añò 1619 por este Santuario de Copacabana, dijo: que en todo aquel Obispado hay grandes barruntos de haber pasado por él uno de los discipulos del Redentor. De donde se dice, haber pasado á Chachapoyas, de allí a los valles de Trujillo, despues á los de Cañete, donde está Calango, y últimamente al Collao y Titicaca, donde dió glorioso fin, como se ha dicho.

CAPITULO XXX.

RATIFICACION SOBRE EL SANTO Y LA CRUZ.

La falta de letras en los indios ha causado un lastimoso estrago en las cosas de su antigüedad; pues si bien usaban de unos hilos ó cordeles de varios colores, llamados *Quipus*, donde con ciertos nudos significaban algunas noticias ó hechos; con todo, eran de tan dificil entender, que los mas diestros se dan muchas veces por vencidos en la interpretacion de sus cuentas. La tradicion ademas es corta y vaga entre estos idiotas, como bien lo fuera en todos los pueblos que han carecido del arte admirable de la escritura: porque los varios acontecimientos de distintas épocas y especies, es casi imposible los retenga íntegros la memoria de un hombre, para poderlos trasmitir á la posteridad sin menoscabo: eso es, sino se los trasmiten adulterados por la ignorancia ó mala fé de los relatores de hechos tan remotos, cuya verificacion no puede hacerse con ninguna clase de documentos públicos. Solo algun acontecimiento muy singular podrá trasmitirse de una generacion á otra, aunque con algu-

na variedad en las circunstancias: y asi juzgo sobre la venída de ese Santo á estas regiones; porque, á no ser tan admirable y de tanto ruido, ni noticia quedára de él, miéntras que ahora la hay en diferentes partes.

Asi es que el año 1599 D. Cristobal Muñoz Cebada se informó de un indio anciano, que declaró sabia por sus antepasados, que lo tenian por cosa asentada, que al distrito de Sicasica habia ido un Varon venerable en la presencia, grande de estatura, de barba crecida, blanco y zarco, que predicaba una ley como la que ahora tienen los Cristianos, comprobando su doctrina con milagros; y se esforzó mucho en persuadir á los indios que edificasen una capilla al Dios verdadero. Para verificarlo juntaron mucho *ichu* ó paja, en la que solia dormir el Santo: mas una noche se les presentó el enemigo reprendiéndoles terriblemente la facilidad con habian creido á un hombre advenedizo; les mandó parar la obra y pegar fuego á la paja. Hiciéronlo asi los indios, y ardiendo el *ichu* con grandísima fuerza, salió el Santo del incendio paso á paso sin lesion ni sobresalto alguno, con gran asombro de los bárbaros, que quedaron muy confusos y arrepentidos. Contó mas el indio: que despues de este milagro, yendo el predicador con indios á otras rancherias, disipó con sus oraciones una terrible tormenta. Pero ni esos prodigios impidieron que lo aborreciesen los naturales, por el celo con que les reprendia sus lúbricos vicios, y habiendo convertido á solo seis, se los llevó consigo á Carabuco, donde los martirizaron. El Santo les increpó esa crueldad con sus discípulos, y entónces atándolo de pies y manos lo amarraron en una balsa que impelieron á la laguna; y que vieron á una Señora muy hermosa, que puesta sobre la frájil chalupa, dirijia su rumbo. Sorprendidos los indios de tal maravilla y deseosos de ver su fin, iban siguiéndola con sus balsas; y vieron que el Santo y la Señora pasaron el Desaguadero, y nunca mas los tornaron á ver. Y además era tradicion muy recibida entre los indíjenas, que en otra ocasion el santo Misionero atravesó la laguna y fué á Puno, donde predicó á la gente que halló reunida en una gran fiesta. Estuvo allí algunos dias en una cueva, que hasta hoy la llaman *del Santo*. En Carabuco tenia cerca de su choza una fuente, venerada por los comarcanos por sus maravillosos efectos. Esto depuso aquel indio y otros compañeros suyos, asegurando que asi lo habian recibido de sus mayores.

Todas estas disposiciones diferentes dan á la venida de un antigno Evangelista tal grado de certeza, que ya no puede negarse sin temeridad. Lo cierto es que la Santa Cruz de Carabnco dejada por él, ha obrado muchos milagros, principalmente contra rayos, maleficios y varias enfermedades. Por eso los indios llevan siempre su crucesita de palo parecida á aquella, y en Copacabana las cambian en sartitas juntamente con el romero, que hacen bendecir. Nótese que Carabuco fué antiguamente una de las repúblicas ó tribus mas poderosas del lago, mas tenáz en sus idolatrías y barbarie: por eso el Inca exterminó su soberbia con la muerte de casi todos; sino es que ese sangriento estrago fuese como un castigo de Dios, por haber martirizado al primer anunciador de la fé. Pero basta de digresion, y entremos de una vez á nuestro Copacabana.

Fin de la 1.ª parte.



SEGUNDA PARTE.

HISTORIA DE NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA.

CAPITULO I.

DIGNACION DIVINA EN ELEGIR ESTE LUGAR PARA SANTUARIO.

Un pueblo que andaba en tinieblas, vió una luz muy grande, dijo Isaías, de cierto pueblo del gentilismo; pero á ninguno pueden, aplicarse sus palabras mas adecuadamente, que á este de Copacabana: pues aquí, donde ántes la inmunda idolatría tenia las almas sumergidas en la mas fea oscuridad; porque ¿habia acaso en otra parte tinieblas mas negras que las de Copacabana? ¿soñó el mundo mayores vicios? ¿inventó la malicia atrocidades mayores que las de los sacrificios de esta bárbara gente? ¿cuándo vió Venus en sus torpes palacios y lascivos bosques, torpezas como las suyas? Y sin embargo, aquí, en esa sentina de fétida abominacion, es donde ahora por la misericordia de Dios brilla mejor que la luna, que la radiante aurora, que el mismo sol, la Reina de las Vírgenes, la refulgente estrella de Jacob para la tierra y la que en los cielos hizo salir una luz indeficiente. Y aquí, entre esas impuras breñas, sentó su trono.

Antes que tal favor Dios nos hiciera, tuvo este pueblo por Patrona y titular de su primera Iglesia, á la Gloriosa Abuela del Salvador, Santa Ana, lo que ya fué para el Se-

ñor, un compromiso para darnos luego á su inmaculada Madre, cuya venida y milagros irémos refiriendo como mejor Dios nos inspire. Porque, movido por la devocion á Maria, es que voy á tratar con todo el rigor de la verdad que pide el asunto, la santa história de esta tan milagrosa imágen suya.

CAPITULO II.

ORÍGEN DE LA SANTA IMÁGEN:—OPOSICION.

El pueblo prevaricador de Israel experimentó las hambres, las pestes, las guerras, la esclavitud y los mas terribles azotes de la justicia divina, hasta que completó su malicia y le fué perdonada su iniquidad. *Quoniam completa est malitia ejus, dimissa est iniquitas illius.* (Isai. c. 40 v. 2). Y añade el Profeta, para manifestar mejor la soberana clemencia.—*Et revelabitur gloria Domini.* Pues así, cuando las iniquidades del Perú mas clamaban al cielo, debiendo esperar su destruccion; pues los recien llegados conquistadores se encenegaban en la lascivia, en el hurto, en toda injusticia, y los naturales recien convertidos, confundian y manchaban la fé con la idolatría, seguian sus nefandas antigüedades contra Dios y contra naturaleza; de modo que la tierra temblaba, como quien no podia sustentar el peso de tantos y tan atroces delitos; entónces, cuando la milicia humana se desahogaba con mas desenfreno, abriendo la tierra mil bocas para quejarse de tantas falsedades con que la envilecian sus habitadores, entónces es cuando se le revela la gloria del Señor y el poder de su dulcísima Madre á esta tierra de los Incas, llamada á la participacion de la herencia celeste, aun cuando tuvo que pasar por las rudas pruebas del coloniage.

Luego de conquistado el Perú, comenzó Maria á dar muestras de su proteccion en el valle de Pacasmayo, como á treinta leguas de Trujillo y diez de la villa de Saña, por medio de una imágen suya, traida de España por un vecino llamado Francisco Perez Lascano, á imitacion de la de Guadalupe. Y dió allí la Vírgen tan claras y manifiestas señales de su patrocinio, que el asiento tomó por nombre el de su Patrona, dejando el antiguo de Pacasmayo. Esta

Santa imágen de Guadalupe Peruana, estuvo en poder de los Padres Agustinos, como tambien lo estuvo luego esta de Copacabana, cuyo orígen es el siguiente:

Siendo los meses de Enero y Febrero los mas temidos del año, porque sus heladas solian arruinar las sementeras, que en esa estacion están en flor, estaban los indios afligidísimos con la hambre y demás calamidades que siguen á la carestía. Apurados con el conflicto, acudieron á Dios, implorando su piedad por conducto de su Santísima Madre. Reunidos los Anansayas, se decidieron por la advocacion de Candelaria ó de la Purificacion, por venir esa fiesta de la Vírgen en la precisa época mas temida de los hielos, consagrándose ellos en una cofradia á honor de Nuestra Señora. Mas esta resolucion fué contradicha por los Urinsayas, alegando que en eso debia votar todo el pueblo, y que ellos pensaban fundar una capilla y cofradía de San Sebastian; que no podia haber dos cofradias en lugar de gente tan pobre y mal avenida. Esta desavenencia, que aun para cosas frívolas es casi innata en la gente de Copacabana, por ser de tan diferentes naciones, impidió que entónces se verificase el piadoso proyecto. Pero, de en medio de esa reyerta popular, solióse callado para Potosí el devoto y rústico emprendedor, cual se salió el balbuciente Moises de Egipto á Madian, en cuyo Oreb recibir debia su mision y su vara portentosa. Pues habiéndosele ofrecido á D. Alonso Viracocha Inca Gobernador de los Anansayas, ir á aquella ciudad imperial, encontró en ella á su deudo Don Francisco Tito Yupanque, y trataron de su deseada cofradia de Candelaria, de lo que debian hacer para llevarla á efecto, á pesar de la repugnancia de parte de los Urinsayas.

CAPITULO III.

ENSAYOS DE YUPANQUE, REPULSA DEL OBISPO, VENIDA Á LA PAZ.

Si esta es obra de los hombres, se caerá por sí misma, dijo Gamaliel; pero si es Dios no podreis vosotros destruirla. Esas palabras inspiradas parecen dichas al santo intento de Yupanque; pues Dios le hizo vencer tantas dificultades con-

tra el dictámen de los hombres, que al fin lo hizo salir airoso con la santa efigie de Maria. Quiso aquí mismo ensayar primero su debilidad; pero le salió tan tosca su primera imágen de barro, que habiéndosela permitido en el altar por algun tiempo, despues se la sacaron con desaire; y esto lo decidió á irse á Potosí, para aprender á hacer un bulto que ocupaba toda la ambicion de su alma, haciendo promesa de no desistir hasta lograrlo, empeñando la benignidad de Maria con fervientes oraciones y ayunos, pidiéndole acierto y gracia en su hechura. Con este afan se andaba el pobre escultor buscando por todas las iglesias una imágen de la Candelaria que pudiese servirle de modelo. Fijóse con suma atencion en una que le mostraron en Santo Domingo, y creyendo habérsela impreso en su mente, fué á comenzar su obra el dia 4 de Junio de 1582. Ya la tenia algo adelantada, cuando llegaron á Potosí Don Alonso Viracocha Inca y D. Pablo su hermano; quienes luego que vieron el bulto algo mas regular, trataron por segunda vez de pedir licencia al Señor Obispo de la Plata para fundar la deseada cofradia. Indicaron la demanda á un familiar suyo que los desanimó, diciéndoles que el Obispo Su Señor no daba tales licencias sino con mucha dificultad, y que si no tenian rentas para la fundacion, desistiesen de su cofradia: todo por sacarles algo. No ha sido Giezi solo el único criado codicioso; y ojalá que como á él les saliese la lepra á la cara. Turbados y casi desanimados con tal contestacion, se vieron los pretendientes, por hallarse escasos y distantes de su patria; pero el Señor les proporcionó un celoso sacerdote que les puso su peticion en regla. Con ella marchó D. Francisco, llevando además un lienzo de su mano para obtener tambien licencia de pintar imágenes de la Vírgen: lo que le salió al reves, porque el Obispo y cuantos vieron el cuadro, lo ridiculizaron bastante, y no faltó quien ultrajase al inocente pintor, aconsejándole que dejase aquel arte para manos mas finas. En gran conflicto lo pusieron tales baldones; pero su devoto pecho no desmayó, ántes se sentía mas inflamado. Renovó su promesa, sus ayunos, sus oraciones y sus humildes suspiros, rogando con lágrimas al Señor, que no desechase su empresa por ser de indio rudo, puesto que Su Magestad no era aceptador de personas, y ante sus divinos ojos tanto valía un indio como un español, lo mismo un judio que un gentil, un griego que un romano. Las fervorosas súplicas y encendidas lágrimas de Yu–

panque tocaron el corazon de Dios, á quien siempre agradó la oracion de los humildes, escogiéndolos para cosas grandes, con preferencia á los sábios engreidos y poderosos soberbios.

Y así, aunque desengañado de su poca destreza por las humillantes befas de los hombres, puso Tito toda su confianza en Dios, y se volvió á Potosí á insistir en su bulto. D. Alonso y D. Pablo quedaron en la Plata para proseguir su peticion sobre la cofradia y otros asuntos que tenian pendientes en la Real Audiencia, y que los detuvieron allí algunos meses. Entre tanto D. Francisco, despues de varios ensayos, pruebas y retoques estaba adelantando su querida imágen, cuando se resolvió ir á perfeccionarla á la Paz. Buscó, pues, algunos compañeros de su Copacabana, que estarian allí por las mitas, y cargando la inconclusa efigie muy tapada, se marchó de Potosí con mil cuidados y sobresaltos, porque no sabia en que pararian sus piadosos afanes. Muchos regresaban entónces de aquel fabuloso mineral, cargados de plata; pero él regresaba pobre con una obra que solo le habia proporcionado pesares; y el mas sensible fué el desacato de un hombre inconsiderado. Pues habiendo llegado ya de noche al pueblo de Ayoayo, pusieron la envuelta imágen en el saguan de Cabildo, donde casualmente estaba entónces alojado un Corregidor de la Recaja, que entrándose á recoger y viendo un bulto en una especie de parihuela, creyó que era un muerto, y le dió un puntapie, riñiendo á los indios ásperamente. Estos le decian que no era muerto, sino efigie de la Mamita; pero como él no los entendia, les repetia con mas cólera que botasen eso de allí. A ese rato llegó D. Diego Churatupa, uno de los compañeros que se habia atrasado, y le dijo en castellano lo que era el bulto. Corrido y asustado el Corregidor, mandó traer luz para cerciorarse de la verdad; y al descubrir la imágen, viéndola devotísima, se postró de rodillas, la adoró conmovido, y para reparar el ultraje que sin saber habia cometido, mandó ponerla aquella noche en lugar decente, pidiéndoles perdon y dándoles mil satisfacciones. Por la siguiente mañana siguieron su camino.

Con esa ocurrencia iba el pobre escultor caminando pensativo, sin atinar en qué pararia su empresa: mucho recelaba que todo fracazaria. Y solo se reanimaba su corazon confiando en Dios y en su Santísima Madre, cuya gloria solamente lo movia. Encomendándose, pues, á ellos con

nuevo fervor prosiguió su viage, y llegó á *Chuquiago*, la Páz. Supo que en esa ciudad habia un español que doraba el retablo de la Iglesia de Nuestro Padre San Francisco, y fué á verlo, poniéndose á su servicio sin mas paga que su aprendizaje en el arte, como lo hizo en Potosí con el maestro de escultura. Cuando ya tuvo confianza con el dorador le habló de su imágen, suplicándole que se la viese y le avisase el oro que se necesitaria para dorarla y dejarla perfecta. Accedió el maestro, prometiéndole que al dia siguiente, por ser fiesta, iria á su casa: promesa que contentó mucho al devoto aprendiz, esperando que ahora acabaría de una vez su querida Efigie. Pero al desenvolverla para tenerla pronta cuando llegase el dorador, la encontró muy descompuesta y maltratada, sin poder adivinar la causa de este malogro, que ya otras veces tambien habia sufrido en Potosí. Grande fué el pesar que con eso sintió el devoto indio; y casi estuvo tentado de abandonar una obra que tantos sinsabores le ocasionaba; pero su confianza en Dios y las instancias del dorador lo animaron á continuarla. Y así trabajó en ella otros tres meses para reponerla en su primer estado. Quizá ya le iria de punto su constancia, por no volver á su pueblo sin llevar perfecta su obra, y no exponerse á la befa de sus paisanos antagonistas, que hubiesen renovado los sarcasmos y sátiras de la Plata.

CAPITULO IV.

CONCLUSION DE LA SANTA IMÁGEN, SU TAMAÑO Y FIGURA.

Sensible es que en este lugar falte casi todo el capítulo cuarto y como la mitad del quinto: y nos veamos precisados á suplirlos del mejor modo posible.

La devota porfia de Yupanque lo iba sacando maestro en la hechura de su idolatrada Candelaria. Esa ocupacion era su comida y su bebida, su sueño y su encanto, y el Señor parece que comunicaba á sus potencias y sentidos la viveza y habilidad que su tosca rudeza le negára. Y no se crea gratuita esta suposicion; pues sin la asistencia divina imposible era que de manos tan incapaces, que tantos desengaños tenian en su impericia, que tantos bochornos le habian hecho sufrir en sus ensayos mas parecidos á monos que á imáge-

nes; imposible era que de ellas saliese una Efijie que reune la mas devota belleza á la magestad mas imponente, cuyos ojos y facciones, al par que infunden respeto, conmueven el alma, hacen palpitar el corazon de cuantos la miran, arranean dulces lágrimas de los devotos y ablandan los endurecidos pechos de los mismos incrédulos. Los que han tenido la dicha de visitarla y verla, habrán experimentado estos efectos; y han visto y son testigos de que su augusta presencia asombra á cuantos la miran, y no hay quien no llore á sus plantas. Se siente la atraccion de ese divino iman, aunque pocos saben explicar las dulces y conmoventes impresiones que á todos causa su rostro maternal. Siendo de notar que, sin ser de vidrio sus ojos, son tan hermosos que no se dejan mirar, y ellos parece que le miran á cada uno lo mas secreto de su corazon. El niño de sus brazos tiene una expresion tan tierna y una fisonomía tan risueña, que invita al mas santo amor.

Y no debemos estrañar que enamorado Yupanque al ver ambas efigies tan líndas, se extasiase de gozo, besandolas respetuosamente, y delirase con mas puros trasportes que Fidias con su Minerva y su Júpiter de marfil. El gozo de su buen éxito no le cabia en su pecho, y quiso comunicar su dicha á un santo religioso franciscano, llamado P. Francisco Navarrete, que habiéndose enamorado á primera vista de esta aun inconclusa Imágen de la mas pura de las Vírgenes, quiso que se la llevasen á su celda, para que se concluyese y dorase con mas esmero; ó mas bien, para recrear su alma con la continua presencia de tan devoto simulacro de María, de la cual no apartaba los ojos, pareciéndole cada vez mas hermosa. Ese contento del santo Religioso empezó á divulgar la voz de la perfeccion con que iba saliendo la Vírgen; y la fama ó quizás algun recado llegó hasta Copacabana, cuyo Cura Montoro fué á informarse por sus ojos de lo que se decia, y que él no acaba de creer, pues sabia cuanta era la rudeza del fervoroso Tito. Mas, al verla no pudo menos de persuadirse que el dedo de Dios andaba entre las manos del escultor; y gozoso de ver tal maravilla regresó á Copacabana, cuyos Urinsayas, á pesar de la aseveracion de su Párroco se obstinaban en no recibir tal Vírgen, sin mas razon que el ser trabajada por el inexperto Yupanque.

Y miéntras en el pueblo los partidos se encontraban, el humilde nieto de los Incas concluia felizmente el dorado con las lecciones del maestro y con los fervorosos alientos del P.

Navarrete. Al fin la Imágen se acabó; y á vista de peritos no solo se dió por concluida y perfecta, sino por digna de toda veneracion sobre otras muchas Imágenes de la Santísima Vírgen. Con esa declaracion quedó Yupanque mas satisfecho que si le hubiesen presentado la borla imperial de sus abuelos: se deshacia en dar gracias á Dios, que lo compensaba ahora tan colmadamente de sus primeros desaires y amarguras; aunque todavia le faltaba la última contradiccion.

El bulto de esta santa Imágen es de maguey bien estucado, con pasta muy compacta, que la hace parecer de madera: está dorada toda ella, ménos las manos y la cara. Sobre el dorado tiene sus colores floreados y rayados con curiosidad, para figurarla con manto, túnica y toca de lama ó de tisú: cuya clase de labor parece que los doradores lo llaman esgrafiado. La Imágen descansa y está unida á un pedestal cuadrado, de cinco pulgadas de alto; asi es que toda ella tiene como cinco cuartas desde el pie del pedestal hasta la cabeza de la Vírgen. Su manto lo tiene muy recojido y pegado al cuerpo, y no ensanchado como el que se le sobrepone de lama ó brocato para mayor adorno.

CAPITULO V.

MARCHA Y LLEGADA DE LA SANTA IMÁGEN A COPACABANA.

De creer es que el venerable animador de Yupanque, al ver perfeccionada la Imágen, se la bendijese y celebrarse su misa, por tener el gusto de ser el primero en adorarlo y tributarle el culto, que despues debian darle todos los pueblos de esta América. El Cura Montoro volvió á la Paz á disponer la conduccion de la Patrona de su Parroquia, combinando el modo de solemnizar su llegada con D. Jerónimo Marañon, Correjidor entónces de la Provincia, que tuvo mucho empeño en el buen éxito de la empresa; y habiendo dado las disposiciones convenientes se marchó para Achacache. El Cura quedó para acompañar á su Reina, que Tito cargó primero, hasta que rendido ya lo relevaron otros, llevándola de cuatro en cuatro, ó de dos en dos, mas gozosos que los exploradores mandados por Moisés cargaron el racimo de la tierra prometida. Pero tuvieron que pararse en Tiquina, sin ser la casa de Obededon; porque esta Vírgen por-

fentosa, cual la Arca Santa, no debia llegar de golpe al reclinatorio que le dispuso el Rey pastor. La causa de esa detencion fué la oposicion de los Urinsayas: para convencerlos dejó el Cura su santa prenda y se adelantó á Copacabana. Pero toda su persuacion no hacia mas que aumentar el capricho de los opositores, cuya indefinible porfia en no recibir á la Vírgen ya rayaba en impía temeridad: de tal modo, que el celoso Párroco y el amartelado Yupanque, viéndose contrariados tan audazmente, se callaron sin atreverse á ordenar que trajesen á la Vírgen, temiendo ya que iban á fracazar en el puerto, si Dios no doblára á buen sentir aquellos espíritus frenéticos. Y asi fué, siendo el instrumento de ese cambio el Sr. Marañon, que queriendo celebrar la fiesta de Candelaria con la nueva Imágen, llegó su antevíspera á Tiquina, donde supo que aun estaba la Vírgen por la obstinada rebeldia de los Urinsayas. Indignóse de tanta ceguedad, mandó colocar la bendita Imágen en la capilla erizándosele los cabellos al considerar estos desacatos; pues unos la rechazaban y otros la tenian allí arrinconada en un cortijo, cual los crueles Betlemitas la arrinconaron cuando vivia en la cueva del portal. Al amanecer el dia siguiente marchó lijero, pues ya era la víspera, y queria á todo transe solemnizar la fiesta con la nueva efijie. Llegó á Copacabana enojado y resuelto á hacer un escarmiento ejemplar si se oponian á su proyecto. Reunió la gente, afeóles su temeridad, y mandó al Cacique con rigor, que fuesen inmediatamente los indios necesarios para traerla, encargándoles la lijereza; pues al dia siguiente sin falta debian entrarla en procesion y decirle su primera misa.

Esta airada firmeza del Correjidor pudo mas que las exhortaciones del Cura; se aprestaron luego diez indios, que por la tarde marcharon á cumplir la órden, miéntras el pueblo se preparaba á recibir á su santa Madre; y el Cura y el Correjidor y los Yupanques disponian la anda con que la querian entrar victoriosa. Pero admira, cómo habiendo los indios salido de acá al ponerse el sol, pudieron llegar á Tiquina ántes que la gente durmiese, habiendo siete leguas de camino nada llano. Su buena voluntad los hizo volar, si es que no los llevaba Dios, pues que á su amada Madre iban á traer ellos, ó ella quiso venirse á estos parecidos cerros de Judea con la lijera prontitud que la llevó á la dichosa casa de Isabel: *cum festinatione.* En la misma hora que llegaron compusieron la anda, previnieron lo de mas para la marcha

y descansaron un rato. Poco ántes del alba salieron gozosos de Tiquina, ¡y cosa rara! apenas habia salido el sol, cuando ya estaban en los cerros de Guacuyo. Al ver Copacabana desde el alto, cual si su Madre les infundiera la voz de los hijos del Zebedeo, empezaron á gritar con tal aliento y alegria que los cerros retumbaban y se conmovian, como si brincar quisieran de regocijo cual tiernos corderillos al pasar su celestial Pastora—*Montes exultaverunt ut arietes, et colles sicut agni ovium.* Los collados y colinas comunicaron al pueblo esos ecos placenteros, que repetidos sin cesar penetraron los corazones de todos; y todos llenos del mas santo entusiasmo salieron apresurados á recibir á su Reina: no fueron los últimos el Cura y el Correjidor, á quienes los estrepitosos bailes y el tropel ocasionado por verla, apenas dejaban acercar á la anda provisional, hecha en Tiquina, para colocarla en la mas decente que ellos acababan de componer. Miéntras la colocaban, el ruido de los bailes con sus bombos y flautas, el alborozo inentendible é inarreglabe de los inmediatos á ella, los gritos impacientes de la multitud por ver pronto á la santa Imágen, y el gozo de todos aumentaba la confusion. Al fin, arreglado todo, se levanta la anda, se descubre la Vírgen mas bella que Judit al entrar en Betulia; la inciensa el Cura conmovido, y al entonar el *Ave maris Stella*, los sollozos sofocaron su voz: no hubo cantor que pudiese continuar, y el pueblo todo, despues de un rato de sublime silencio, rompió en lágrimas queriendo cantar el Ave María, la Salve, el Bendito y cuanto les venia á las mientes en loor de María; formando todos esos cantos y llantos interrumpidos y desacordes una de aquellas sagradas confusiones de los pueblos, que se deben respetar, y cuyos solemnes transportes de entusiasmo nadie es capaz de describir. En medio, pues, de ese alborozado tumulto, que era no procesion, pero si una ovacion triunfal, iba marchando la Vírgen, poniéndose cada instante mas radiante y hermosa, como una Reina que ostenta su belleza y anima su semblante al entrar en sus dominios y al recibir desde su carroza las albricias de sus súbditos. Ellos no tendieron alfrombras de Persia á su paso; pero sí derramaren mistura de *cantutas* y de las flores que pudieron recojer en aquel instante, mezcladas con lágrimas sinceras de veneracion y amor: pues al momento que la vieron todos quedaron cautivos de su beldad y la consagraron sus corazones, conociendo ya que al darles Dios esa preciosa Imágen de su Madre, les daba to—

dos los bienes: mucho mas, cuando vieron su primer milagro obrado en favor de su mas decidido devoto. El mismo tropel hizo caer la cruz del guion sobre la descubierta cabeza del Señor Marañon, que siendo de bronce pesado, como de pueblo pobre, todos creyeron que se la habia partido; pero se asombraron al ver que ni lo lastimó, ni le hizo la mas lijera contusion. Eso avivó la fé de aquel gentío bastante conmovido ya, haciendo que las aclamaciones llegáran hasta al Cielo al entrar la Vírgen en su Iglesia, y al colocarla sobre el altar para cantarle su primera misa, en la que mas se oyeron les suspiros de los corazones que las voces de los músicos.

Asi fué instalada la milagrosa Vírgen de Copacabana, en su entónces pobre Iglesia, el dia dos de Febrero del año mil quinientos ochenta y tres. Dia memorando, que forma la época mas gloriosa de los anales de este pueblo de adquisicion, cuyo devoto amor no se puede encarecer. No quedó uno que dejase de asentarse en la Cofradía, empezando el Cura, el Correjidor, Yupanque y sus deudos, los decididos Anansayas, y hasta los mismos Urinsayas que con muestras de fervor quisieron borrar el recuerdo de su nécia terquedad: los pudientes se esmeraron en generosas limosnas. Luego vino tambien el P. Diego Torres, Rector de la Compañia de Jesus de Juli, asentándose por Cofrades todos los individuos de su Comunidad, comprometiéndose con una misa anual, promesa que guardaron hasta su extinsion, habiendo sido los mas celosos promovedores de los cultos de esta soberana Reina.

CAPITULO VI.

DOCUMENTO ORIGINAL DEL ESCULTOR YUPANQUE.

La severa historia siempre necesita ataviarse con las galas sencillas de los documentos originales, por pobres que ellos parezcan. Asi es que, en confirmacion de lo dicho hasta aquí, he querido copiar fiel y literalmente una tosca relacion escrita por el mismo indio Escultor, que me entregó su hermano cuando buscaba yo documentos para mi relato. El habia muerto en olor de santidad á la sombra de esta su amadísima Madre; y la gratitud popular ha recordado su preciosa muerte, pintándola en la base de la columna del

arco toral. El lector perdonará su mala ortografia, compensada por la santa simplicidad y llaneza del escritor: y como su escrito es el principal documento de esta historia, debe conservarse inalterable. Dice así:

"El primer vez que lo impezabamos D. Felipe de Lion
" me hirmano con mego on hechora del Vergen di barro,
" di on bara di grande, en tiempo de on patre Quelrrigo,
" llamado Antonio di Almeda, que mi lo dejo poneldo in
" el Altar in donde lo estaba, mas que su año con medio, y
" despues lo vino otro Patre llamado Bachiller Montoro,
" que lo vendo esto mi hechora, que no ista mejor de bue-
" no, que me lo saque mala mala para vos, y me lo sacaron
" in el Sacristia, y dispueis disto nos afligibamos y lo ha-
" blabamos yo con mi hermano, que nos lo fuiramos á Po-
" tosí, para que nos pusiera con nustro hirmano Don Alon-
" so de Viracocha-Yca in el oficio de intallado, para que
" lo aprendiremos mucho bien, y dispois de cuando que nos
" fuemos, incontramos á Don Alonso Viracocha-Ynca me
" hirmano, se holgó di mirarme, yo le deje, como lo fué
" diaque moinado del sorte, que echaba mi obra el Patre,
" y le contré el inojamento, lo dijera me lo posiera al ofi-
" cial di entallado, mas que bueno melo enseñara par la
" entalladora, y me lo dejo, que mucho in hora de bueno, y
" nos fuemos andando, y me lo llevó in la casa de on Mas-
" tro que lo llamaban Dego de Ortez, y me lo dijaron para
" que lo aprendiera di aprendez. Dispois de cuando lo sa-
" bibamos on poco di algo di intalladora, mi lo fui á dondi
" istaba con il mi hirmano Don Alonso Viracocha-Ynca, y
" dispois disto lo dejo, que lo es oficio facil, que yo lo in-
" tiendo que lo impizaria on hechora del Vergen, y lo dejo
" me hirmano que moche in hora di bueno, y qui fueramos
" todos los natorales á ver los hechoras del Vergen para
" sacalle di allí pareciendo bueno, y lo andubimos mirando
" los Eclesias ono para ono, y dispois acertabamos in la Icli-
" sia dil Santo Domengo, y con ona hechora dista Verjen
" dil propia sorte dil ropaje y dil Neño, y de so grandora
" con so candela, y dil misma manera litraemos, é dispois
" lo tornamos á hacer otra vez y se tornaba á quebrar, é
" otra vez lo haceamos, é asi se hacia mas de tres ó coatro
" veces, y asi nos pesaba mocho, yo lo rogaba á Dios con el
" Vergen, y nos encomendabamos para que esta hechora se
" saliese bueno, lo mandé decer on Mesa de Santisima Tri-
" nidad, para que se sallese bueno esta hechora,

"E dispois disto lo trabajamos con lienso, é dispois lo sa-
" camos y llevé al Mastro Dego di Ortez para que lo mera-
" rara si le iba bueno ó malo, para que melo dejera si lo te-
" nia falta, ó mal hechora, y me lo dejo, vendo el bolto, que
" lo era bueno, y me le dejo que lo aprendia mocho de bien,
" no me lo dejo mas, é yo lo llevé en casa de los Pentores,
" para saber que me lo decen los Pentores, y luego me lo
" dejeron los Pentores, que esta mejorado é que era mal
" hecho, é otros los dejeron que era bien hecho, esto me lo
" dejeron los Pentores é me lo queseron engañar por que
" estaba el Emagen acabado, é blanqueado, que no lo fal-
" taba, sino ponerle con oro. Lueigo fuei á Chuquisaca, á
" pedir il licencia di el Señor Obespo para Cofradia de N.
" Señora, é ser pentor é hacer los hechoras del Vergen, en
" me lo respondió que no lo quiero dar lisencia para que lo
" seas pentor, ne que lo hagais los hechoras del Vergen, ni
" boltos, y si lo quereis ser pentor, pintalde la mona con so
" mico, que no os lo quiero dar il lisencia para pentor, é si
" vos lo pentais y lo haceis boltos del Vergen, que yo os lo
" castegaré muy bien, y lo salí decendo: ¡Jesus, Santa Ma-
" ria, va la mi Dios con el Vergen su Matre! que me lo de-
" jeron no istaba bien il Imagen, é que lo parece como hom-
" bre, y lo está con sus barbas, que lo parece barbas, é lo
" echaron mocho falta, que no es buena, é me lo dejeron
" que no lo haga, que no lo haga. E dispois di cuando lo ha-
" bia visto il Imajen la Señoría, lo rieron mucho todos, y
" los dimas ichando il falta al pentor, é lo meraban cuando
" lo tenian con sus manos, é me le tomaban cada un Espa-
" ñol, é lo reia de merarlo, é me lo dejeron que los natora-
" les no se pueden hacer il Imájenes del Vergen, ne boltos,
" é logo estuve medio desmayado, é lo fué espantado, amo-
" henado, por que lo troje el Emajen ante el Obespo, para
" que lo reyera.

"E lueigo lo fué al Eclesia pá pider la misericordia di
" noestro Señor, para acertar il pintadura di la Emagen di
" noistra Señora, y lo dimas pedendo in mi oracion licencia
" para alcanzar este obra, é me lo diese mano para hacer
" boltos é para sir buen pentor, é dispois nos lo venimos to-
" dos á Chuquiavo, é traimos el Vergen con dos natorales,
" é pasamos en todos los tambos, é llegamos in el pueblo
" di Hayohayo al Cabeldo de las casas, y lo queremos dor-
" mir in ellas, é vino el Corregidor, y me lo querrian echar
" aporreando, por que trais á esta casa este defundo, y dis-

" pois que lo dejera que era ona hechora del Vergen, me
" lo dejaron dormir esa noche allí. Por la mañana nos va-
" mos yendo á Chuquiavo, é llegamos á nostra casa, é de
" alla vamos á buscar un Mastro para que lo acabemos é lo
" hagamos mas mijor de bueno il hechora del Vergen, é
" dispois que fuemos al San Francisco, lo topamos con on
" Mastro que lo decian Vargas, que me lo dejo que lo ayu-
" de el retablo, y mi lo ayudará mocho di buena gana á ha-
" cer el Vergen, y todo lo dimas si melo comprais el oro
" para el Emagen; de allí lo llevamos al celda del Patre Pre-
" decador llamado Fr. de Navarrete, y por el mandado del
" Correjedor, llevamos á Copacabana el Vergen, aunque los
" natorales no lo querian receber el Santa Vergen, é lo de-
" jeron que lo habian de traer otro Emajen bueno de Lima
" ó Castilla. E estubo en Tiquena el Vergen en la capilla
" de San Petro on poco di tempos, é dispois que llegado el
" Correjidor Don Gerónimo del Marañon, lo queria entrar
" en el Capilla, y se le alzaron sus cabellos, que á Copacaba-
" na y lo dejo al Casique que trojese dies hermanos para
" que trojesen al Vergen y los envió antes de oracion, y lo
" llivaron antis di horas di dormir, y lo aderesaron sus an-
" das, y salieron en cantando los gallos, é tomaron á costas
" el Vergen y lo llegaron á este Poiblo; asi como il del que-
" ria ir salendo. Todos los gentes salemos á ver como venia
" el Vergen, y lo posimos el Vergen al pie dil serro, como
" lo bajabamos, il bajado lo acodian todos los gentes, y sos
" trompetas, y tramos in la procesion y il Patre lo estaba
" aguardando foira diste Poiblo vistido para dicir la Mesa,
" y con el josticia, el Correjedor que lo llevó il pendon di
" la Vergen, y asi lo entró en la Eclesia, y lo poso onde is-
" taba il Vergen, y hay lo poso en so dia y lo dejo su
" mesa."

CAPITULO VII.

PROTECCION DE LA VÍRGEN DE COPACABANA A TODO EL PERÚ.

Entre los títulos que los sagrados Doctores, y principalmente San Agustin, dan á la inmaculada Vírgen Maria, es llamarla *Domina gentium*, Señora de las gentes. Reina de las naciones; pues ninguna hay por bárbara que sea, en la que si ha penetrado la luz del Evangelio, no le rinda vasa-

lage—*In omni gentè, in omni populo primatum tenui.* Los mismos turcos la respetan, y las moras las invocan en sus apurados partos; y viendo este antiguo imperio de los Incas las continuadas maravillas de esta porsentosa Vírgen de Copacabana, no pudo ménos de reconocerse por esclavo suyo, aclamándola por su Madre Divina y celestial protectora. Asi es, que desde que ella colocó en estas breñas su trono de misericordia, convirtiendo la inmunda sede de la idolatria en Santuario de gracia, en fuente de divinos consuelos; todos enfermos y sanos, felices y desgraciados, mendigos y opulentos, todos vienen á porfia á saludarla, á implorar su clemencia ó á ponerse bajo su proteccion maternal. Y muy desgraciado y muy dejado de la mano de Dios debe ser el que, presentándose á esta santa Imágen de María, no se sienta movido á penitencia y á amarla sinceramente con la debida pureza. Muy merecida debe ser la pena impuesta por la justicia, que ella no se la mitigue á los que imploran su auxilio. Los que no salen favorecidos de su presencia, se van siquiera consolados; porque consuelo y dicha muy grande causa el solo ver su hermoso rostro. Muchos al descubrir de léjos su templo, ya sienten humedecerse sus ojos y palpitar de alegria su corazon: otros al entrar en sus umbrales besan el suelo regándolo con sus lágrimas, suben de rodillas hasta el Camarin, reprimiendo los sollozos; pero al descubrirse la venerada Imágen, el pecho rompe en clamores, las lágrimas corren en abundancia, buscando un dulce desahogo á la felicidad que embarga sus potencias y sentidos. Momentos de inefable delicia, que de balde intentaríamos describir, que prueban la bondad amorosa con que favorece á cuantos vienen á visitarla, y que nos obligan á decir de su proteccion especial lo que ya dijo San Bernardo—*Non est qui se abscondat á calore ejus.... Maria omnibus omnia facta est;* y, no la llame Madre de misericordia el que, habiéndola invocado, no haya sido favorecido; y diga que no es portentosa esta su sagrada Imágen, el que habiéndola visto y rogado, no haya sentido los efectos de su amoroso poder.

Y estos favores y estas gracias las derrama esta milagrosa Vírgen con mas profusion sebre los habitantes del alto y bajo Perú. Ella se escojió su residencia como en medio del antiguo imperio de los oscurecidos hijos del sol, para iluminar á los sentados en las sombras de la muerte, para dar la libertad del alma á tantos esclavos de la culpa, para cons-

tituirse Madre y Consoladora de tantos infelices que ántes pasaban su penosa existencia en la esclavitud y el dolor. Y ¡providencia adorable! un obscuro descendiente de los Incas fué el instrumento que ella escojió para colmar de tanta dicha á este hemisferio. Colon se obstinó en creer en un nuevo mundo, y un mundo salió de las ondas. Yupanque se obstinó en formar una Imágen de María, y esa Imágen portentosa, ese occeano de gracias, salió al fin de sus toscas manos. Se obstinó en traerla á su degradado pueblo, cuyas escarpadas rocas servian de aras á ídolos inmundos ó de patibulo á infames malhechores; y en medio de esas rocas impuras colocó Maria su alcázar de santidad, su trono de milagrosas bendiciones, siendo el Perú todo el primer partícipe de sus tesoros, su pueblo escojido. Bien lo conocen y publican agradecidos todos sus habitantes, pues las incesantes romerias que vienen á este Santuario desde Salta y Tucumán, desde Sococha y Oruro, desde Tacna y Moquegua, desde Puno y Arequipa, de Lima y del Cuzco, de Yungas y Cochabamba, de Potosí y de la Paz principalmente (aunque pertenecientes ahora á diferentes repúblicas) vienen siempre á postrarse á sus plantas para darle gracias de beneficios recibidos, ó para pedirle de nuevos. Y es tal la fé que tienen en su proteccion, que les parece haberlo alcanzado todo con solo verla y llevarse una medida suya, un retrato, una medalla, como un escudo invulnerable, como un talisman celestial. ¿Quién deja de tener en su cuerpo ó en su casa una copia bendita de este original portentoso? Pero al irse es el trabajo. Al separarse de María, al despedirse de su adorada Imágen, al oir cantar el tierno verso de: ¿A Dios Señora, á Dios María! ¡A Dios, á Dios, Madre mia! no hay corazon que se resista; y es porque se tiene la íntima conviccion que de esta portentosa Imágen emanan como efluvios divinos, de sus ojos centellas de amor, y de sus manos remedios universales para las dolencias del cuerpo y del alma. Por eso al invocarla los indios, la llaman *Mamanchic*, como quien dice, Madre de todos.

Las tropas de bailes que vienen de los puntos mas remotos, principalmente los llamados *Morenitos* de la Paz, de Pucarani y de Achacache, que suelen entrar de rodillas desde el canto de la plaza, y á quienes por su decencia se les permite subir al Camarin á saludar y á despedirse de la Vírgen, cuyas fiestas vienen á solemnizar con tantos trabajos y devocion; esos creen firmemente que los suspiros exhalados

á los pies de esta santa efigie, llegan al Cielo y mueven el corazon de Dios; por eso los suyos se ahogan, y en vez de palabras de despido no se oyen mas que llantos de compuncion y ternura, capaces de hacer llorar al mas endurecido nestoriano.

CAPITULO VIII.

MILAGRO DE LA LLUVIA EN FAVOR DE LOS ANANSAYAS.

Ya se ha dicho la fervorosa decision que esta parcialidad de Anansayas tuvo desde el principio por su santa Candelaria, aun ántes que la conocieran, y aun cuando les decian que era informe y fea, como obra de Yupanque. Pero despues que la vieron tan cabal y agraciada no cabian en sí de puro gozo, no sabian que hacerse por su querida Madre y Señora: y para adelantar su cofradia y sus cultos, determinaron sembrar una gran chácara en nombre de ella, para que de sus frutos se proveyesen las cosas necesarias. A esa sementera de piedad popular se invitó á los Urinsayas: pero sea por verse humillados con el buen éxito de Tito y sus condevotos, sea por indevocion ó resentimiento, no concurrieron, alegando la sequedad del tiempo y la dureza de la tierra que no se dejaba barbechar. Pero esa dureza no desanimó á los Anansayas, que, tomando con fé sus tacllas ó toscos arados, marcharon resueltos al campo designado hombres y mujeres, llocallas y emillas, y empezaron á romper la dura tierra ablandándola con su empuje y con el sudor de sus rostros, cuya copia, cual lluvia angustiosa anunciaba la que las nubes iban á destilarles muy pronto. Y lo admirable fué que estando el cielo sereno y el sol abrasando las entrañas de los devotos trabajadores, luego una nube los protejió de sus rayos, deshaciéndose pronto, en copiosa lluvia sobre ese campo de la Vírgen; negando su rocío á los demas, como si ese campo mariano fuera el misterioso velloeino de Gedeon. Los indevotos Urinsayas creian que la lluvia se estenderia, y salieron afanados con sus arreos de labranza: pero de balde; pues les negó ese favor la Vírgen, en la cual ellos aun no creian. Este castigo público y vergonzoso les abrió los ojos, los hizo mas humildes y creyentes; pidieron pues agua á María y tambien les dió.

En otra igual penuria pusieron á estos indios los años ca-

lamitosos de 1587, que dicen esterilizó un cometa. Los Anansayas mas finos cada dia con su santa Vírgen, le hicieron cantar una misa, y obtuvieron otra fecundante lluvia para sus tierras, quedando sin una gota las de sus antagonistas Urinsayas, quienes al fin, convencidos con estos milagros, ya creyeron con todo corazon en la dispensadora de los bienes del Cielo, hiciéronle decir su misa, y alcanzaron la lluvia pedida. Lluvia que solo regó abundante la comprension de Copacabana, negándose á las tierras convecinas, quizás para avisarles que aquí debian venir á pedírsela.

Con estos y otros milagros se fué propagando la devocion de esta santa Imágen. Referirémos los mas notables, pues todos es imposible, como lo es el numerar las estrellas del firmamento. Pero nótese de paso, que esta Imágen Taumaturga vino acá y empezó sus portentos cuando la espuria Isabél de Inglaterra cometia tantos sacrilegios con las santas Imágenes y hacia tantos mártires en su reino: verificándose con esta coincidencia la amenaza de Jesucristo, que como á los judios se les quitó el reino de Dios á los incrédulos Bretones, y se lo dió á la jente peruana, que con esta Nube celestial debia producir sazonados frutos de piedad.

CAPITULO IX.

MILAGROS DE ESTA VÍRGEN CON DOS ENDEMONIADOS.

Desde tiempos remotos suelen los indios de estas punas viajar á los Yungas ó valles, donde llevan sus productos y de allí se traen coca, plátanos y otros frutos que no producen estas frias alturas. En uno de sus trajines fué un indio jóven llamado Domingo Callisaya, que, por necesidad ó por capricho se quedó alli; y se encontró con un viejo gran hechicero, cultor de guacas (idolatría) y paisano suyo. Contrajo franqueza con ese viejo astuto, que se insinuó con él en su arte diabólico, queriendo prohijarlo y nombrarlo su sucesor. El mozo se sorprendió al principio, pues se acordaba que todos esos enredos eran obra del demonio, á quien vendian sus almas los que le servian: pero tal fué la infernal elocuencia del brujo, que Callisaya consintió en sucederle y en aprender las supersticiosas ceremonias de los ídolos aquellos, cuyos adoratorios y modo de obsequiarlos le enseñó el viejo

ántes de morir, encargándoles mucho el desempeño de sus obligaciones. Tambien cumplió ese maldito encargo, que Dios, por castigar su apostasía de la fé, permitió que fuese su tormento el mismo Satanás á quien servia. El infeliz quedó poseido en alma y cuerpo por el espíritu infernal, que lo tulló y enmudeció completamente, para que no pudiese indicar su mal ni proporcionarse el remedio. Despues de algun tiempo supo su pobre madre el paradero y el estado desgraciado de su hijo, y con mucho trabajo lo hizo traer á Copacabana. Pero los trabajos se le aumentaron en su casa, donde se arrastraba destrozando cuanta ropa le ponian; tenian que atarlo de pies y manos para hacerlo comer, y se revolcaba rodando por despeñarse y quitarse la vida, como el poseso del Evangélio. Noticioso el Cura Montoro de esa desgracia fué á verlo, y convencido de la causa del mal ocurrió á esta compasiva Vírgen para el remedio, celebrándole devoto algunas misas en su altar. La abominable monstruosidad del paciente, que á todos asustàba, quizá fué motivo para no hacerlo traer á la Iglesia; mas viendo que no se mitigaba el furor, hizo que lo trajesen en una manta, y lo pusiesen ante el altar de Maria. ¡Cosa rara! esta presencia bastó para que el demonio le dejase oir tranquilo el sacrificio, sostenido solo por su aflijida madre á quien guardaba algun respeto. Viendo esa mejoria por el aturdimiento del poseedor maligno á la vista de la santa Imágen, quiso el Cura repetir la súplica para que se completase la expulsion. Y así fué: dijo pues otra misa al dia siguiente, en la que el pobre poseso sufrió tener una vela en la mano, lo que ya se creyó un anuncio de la victoria, aun cuando no pudo hablar ni moverse. Lo levantaron pues, y al descansarlo en la puerta de la Iglesia, para cargarlo mejor, se levantó en pie y habló como atónito y espantado. *Consolidatæ sunt bases ejus*, como al paralítico de *la puerta hermosa*, y como él gozó despues de salud y contó los embustes del hechicero y dió gracias á la Madre de Dios por su recobrada libertad espiritual y corporal.

Esta ruidosa maravilla fué una de las primeras con que esta bendita Imágen se robó los corazones; pues como la posesion diabólica de Callisaya fué conocida por todos, lo mismo que su repentina curacion, todos se hacian pregoneros del portento y extendian con la fama la devocion á esta gran Vírgen.

Parecido á este es otro milagro obrado con una en—

demoniada el año 1618 á últimos de Julio. Habiéndose apoderado el maligno de esa infeliz la oprimia de tal modo, que todos temíamos la iba á sofocar, ó á sumerjirla en la laguna, donde se hubiese ahogado ya si mil veces no la hubiesen contenido. Compadecidos los religiosos de su trabajo, encargamos á su marido y personas que la cuidaban, que la trajesen á la Iglesia, para encomendarla á la inmaculada Vencedora de la serpiente infernal. Asi lo hicieron, aunque con mucho trabajo, atándole las manos y metiéndola en una manta, pues se resistia demasiado. Reunióse la Comunidad, descubrióse la santa Imágen, cuya vista estremeció al enemigo, ajitando á la infeliz posesa en convulsiones que lastimaban á los que la tenian asida, retorcia el rostro para no ver á la Vírgen y escupia á la Cruz que le ponian delante, al exorcizarla. Repitióse esto mismo por tres veces, y la miserable india volvió en sí y recobró la salud, con admiracion de todos. Agradecida á tal beneficio barria diariamente la Iglesia, frecuentando muy ejemplar los santos Sacramentos hasta que murió aquí mismo: era natural de Guancané.

CAPITULO X.

RESUCITA LA VÍRGEN Á DOS INDIAS ASESINADAS POR SUS MARIDOS.

Es el matrimonio un gran Sacramento instituido por Dios para la conservacion del género humano y para significar la sagrada union de Jesucristo con la Iglesia santa. Pero la desgracia de los malos casados está en olvidarse de estas consideraciones, haciendo de la union conyugal un manantial de ponzoña. Asi convirtieron en ódio el amor debido á sus esposas dos indios, cuya crueldad desbarató la piedad de esta Vírgen compasiva.

Uno de ellos llamado Baltasar era forastero residente aquí, y deseaba ansiosamente volverse á su tierra: mas su mujer no queria moverse, por disfrutar de la consolante compañia de esta Señora, ó por otro motivo que no sabemos. Lo cierto es que el marido viéndose contrariado, y queriéndose ir de cualquier modo, pensó deshacerse de su mujer para quedar libre y sin estorbo, y no dejarla á ella viva aquí sino sepultada. Esa sujestion infernal lo cegó; y á pretexto de

barbechar la sacó al campo, como Cain á su hermano Abel, casi á una legua del pueblo. Allí quitó el temerario la soga de su llama, y se la apretó al pescuezo de su desprevenida esposa Inés, con un nudo tan apretado que la ahogó. Viéndola muerta volvíase el homicida al pueblo por sus cosas y marcharse; pero al irse le ocurrió que si dejaba el cadáver de su mujer sin enterrar, los cóndores acudirian á comérselo, lo que descubriria su atentado, que confirmaria su marcha. Pensó, pues, que todo quedaria oculto cubriendo el cuerpo con la tierra: regresó con este objeto; pero quedóse sorprendido cuando en vez de encontrar muerta y fria á su mujer, la encontró viva, sentada, desatadas las manos y levantadas al cielo como los ojos, aflojado el lazo que él mismo habia apretado y anudado. La sorpresa y el miedo le helaron los pies, que no le permitian huir ni acercarse á su resucitada esposa, hasta que ella lo llamó, diciéndole que no temiese, pues la Madre de Dios de su Iglesia le habia desatado la soga de las manos y de la garganta, librándola de la muerte. Volviéronse ambos á Copacabana, el marido confesando y llorando su delito, y la mujer mostrando las apretaduras del dogal, y publicando agradecida el milagro de la Vírgen. Despues vivieron en paz, como perfectos casados, hasta que á los tres años murió el marido con gran dolor y arrepentimiento.

Con otros casados hizo otra maravilla no ménos admirable. Deseoso el indio de verse libre de su mujer, por andarse á sus anchuras, quiso desaparecerla. Ofreciósele ocasion oportuna, pues iban de viaje al Cuzco y tenian que pasar por el elevado puente de Apurimac. De en medio de él la arrojó de improviso á la profunda corriente de aquel caudaloso rio; y para disimular su iniquidad empezó á dar voces lamentándose de la desgraciada caida de su esposa, á quien decia amaba con estremo. Compadecidos de su hipócrita duelo unos indios pasajeros le ayudaron á buscar el cuerpo de la india para sepultarla. Y registrado en esa diligencia por todas partes, la vieron sobre una islita del rio, no solo viva y sana, sino tranquila y benévola con su marido. La sacaron y refirió que la hermosa Señora, cuya medida traia, la habia librado de aquel mortal riesgo. Vinieron despues á este Santuario á dar gracias con novenas, y testificaron el portento, siendo Prior el P. Fr. Alonso Torrejon, cuya diligencia existia en este convento, que ha perecido con los demas papeles.

CAPITULO XI.

DIVÚLGANSE LOS MILAGROS DE ESTA VÍRGEN, QUE OCASIONAN UNA ALARMA.

A la divulgacion de estos y otros milagros de la Vírgen de Copacabana empezó á establecerse la devota concurrencia de los fieles, pues cuantos regresaban de acá publicaban sus maravillas, la hermosura de la imágen, los beneficios y consuelos que su presencia infundia. La fé de los novenantes mantenia siempre ardiente una lámpara en su altar: entre otros trajo un devoto una botijuela de aceite, que ardiendo dia y noche solo debia haber durado un mes. Pero los indios, que entónces se fijaban en lo mas mínimo, observaron que duró seis meses: y dejándose ya de timideces empezaron á publicarlo por milagro, dejaron enteramente sus antiguas abusiones, y se hicieron tan celosos amantes de Maria como los mas católicos españoles, que tan rendidos la visitaban. Ya miraron como empeño suyo el pregonar en sus viajes tantas maravillas de su santa Candelaria, de las que ellos eran testigos; llevaban medidas y retratitos suyos que repartian, invitando á todos que viniesen á visitarla trayéndole alguna ofrenda, y experimentarian su poder y bondad. Así es que de los pueblos mas distantes concurrian á cerciorarse; los enfermos se hacian traer, los que no podian se hacian encomendar, los pecadores se venian á convertir á sus plantas, y todos se volvian hechos lenguas de gratitud y de amor de Copacabana.

La fama llegó hasta Chuquisaca, y sin saber con que fundamento se empezó á susurrar que aquel Cabildo queria trasladar la santa imágen á su catedral. Este vago rumor causó tan gran sentimiento á estos pobres hijos de Maria, que corriendo de tropel á la iglesia la llenaron de confusos clamores, pidiendo á Dios que no permitiese les quitasen esa sagrada reliquia que ellos estimaban mas que sus vidas, estando resueltos á morir primero ántes que dejársela quitar. Consternado el cura Montoro de esta conmocion alarmante, y creyendo fundada la noticia, se angustió en su corazon; y para tranquilizarse determinaron los principales esconder secreta y decentemente á su idolatrada madre y Patrona, hasta que se desistiese de aquel proyecto, que tan turbados los puso. ¡Vana precaucion, que hubiese allanado la auto-

ridad diocesana si asi lo hubiese resuelto! Su propia devocion hubiese tambien revelado el secreto escondite sabido de todo el pueblo. La casa destinada para ocultar tan precioso tesoro fué la de D. Carlos Acustopa, Inca mayordomo de nuestra Señora, cuyo hijo Sebastian doró despues su primer altar, que es el actual altar del Cármen, y convirtió en oratorio la pieza de su casa donde tuvieron oculta á la Vírgen. Los indios respetaban mucho dicha casa, cuya memoria ya se ha perdido.

CAPITULO XII.

VENIDA DE LOS PADRES AGUSTINOS Á COPACABANA.

La devota alarma de este pueblo, causada por ese falso rumor y la continuacion de los milagros de la Vírgen, llamaron la atencion de las autoridades para mejorar su culto y dar mas decoro á este su naciente Santuario. El bachiller cura Montoro se desvelaba en el buen servicio del templo y de los devotos que iban concurriendo; aunque como solo y de mayor edad no podia atender á tantas obligaciones, y se dió traza para acompañarse de algunos sacerdotes de su hábito, qúe tampoco estaban aquí de fijo: asi es que con dificultad se cumplian las exijencias de la devocion, que iba en aumento. Viendo eso D. Gerónimo Marañon, todavia Correjidor del partido, propuso á varios de los Prelados de las religiones que solicitasen de la real Audiencia y Sede-vacante de Charchas, esta Doctrina; escribiendo ademas con instancia al Presidente y Oidores de dicha Audiencia, encareciendo la belleza de la bendita Imágen y sus milagros, y cuanto convenia que estuviese encomendada á una comunidad religiosa. Esta instancia movió los miembros de aquel Tribunal réjio para invitar á los Prelados de las órdenes, ofreciéndoles este tesoro, cuando fueron los Provinciales de visita á la Ciudad de la Plata, para que de acuerdo con el Cabildo se les entregára tan rica presea. La órden augustiniana fué la última invitada á tanto bien, pero fué la primera que lo aceptó, teniendo á gran dicha ocuparse sus hijos en servicio de tan portentosa Reina, á cuya sagrada custodia y compañia fueron los últimos llamados y los primeros escojidos.

Era entónces Provincial de San Agustin el P. P. M. Fr.

Luis Lopez, que despues fué Obispo electo del Rio de la Plata, promovido á la sede de Quito, y murió Arzobispo de los Charcas; cuya memoria conservó grata el autor por haberle dado el hábito y la profesion siendo Prior de Lima, y por haberlo ordenado de sacerdote en Trujillo al acabarse de consagrar. Pues este santo Prelado fué invitado por el Licenciado Juan López de Cepeda, Presidente de la real Audiencia, instándole con los demas Oidores á aceptar esa oferta tan del agrado de Dios y de su purísima Madre: y visto el empeño de tan graves personas aceptó este Superior obligándose á poner acá bastantes religiosos tanto para la instruccion de los naturales cuanto para el debido culto de la santa Imágen. Mas este acuerdo parece no fué del gusto de aquel Cabildo, que interesando en su repugnancia al Conde del Villar, virey entónces del Perú, se opuso á su ejecucion, alegando con piadoso fin el agravio que se hacia al padre Antonio Montoro, cura de Copacabana, cuya doctrina le costaba tantos trabajos y cuya veneranda Imágen tenia tan ocupado su celo. Viéndose esta fundada oposicion, se acordó acudir al rey D. Felipe II, para que, impuesto de las razones que ambas partes presentaban, resolviese como juez supremo y patrono lo que mas justo le pareciese. Y el católico monarca con cédula fechada en Madrid el 7 de Enero de 1588, ordenó que la doctrina de Copacabana, su santa Imágen y todo lo á ella perteneciente, se diese y entregase á los Padres Agustinos; y que al padre Antonio Montoro se le diese otro beneficio y doctrina en premio de sus méritos y servicios.

La oposicion del Cabildo platense, la contestacion de la órden, la exposicion al Rey, su real cédula, y demas papeles originales de este negocio estaban en el archivo de este convento, que juntos con los demas desaparecieron despues al retirarse los religiosos en 1826.

Aquella resolucion real se intimó al virey de Lima, quien se desentendió y la remitió á la Audiencia de Charcas, á quien iba dirijida para su cumplimiento. Ese Tribunal nombró una persona que en nombre del Rey diese posesion de Copacabana á la órden de San Agustin. En ese tiempo era Provincial el R. P. M. Fr. Juan de S. Pedro, que no pudiendo venir personalmente de Lima, dió comision al P. Fr. Juan de Figueroa, que acompañado del R. P. Fr. Gaspar de los Reyes, Prior del convento de la Paz, y del R. P. Fr. Diego Nieto, Superior del convento de la Plata, vino á to-

mar posesion de tan inestimable margarita. Al saberse su venida no dejó de contristarse el bachiller Montoro por ser devotísimo de esta santa Imágen, y ademas algunos interesados le estimulaban á que resistiese la entrada de los religiosos agustinos: pero su magnánimo corazon desechó esas sugestiones, y sacrificando su ternura y su derecho en las aras de la sumision, recibió á los padres con benevolencia, el mandato real con abnegacion y respeto, entregó cuanto tenia con fidelidad, y con lágrimas de la piedad mas conmovente se postró ante la santa Imágen, la adoró con emocion, y se despidió; quedando los padres en posesion solemne y legal de este Santuario el dia 16 de Enero de 1589, dia de San Márcelo Papa. En este mismo año profesó el autor en Lima.

CAPTULO XIII.

PRIMERA FIESTA Y MILAGRO EN TIEMPO DE LOS AGUSTINOS.

Sabiendo los hijos de San Agustin que se los habia constituido guardas y custodios de esta nueva Arca de propiciacion, acudieron algunos con presto vuelo á saludarla, á ofrecérsele por sus siervos y esclavos y á solemnizar del mejor modo posible el sexto aniversaio de la divina Candelaria, que para los agustinos era la primera solemnidad que iban á dedicar. A la voz de la nueva fiesta concurrieron muchas gentes con gran devocion y regocijo. Es inútil decir que las vísperas y misa fueron mas solemes que cuantas se habian cantado hasta entónces en esta iglesia; y siguió su celo aumentando cada año, mientras el Santuario se conservó en su poder.

Al alboroto de aquella fiesta se animó un indio tullido de Ilave, llamado D. Felipe Topo, á hacerse traer cargado, siquiera para no verse privado de ver á la Vírgen. Y para poderla suplicar mas á su gusto y satisfaccion, pidió se le concediese pasar aquella noche al pié del altar de su Madre, velando y orando. Se accedió á sus deseos; quedóse solo y llorando ante la Vírgen, cuyas entrañas maternales no pudieron sufrir los sentidos lamentos de este desgraciado, sin remediarlo: aparecióse le y le dijo con amorosa voz: "deja " tus muletas, anda sin ellas, pues ya te he dado la salud." *Surge et ambula.* ¡Dichoso tullido, cuya fé mereció ver mo-

ver los labios y oir palabras tan eficaces de esa Imágen de de la divina Madre, á quien la Iglesia llama salud de los enfermos! Este milagro presenciado por tantos testigos como los de aquella concurrencia, que muchos lo habian visto con sus miembros inertes, hacia mas de tres años, los mas lo vieron traer á Copacabana y entrarlo imposibilitado en la iglesia, de donde por la mañana lo vieron salir todos por sus pies; no pudo menos de conmover todo aquel jentío, y se dieron públicas gracias al Señor, por haber manifestado con él gran poder de su Madre. Hicieron los religiosos un minucioso exámen de esta maravilla; pues no necesitando nuestra fé de milagros dudosos, es preciso se haga severo escrutinio de los que debemos creer ciertos.

Este milagroso suceso prueba el gran poder de la oracion, principalmente si vá animada con lágrimas de fé. Y no es estraño que los angustiosos clamores de este indio tullido hicieran bajar de su trono á esta imágen de Maria para hablarle con su boca y curarlo con sus manos; cuando sabemos por las historias eclesiásticas que del cielo ha sabido bajar ella misma para mayores portentos: y mas de una vez le canta la Iglesia: *Et te in descensione B. Mariæ etc.*

CAPITULO XIV.

UNOS SOLDADOS DE LOS CHUNCHOS —INÉS CURADA Y CONVERTIDA—TRES ENFERMOS Y DOS CIEGOS MAS.

Casi en este mismo tiempo favoreció la Vírgen á unos soldados que habian entrado á la barbarie. Demasiado confiados ó muy inexpertos estarian de lo que son los Chunchos, pues una mañana se vieron atacados por un enjambre de ellos. Salieron á defenderse, pero la multitud y la lluvia de flechas que les disparaban los precisaron á retirarse; mas no supieron donde, porque la cabaña donde tenian sus equipajes y su esperanza, se ardia. Los bárbaros le pegaron fuego y los iban estrechando. En este conflicto, al verse próximos á ser víctimas de aquellos caribes, se acuerdan de Copacabana: se hincan y la invocan: en el acto se apagó el fuego, los Chunchos se aturdieron y los soldados se salvaron: los mas de ellos vinieron aquí á cumplir su promesa y á testi-

ficar cómo esta Vírgen los habia librado allá de una horrorosa muerte; verificándose que ella, aun sin presentarse, es mas terrible que los ejércitos destructores.

En Abril de 1589 vino á este Santuario una india Inés, hija de Hernando Chura de Yunguyo, quien afirmó que la Vírgen le habia mandado viniese á esta su casa, porque habiendo estado en peligro de muerte, la habia librado, imponiéndole su romería acá. Pero al verse sana se olvidó del mandato, y se le apareció de nuevo la Vírgen, reprendiéndole su ingratitud con aspereza. Otras cosas mas decia Inés, que causaban admiracion, aunque por no tener mas prueba que ella misma, no se escribieron. Pero su estremo peligro en una grave enfermedad, su repentina salud, su mudanza de vida, de escandalosa en ejemplar, el fruto que con su conversion hizo con otras mozas desarregladas, trayéndolas al servicio de Dios y de su Santísima Madre; todo esto fué notorio y comprobado, dando auténtico testimonio de ello el Licenciado Villalta, cura de Yunguyo.

Antes de estos admirables sucesos otros habian asombrado la tierra y acreditado la devota romería á Copacabana. El año 1583 D. Pedro Guanchi, indio principal residente en este lugar, encontrándose gravemente enfermo y viendo las grandes maravillas que ella obraba en propios y extraños, empezó desde su cama á llamarla con vé viva, pidiéndole remedio á sus males, y luego se sintió con salud y se vino al templo á agradecerle tan señalado favor.

En este mismo tiempo esta Médica celestial alivió á un tal Felipe Guallpa extenuado por un flujo de sangre, que no pudieron cortarle todos los remedios humanos. Acordóse del alivio universal que todos los necesitados hallaban en la Vírgen de Copacabana, é invocando con esfuerzo el santo nombre de Maria, al punto desapareció tan penoso mal; y hallándose sano y bueno exhortaba á todos sin cesar la devocion á tan consoladora Madre.

Lo mismo sucedió con otra india llamada Isabel Tima, del pueblo, que estando tullida de mucho tiempo, y desengañada de la inutilidad de los remedios aplicados hasta allí, puso toda su esperanza en esta Reina soberana, prometiéndole rezar su novena. Y mas para obligarla se la empezó haciéndose llevar á la iglesia, y antes de concluirla obtuvo la gracia, levantándose sana y buena delante de mucha jente, cual si nunca hubiese estado impedida.

Dos ciegos recobraron su vista por la piedad de esta Vír-

gen bendita, á quien suplica la Iglesia—*Profer lumen cœcis.* El uno se llamaba Andres Macias, vecino de Larecaja y el otro Pedro Ticuna natural de Pomata, que casi en la misma época vinieron á esta santa casa á pedir luz, como otros la habian alcanzado, y lograron verla. Volvieron con clara vista á sus pueblos, donde antes todos los habian conocido ciegos.

CAPTULO XV.

MILAGROS DE UN MUDO Y DOS TULLIDOS ALIVIADOS.

Venian del Cuzco D. Pedro Arias y su esposa doña Catalina Navarro el año 1585, y salieron á recibirlos el señor cura Montoro y el correjidor del distrito D. Gerónimo Marañon, que se hallaba en Copacabana; y por el camino de Yunguyo vieron venir á pié á una pobre madre trayendo á su hijo mayor de treinta años, que era mudo *a nativitate:* al llegar á la cruz de donde ya empieza á verse el pueblo, se hincó el mudo invocando á la Vírgen en su alma, y así de rodillas anduvo hasta la iglesia, en cuya humilde peregrinacion lo vieron las cuatro personas indicadas y muchas otras con compasiva edificacion. El infeliz no se movia de la peña de la Vírgen, gimiendo arrodillado, mientras su madre para obtener mejor la gracia que venia á pedir, se confesó; y declaróle al cura que ese su hijo aun no estaba bautizado. Gustoso lo bautizó el señor Montoro, poniéndole por nombre Juan de Olmos y siendo sus padrinos los señores novenantes del Cuzco. Durante su novena se sacó la santa Imágen en procesion, en la que iba el mudo devoto con su vela, cuando de repente se le acerca al cura indicándole con viveza que la Vírgen mandaba que le cortasen el frenillo de la lengua. Se sorprendieron de la indicacion; pero por darle gusto se hizo lo que pedia, y en el acto se puso á hablar con asombro de todo aquel gran concurso, cuya procesion se convirtió en una solemne accion de gracias por el gran favor concedido á este mudo, que despues era todo lenguas en alabanzas de Maria.

Por el mes de Setiembre de ese mismo año sanó esta santa Madre á un tullido de Pomata, llamado Juan Calipsa, que oyendo tantas maravillas se hizo llevar á hacer sus novenas. Al verse ya en su presencía empezó á llamarla con

tal ahinco pidiendo alivio de su inveterada dolencia, que la Vírgen se lo concedió dándole firmeza á sus pies y manos, de modo que luego pudo andar sin muletas. Lleno el favorecido de la mas fina gratitud tuvo sus novenas con ejemplar fervor.

Sucesivamente acaeció otro suceso no menos admirable. Un indio de unos veinte años enteramente estropeado, andaba arrastrándose con unos zoquetes, y así se vino desde su pueblo á pedirle á la Vírgen su alivio; pero no lo sentia, á pesar de haber estado mucho tiempo en Copacabana gimiendo y suplicando. Ya pensaba retirarse, creyéndose indigno de tal gracia, y se fué como pudo á despedirse de la Vírgen. Echado en su tarima, exclamó con esa tierna queja—"¿Cómo, Señora, dando salud á cuantos vienen á vuestra casa, sin que nadie salga desconsolado, quereis que yo me vuelva tan impedido como vine con tanto trabajo? Pues ya que no puedo alcanzar lo que con tantas lágrimas os he pedido, me iré, me volveré á mi pueblo, donde siempre tendré esa queja de Vos...." No seria el corazon de este desvalido tan soberbio como parece en sus palabras; pues quiso quedarse aquella noche al pié de la Vírgen, para repetirle sus súplicas. Nadie ha sufrido con mas paciencia que Job, y nadie ha exhalado mas sentidas quejas á Dios, hasta que Dios lo oyó. Pues lo mismo hizo la Vírgen con este paciente, cuyo desconsuelo visto por el cura, le concedió licencia para quedarse en la iglesia: allí seguia el pobre su oracion ó su lamento, cuando vió bajar de su trono á la santa Imágen que poniendo sobre el altar á su dulcísimo Hijo, hízole á él unas cruces en las rodillas, y lo dejó sano y bueno. Esa misma hora se fué el tullido dando voces de placer á donde estaba el padre cura, y contó lo que le habia hecho la Santísima Vírgen, á quien se den infinitas gracias.

CAPITULO XVI.

DOS RELIGIOSOS FRANCISCOS—UN CIEGO—UN LEPROSO—TRES TULLIDOS CURADOS, Y UN MUERTO RESUCITADO.

La voz de tantos beneficios ya salió de los confines del Perú y llegó hasta Salta, donde estaba gravemente malo de una apostema Fr. Juan de Castillo religioso franciscano,

con unas calenturas contínuas que por espacio de cuatro meses lo tenian sin pulso al estremo de la vida. Esa postracion lo aletargó un rato, y en ese sueño oyó una voz interior que le dijo-Encomiéndate á nuestra Señora de Copacabana, y tendrás salud.—Despertóse gozoso con tal aviso; y en el acto, como si ya estuviera viendo la Vírgen, le hizo promesa de visitarla y rezarle su novena. Apenas acabó de pronunciar su voto, comenzó á arrojar la apostema, pidió de comer y al punto se levantó. Fué cosa que pasmó á los que lo asistian, y que lo ayudaron á dar gracias á Dios y á su Santísima Madre. Luego vino el religioso á cumplir su promesa á fines del año 1588.

El año siguiente de 1589 hizo la Vírgen otra gracia á otro religioso del seráfico P. S. Francisco. El R. P. Fr. Juan de la Vega, Guardian del convento de Lima y Visitador Provincial andaba viajando en el desempeño de su visita, cuando quiso el Señor visitarlo á él con una gravísima enfermedad; y tanto se le agravó el mal, que no pudieron llegar á Potosí, y tuvieron que quedarse en una de esas postas, donde él y sus compañeros creyeron que no amanecia. En tal estremo, mientras el pobre agonizante se estaba encomendando á Dios, se acordó de su santa Madre y Señora de Copacabana, y se entregó con fervor en sus divinas manos. En el momento se alivió: y lo pasmoso fué, que cuando al rayar el dia pensaron tratar de su sepultura, él mandó ensillar y continuar el viaje, que se verificó sin mas molestia. Y por la tierna devocion que este prelado tuvo despues á esta santa Imágen, se tiene por cierto que en aquella noche Dios le comunicó algun otro favor singular, que por su modestia no explicó.

Entre los mancos, tullidos, lisiados, ciegos y otros enfermos que por estos años vinieron y encontraron remedio en esta piscina mariana, se admiró mucho la curacion del ciego Gerónimo natural de Pucará, quien quedó con ojos tan limpios y vista tan clara, que todos reconocieron ser milagro; y ademas tambien fué alumbrado en el alma, pero era doctrinero incansable de los indios, y un ejemplar modelo de virtudes.

Un pobre mulato vino á este Santuario trayendo á su hijito cubierto de lepra, al cual con toda su fealdad queria como á la lumbre de sus ojos. Por cuyo amor habia hecho todas las diligencias posibles por verlo libre de tan asqueroso mal, y viendo que todas eran inútiles lo ofreció á la

Virgen, hízole su novena, mandóle decir su misa, é invocando con fé viva el dulce nombre de Maria untó al leprosito con el aceite de su lámpara, y repentinamente quedó el chiquillo limpio y sano.

Por Setiembre del mismo año vino con mil trabajos un tullido albañil, Juan de Castro, trayéndose tambien un muchacho huérfano, sordo y mudo *a nativitate*, que él se habia criado por caridad. Acabando entrambos la novena, el mudo habló y oyó, pero el tullido se quedó así mismo, aunque tan resignado en la voluntad divina, que hasta á los religiosos edificaba con sus razones, convencidos de lo que dice San Pablo: *non volentis, neque currentis, sed miserentis est Deo.*

Otro tullido de Capachica llamado Domingo de Paz, traia siempre el corazon atravesado al verse con tantas miserias, y se resolvió ir como los demas á la santa casa de Capacabana, y encomendarse á la Vírgen. Vino pues como pudo, y al acabar sus novenas se levantó sano y bueno.

La devocion á este santuario se aumentó mas con el siguiente milagro. Magdalena Chucoya, natural de Caquiaviri y conocida por todos por tullida de muchos años, vino por su remedio, viéndose con esta Señora se quejó con tanta afliccion y con tan humildes razones, que la obligó á darle entera salud, soltura en sus miembros y firmeza en sus pies, como si jamas hubiese estado tullida. Por cuyo beneficio hizo sus novenas con gran gozo y lágrimas de gratitud. *Exilieus et laudans Deum*

En este mismo pueblo de Copacabana resucitó esta Madre de la vida á D. Pedro Guanchi, indio principal, muy amado de todos por su bondad. Todos lloraban su muerte. Mas viendo los indios los contínuos milagros de esta santa Vírgen, se atrevieron á pedirle con lágrimas y fervorosos suspiros la resurreccion de su bienhechor. Y por consolar á tantos afligidos, la Vírgen á vista de todos quitó á la muerte su presa, restituyéndolo á la vida con con alegria y grato júbilo de todo el pueblo. *Propter populum qui circunstat.*

CAPITULO XVII.

DE DOS CIEGOS—UN QUEBRADO Y CIEN INDIOS DE POTOSÍ

El año 1589 vino á esta santa casa una india ciega, Juana Aymara, natural del Cuzco; y un sábado estando en sus novenas, quedó sana y con vista, y dijo varias veces que junto al altar de nuestra Señora vió unas luces como de ángeles, que la enfervorizaron mucho en el servicio de Dios y de su purísima Madre. El mismo año volvió la Vírgen la vista á Juan Mamani, de Inquili, que estaba ciego de mucho tiempo; y con su visita y su novena obtuvo la gracia.

Celebrado fué por este tiempo el milagro de un Contador de Potosí, cuya propia relacion copiamos. "El Contador Ni-
,, colas Garnica á todos los cristianos desea salud. En la
,, sagrada Escritura se condena por culpado el que habien-
,, do recibido de Dios gratuitamente algun don, no lo co-
,, munica de gracia.... Esto digo porque habiendo cuatro
,, años que yo era quebrado, vine en romería á la santa casa
,, é Imágen de nuestra Señora de Copacabana, y habiendo
,, velado y hecho oracion, suplicando á esa Vírgen me sa-
,, nase, le prometí rezar todos los dias de mi vida una coro-
,, na á los gloriosos Santa Ana, San Joaquin y San José,
,, poniéndome al cuerpo una medida de ella, me sanó, como
,, si jamas fuese quebrado: por lo cual le doy infinitas gra-
,, cias, y sea gloria al Señor por siempre jamas. Amen.—
,, *Nicolas Garnica.*"

En aquel entónces estaba un español trabajando con cien indios una mina en el cerro de Potosí, y se cayó la tierra, cojiéndolos debajo. Viéndose los pobres sepultados vivos, clamaron muy de veras á la Vírgen de Copacabana, que compadecida de sus ruegos los sacó ilesos de aquel sepulcro de codiciosos, donde estuvieron ocho dias enterrados. Al verse fuera, libres y sanos, publicaron agradecidos el milagro.

En Octubre 1590 llegaron á este templo de Maria tres mujeres, madre, hija y nieta que salieron del Cuzco para Potosí sin intencion de pasar por Copacabana: mas á cinco jornadas del Cuzco le atacó á la nieta un dolor de costado tan agudo, que tuvieron que parar en Pucará, donde una noche ya estuvo la paciente con los indicios de la muerte. Viéndola casi espirar la abuela y la madre se la ofrecieron

á la Vírgen de Copacabana; y cuando á la madrugada temieron que la muerte acabase su agonía, pidió de comer y estuvo para caminar, aunque quedó como fanática. Ofreciéronsela segunda vez otra noche, y despertó la muchacha gritando que la Madre de Dios le daba prisa para que fuesen á su casa. La abuela y la madre la acallaban diciéndole que estaba loca. No lo estoy, contestó ella. Hé aquí á la Vírgen con dos ángeles, añadió; y sin haber visto jamás á la santa Imágen, dió las señas tan cabales como las vieron al llegar aquí, donde vinieron luego á dar gracias al Señor, y las tres refirieron contestes el suceso ante varios sacerdotes y otras personas, así indios como españoles.

CAPITULO XVIII.

SIETE MILAGROS MAS CON ENFERMOS Y UN NIÑO RESUCITADO.

En uno de sus salmos dice David—*Multiplicatæ sunt infirmitates eorum, postea acceleraverunt.* Se les multiplicaron las enfermedades á los hombres, y despues se apuraron en clamar á Dios. Esto lo vemos á cada paso, que cuando nos aquejan los dolores entónces clamamos al Señor, y queremos apresurar su clemencia, importunando el valimiento de su divina Madre; porque conocemos que, como dice San Anselmo, ella es madre de salud. Convencidos de su poderosa intercesion á Maria, ocurrieron Bautista Millares y su consorte doña Antonia Coronado, vecinos de la Paz, que viendo á su hija doña Mariana oprimida de una enfermedad grave, próxima á la muerte, vinieron á su Santuario; con gemidos paternales pusieron á la enferma ante el altar de la Vírgen, haciendo promesa de servirla y tenerla por patrona. Le mandaron decir su misa, y concluida, luego se halló la enferma con salud.

Por Marzo de 1590 Miguel Nieto y su esposa Catalina Sanchez vinieron á presentar á esta milagrosa Imágen dos nietos suyos, uno de ellos muy enfermo llamado Gerónimo Bedregal, cuya enfermedad se agravó en tal extremo la noche que llegaron aquí, que acabó con el niño. El amargo llanto de los abuelos por la muerte de su querido nieto en ese pueblo de la Vírgen, á quien venian á pedirle su salud, consternó á los vecinos, quienes procuraban consolarlos, diciéndoles, que asimismo como estaba llevasen el muertito á

la iglesia, y pidiesen al P. Prior le dijese una misa, cubriendo al niño con un manto de la Vírgen. Así lo hicieron los desconsolados abuelos, que mientras se decia la misa estaban hincados, suplicando á Maria con amargas lágrimas, que se apiadase de ellos y les restituyese su nieto, que con tanta devocion se lo habian traido vivo, y estaba ahora muerto. Así seguian rogando y llorando inconsolables, cuando á media misa vieron que el niño se movia, y en señal de vida habló y pidió agua. Los presentes eran muchos que quedaron maravillados, y los abuelos agradecídisimos á la Vírgen por merced tan estupenda. Por la tarde estuvo el niño en pié con un poquito de calentura, que se le quitó luego, y al dia siguiente, que fué dia de la Encarnacion, ó de nuestra Señora de la Gracia, quedó del todo sano.

Un indio de Achacache, llamado Francisco Condori, este mismo año 1590 trajo en peregrinacion á su hijo enfermo con gota-coral muy fatigosa, á ofrecérselo con novenas á la Vírgen. Y tanto pudieron sus fervorosos ruegos que le quitó al hijo la enfermedad, y nunca mas le volvió á dar.

Cuando la liberal mano de Dios comienza á hacer bien, se dá tanta prisa, que una merced alcanza otra, y sin escampar el cielo llueve bienes y gracias. Y aquí lo quiso hacer así el Señor, para que estos nófitos de la fé, teniéndolo á él solo por dador de todo bien y á su Santísima Madre por la tesorera de las gracias celestiales, se acabasen de arraigar en el Evangelio. Así lo reconoció un indio de acá mismo, Juan Casinga, que estropeado de una caida en las minas de Potosí se hizo traer á su pueblo, donde inútilmente contínuaba curándose, pues quedó tan postrado que ni en cama se podia mover. Viéndose ya en tan mortal postracion, acudió á la Vírgen, haciéndose llevar á la iglesia: al acabar sus novenas quedó sano y bueno, con asombro de todo el pueblo, que dió gracias á Dios y á su Vírgen Madre, que así los remediaba en sus trabajos, como hijos queridos suyos.

Ese mismo año trajeron unos indios de Capachica á un hijo suyo llamado Domingo, contrahecho *á nativitate*. Llegando el paciente á la presencia de la santa Imágen derritió su corazon con tal fervor y tanta fé, que en breve tiempo consiguió perfecta sanidad. Porque el obtener de Dios los favores que pedimos no consiste en hablar mucho, como Antioco y los perversos judios, sino poco y con viva fé, como el publicano y el ciego de Jericó. Y muchas veces no logramos lo que pedimos, porque lo pedimos mal, como

dice Santiago. La mas meritoria peticion es aquella cuyo éxito se deja en las manos de Dios, si así conviniese á su mayor gloria y á nuestra salvacion.

El cuatro de Noviembre del mismo año un domingo por la noche cayó un rayo dentro del convento, sin causar mal alguno y dejando visibles señales de su eléctrico culebreo, para que se viese mejor la vijilancia de su Patrona. Entró por la chimenea de la celda de un religioso, arrebató un lienzo del altar, pulverizó unos cañones, quemó un papel en que estaba envuelta una medida de la Vírgen, pero sin tocar esa medida, ni dos niños que dormian al pié del altar, habiendo serpenteado á su alrededor. Si, como dicen, el laurel preserva del rayo, claro es que estas medidas como hojas del divino laurel de Maria apagan su fuerza y libran á sus devotos.

El R. P. Fr. Juan de S. Pedro, siendo Provincial de esta provincia, llegó á este convento de Copacabana el 30 de Noviembre de 1590, el cual declaró haber hecho voto de llegar á esta santa casa á pié desde la última legua, y velar tres dias á la Vírgen por haberlo librado de la muerte en una gravísima enfermedad que tuvo en la ciudad de la Plata y villa imperial de Potosí, donde fué muy notorio su peligro extremo y la salud que recobró luego de haber hecho su promesa á la Madre de Copacabana.

CAPITULO XIX.

MILAGRO DE UN CAZADOR—DE UN MOQUEGUANO—Y DOS MAS.

Por la fé se obró en las virginales entrañas de Maria el gran misterio de la encarnacion del Verbo: *Beata quœ credidiste!* Y con fé firme y sincera quiere que se le lleguen sus hijos y la invoquen en sus necesidades, como lo hizo D. Leon de Ayance. Ese caballero, yendo á cazar por el valle de Ilabaya, en una de las faldas del Illampu, hizo perseguir un venado por sus perros y su criado; pero ese pobre resbaló y cayó rodando por la quebrada. Al ver D. Leon que el mozo iba á morir destrozado, exclama instintivamente—¡Vírgen de Copacabana, salvadlo! y vió que el rodado se asió de una mata, pero no vió que al agarrarse al arbusto le picó una víbora venenosa. Corrió el amo á auxiliarlo, y lo encuentra agonizando con la mortal picadura: vuelve á

invocar á la Vírgen, y se le ofrece con fé. Sin mas triaca quedó el mozo aliviado al instante, y luego vinieron los dos á dar gracias á su Libertadora divina, publicando, que su santo nombre es el sosten mas firme y el mas eficaz antídoto.

En Diciembre del mismo año 1590 llegó de romería acá Alonso Andrada, residente en el valle de Moquegua, y quedó tan devoto de esta soberana Madre, que prometió traer despues á toda su familia, y principalmente á un niño llamado Luis que era notablemente quebrado, y por cuya salud le suplicó entónces mismo con alentada fé, rogándole aliviase aquella criatura que tanto padecia ya en su niñez, y cuyos dolores irian aumentando con la edad. Despidióse de la Vírgen ratificando su promesa y su súplica por Luis; de cuya salud preguntó luego que llegó á su casa. ¡Bendito sea Dios! le contestó su mujer Maria Sepúlveda; pues há como treinta dias que el niño está ya bueno y sin señas de dolor. Sacaron luego la cuenta, y vieron que á los dos dias de hecha la súplica en Copacabana, el quebrado niño recobró su salud en Moquegua; y toda la casa engrandeció la maravillosa bondad de Maria, que aquí imita á su divino Hijo Jesus, asi como el fervoroso moqueguano imitó la gran fé del Régulo de Cafarnaum.

Una mujer trajo á este Santuario un niño de cuatro años tan enfermo y lisiado que jamas pudo jugar sus miembros. Un sábado estaba esta afligida madre oyendo misa con gran fervor ante nuestra Señora, pidiendo encarecidamente por la salud de su hijo, quien se levantó instantáneamente y se fué por sus pies á las gradas del altar, como á reconocer y agradecer á tan divina Madre la salud que le habia dado, pedida por su madre natural. Este niño se llamaba Antonio Suaso, natural de Larecaja.

Domingo Mamani, natural de Ilavi, tullido de diez años, al oir los milagros de Copacabana, acudió por remedio, como tantos otros. Postrado ante la Vírgen le pedia con todo su corazon y como de justicia que lo sanase, pues sanaba á otros que quizá no tenian un tormento tan doloroso como él. Tal fué su fé y perseverancia, que, al acabar sus novenas y la misa que le hizo decir por su salud, la obtuvo cumplida, levantándose sano y bueno. Prueba de cuanto se complace el Señor en la fé perseverante de nuestras humildes súplicas, cuyo favor si no nos concede luego es por pacificar nuestros corazones; pero al fin la insistente súplica lo vence, como la insistencia de la Cananea.

CAPITULO XX.

DESCUBRIMIENTO DE UNOS LADRONES ACÁ Y EN POTOSÍ.

Para manifestarnos Dios cuanto aborrece el robo no solo nos manda que no hurtemos, sino que ni siquiera codiciemos los bienes del prójimo. Pero, á pesar de la prohibicion y de los castigos divinos contra los ladrones, ladrones hay siempre hasta en lo sagrado, á quienes el cielo hace pagar acá su sacrilegio.

En Potosí el mismo año 1590, doña Felipa Sedeño habia comprado una cruz de esmeralda con un mazo de perlas finas, para obsequiar á la Madre de Dios de Copacabana. Supiéronlo los padres domínicos, y se la pidieron para una fiesta, quizás para la inágen de la Candelaria que le sirvió á Yupanque de modelo; la Señora se la prestó gustosa, y angustiosa se puso al saber que se la habian robado. Se hicieron mil diligencias, pero la alhaja no parecia, y la devota señora se acongojaba en extremo; si bien su marido la consolaba diciéndole que no tuviese tanta pena, pues la prenda robada era de la Vírgen de Copacabana, que ella misma se la descubriria. Y asi fué: pasaba un alguacil por uno de los mercados y un indio se echó á correr. El alguacil sospechó malicia en él y lo siguió: viéndose el indio perseguido se creyó descubierto, y sin decir palabra puso la presa en manos del ministril, que la entregó á la señora, y la mandó luego á quien estaba ofrecida y dedicada.

Aunque sea anticipando la fecha referiré otro suceso de un ladron de la misma Vírgen. Un tal Mateo Contreras, que andaba en traje de indio, se quedó escondido un viernes por la noche en esta iglesia, ocultándose bajo el paño mortuorio de una tumba. En alta noche se levantó y alzando el velo de la Vírgen santísima fué á quitarle su rica corona de oro, obsequio de la ciudad de Arequípa, lo mismo que la del niño, y á pesar de que la Virgen le desviaba la mano, como confesó despues el ladron, se obstinaba en su atentado, y solo dejó las coronas por llevar otras joyas que le parecieron mas valiosas y disimulables, entre ellas quiso llevarse una cruz de esmeraldas con un papagayuelo de oro con pedreria, dos sortijas finas y una cadena de oro, cuando la santa Imágen se estremeció, como temblando de tan sacrílega osadia. Ese movimiento contuvo al

ladron, que creyó ver toda la iglesia iluminada, y se bajó á ocultarse otra vez bajo el luto de la tumba, hasta por la mañana, que al abrirse la puerta se salió con su hurto. El sábado por la mañana notólo el sacristan, y se lo avisó al Teniente cura: inmediatamente se hicieron diligencias, y estando en averiguaciones avisaron de Yunguyo que allí habian tomado al ladron fundiendo el oro y separando las piedras de las alhajas. Fué luego el Teniente á recojerlas, saliendo los de Yunguyo á recibirle con gozo igual al pesar que tuvieron primero por el robo. Contreras confesó su delito, y fué èntregado á la justicia. Estando al pié de la horca tornó á referir como la Vírgen lo quiso contener en su crímen y las grandes luces que vió en la iglesia: murió muy contrito, pidiendo perdon á Dios, á su Santísima Madre y á todos los fieles. Esto sucedió el año 1615, siendo Prior de este Santuario el P. Fr. Diego de Medina.

CAPITULO XXI.

CURACION DE UN SACERDOTE—DOS HIDRÓPICOS—DOS TULLIDOS—Y UN ENDEMONIADO.

San Dionisio llama á la Vírgen—*Officina curationum et pelagus sanitatum*. Y ciertamente aquí ha comprobado ella ser la divina panacea de todas las enfermedades, como lo dicen los milagros anteriores y los siguientes.

Afligidísimo se vió por Agosto de 1591 un sacerdote natural de Sevilla, que habia once años padecia en un riñon agudos dolores; postróse ante una imágen de nuestra Señora, encomendóse á ella prometiéndole visitarla en su templo, y hacerle sus novenas. Y luego al punto se sintió bueno sin mas remedio que esta promesa, que vino á cumplir, trayendo de ofrenda un gran acetre de plata, con su hisopo, que hasta hoy recuerdan su beneficio.

Casi por este mismo tiempo hizo esta Madre celestial otra curacion milagrosa con doña Gerónima de los Rios esposa de D. Juan Manuel de Anaya, tesorero real y corregidor del Collao. Dicha señora enfermó de una hidropesía mortal, que agravándosele diariamente, no halló mas remedio que ofrecerse á la Vírgen de Copacapana, prometiendo ir á hacerle sus novenas caminando una legua á pié. Asi lo hizo

trayendo grandes ofrendas de aceite, cera y otros regalos. Seguia su novena con gran fervor, y el quinto dia una persona le aconsejó que se untase con el aceite de la lámpara de la Vírgen; y aunque el aceite no es un buen remedio contra la hidropesía, siguió el consejo, poniendo en Maria su confianza. El efecto de su fé se conoció muy pronto; pues á las cuatro horas se sintió mejorada, y luego despues sana del todo.

Igual beneficio dispensó á Ana Ruiz, mujer de Alonso Martin, que cinco años estaba sufriendo el mismo mal de hidropesía: habíanse agotado sin provecho todos los remedios de médicos y curanderos, y resolvió ampararse de la Vírgen de Copacabana, pidiéndole usase con ella de su ordinaria clemencia. Marchó á su Santuario con esta firme esperanza, que no le salió fallida, pues al último dia de su novena recobró su entera salud, y publicó esa misericordia de Maria con ella.

Este mismo año 1591, Cristóbal Pacana, natural de Ayoayo, tullido desde su niñez, oyendo los milagros de Copacabana, se animó á ir, haciéndose acompañar por algunos deudos y amigos: llegado á su presencia comenzó con gran devocion y lágrimas su novena, y en un dia de ella, estando oyendo la misa que suplicó le dijesen en el altar de la Vírgen, se levantó sano y bueno con admiracion de todos, que exclamaron—*Sicut audivimus sic vidimus.*

A los doce de Mayo del mismo año esta Madre de Copacabana, sanó á un indio de Juli, tullido de mucho tiempo, que por persuacion de los padres jesuitas vino á este Santuario, y concluida la novena se volvió á su pueblo por sus pies.

Por este mismo tiempo, Cristóbal Topa, hijo del mayordomo de nuestra Señora, estuvo á la muerte de una disenteria que por un año seguido lo aniquiló: pero asi enfermo se hizo llevar á la iglesia para encomendarse á la Vírgen con su misa, y habiéndole puesto un manto suyo, sintióse luego aliviado, y despues con entera salud.

D. Martin Pupa Lupa, cacique principal de Yunguyo, estuvo á la muerte, atormentado por el demonio con horribles visiones; aconsejado vino á encomendarse á esta soberana Reina, se confesó contrito, se hizo decir su misa con la Imágen descubierta, asentóse en la cofradía por veinte y cuatro, y luego se halló sano y libre del infernal tormento.

CAPITULO XXII.

MILAGRO DE LA VÍRGEN SALVANDO Á UNO DE UN RIO.

Reina y Madre de misericordia llama á Maria la Iglesia santa y todos sus hijos. Y con justa razon, pues no hay obra de piedad que ella no ejerza, ni desgracia que no socorra. Francisco Valderrama, natural de Daymiel, yendo de Santa Fé á Mariquita, en la Nueva Granada, quiso pasar un rio muy crecido, cuya impetuosidad lo arrebató: viéndose anegar en la corriente invocó el auxilio de esta Madre de Copacabana, y luego sintió que por los cabellos lo sacaron sobre el agua hasta llegar á una islita, donde estuvo por algunos dias sin poder salir, embarazado por el agua. Encomendóse de nuevo á la Vírgen, agradeciéndole su primer favor. Despues menguó el rio y lo pudo vadear. En gratitud de su escape prometió hacer su romería y su novena, y se puso en camino. Mas, al acercarse á Lima empezó á resfriar en su buen intentó; apeóse al lado de una acequia, y tendió su capa en la márgen para recostarse; despues de descansar un rato subió en su caballo, y picándole para tomar la capa, cayó el animal dentro la acequia cojiendo debajo al jinete, oprimido asi dentro del agua como en prensa. Encomendóse de nuevo á la Vírgen, y pasando luego unos negros lo sacaron del apuro quedándose él sin lesion alguna, pero el caballo con la pierna quebrada. Cumplió pronto su promesa publicando con lágrimas las señaladas mercedes que habia recibido de tan compasiva Madre. Sucedió esto por el año 1592: pero los ingratos y los mal cumplidores de sus promesas á Dios y á los santos son de todos los años y de todos los dias; sin reparar que se dañan así mismos, pues ni los santos de Dios necesitan del cumplimiento de nuestras promesas, mientras que nuestra desgraciada infidelidad nos cierra las puertas de su misericordia.

CAPITULO XXIII.

RARO MILAGRO DE LA VÍRGEN CON EL DE LA CADENA DE ORO.

Yo dije al Señor, conozco que sois mi verdadero Dios, pues no necesitais de mis bienes para nada. Conservadme

pues; porque no puedo esperar sino en vos. Estas palabras dichas por un rey tan grande como David, deberian convencernos de nuestra gran miseria y de nuestra absoluta nulidad, ante la presencia de nuestro Criador y Conservador, que es feliz en sí mismo y cuya gloria esencial no pueden mejorar todas las fútiles riquezas de los hombres. Lo mismo debemos decir de la gloria de los Bienaventurados, que consiste en la posesion é inefable fruicion de Dios. Pero somos á veces tan necios que presumimos que sin nuestras míseras ofrendas, los santos no serian tan grandes, ó quizá no se moverian á interceder por nosotros: y esa presuncion fátua recíbe ordinariamente su castigo acá mismo, como se verá en el caso siguiente.

Habia en Huamanga un tullido conocido por el Gaitero, que noticioso de las muchas curaciones de su misma enfermedad obradas por esta Reina milagrosa, se hizo traer á su Santuario; y despues de cumplida su novena con el fervor que todos los necesitados, fué Dios servido de concederle perfecta salud por la intercesion de su divina Madre. En gratitud de su sanidad dejóle á la Vírgen una cadena de oro; y al volver á su casa fueron los deudos y amigos á darle el parabien de su maravillosa curacion por la clemencia de Dios y de María santísima. Sí, contestó él, la Vírgen me ha dado salud; pero me ha costado mi buena cadena de oro. ¡Cosa maravillosa! apenas pronunció tan indevoto gracejo volvió á quedarse tullido como ántes. Bien pudo ser eso una chanza, una ligereza, lo que se quiera; el castigo inmediato á tanta imprudencia, sino es jactancia, con la mas magnánima y generosa de las reinas, nos enseña cuan cautos, reverentes y humildes debemos ser con quien nos favorece por puro amor, por compasion maternal, por su clemencia divina, y no por esas bagateles miserables que solo mueven é interesan á los hombres terrenos. *Conserva me, Domine, quoniam speravi in te.... Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges.* Así lo reconoció despues ese infeliz, y sufrió con cristiana resignacion el mal que Dios le volvió para purificar su alma, haciendo mérito del sufrimiento, ya que no supo guardar el beneficio con grato silencio.

CAPITULO XXIV.

MILAGRO DE LA LLUVIA SACANDO LA SANTA IMÁGEN.

Et clamaverunt ad Dominum cum tribularentur, dice el real Profeta en aquel salmo admirable 106, donde hace una reseña de las diferentes tribulaciones de que la bondad divina sacaba á los hijos de Israel cuando clamaban á él con todo su corazon. Y ese verso lo repite cuatro veces en el mismo salmo, para indicarnos que los hombres en todas las edades y partes del mundo son lo mismo, que regularmente solo claman á Dios cuando se ven en angustias. Pero Dios tambien siempre es el mismo: y los hijos de la ley de gracia podemos añadir mejor que los hijos de la Sinagoga—*et de necesitatibus eorum eripuit eos.* Lo hemos visto en los milagros ya referidos, pero el siguiente nos lo mostrará mejor.

Las sementeras de toda la provincia de Chucuito, despues de crecidas, se estaban secando por falta de agua. Viendo que si esa cosecha se perdia, vendria una hambre cruel, se convocaron todos los pueblos y juntos con sus sacerdotes acudieron en rogativa al Santuario de Copacabana, suplicando al P. Prior y religiosos con peticiones firmadas de los mas principales, que se bajase á la santa Imágen de su trono y se sacase en procesion por el cementerio. Despues de discutida la peticion de los pueblos con los sacerdotes y seglares doctos de la provincia, accedió la comunidad á la súplica, motivada en la gran necesidad comun. Puesta la soberana Madre en sus andas, adornadas de muchas joyas, encendidas muchas antorchas y cirios, acabadá la misa y sermon, conmovídos todos los ánimos, y regando el suelo con lágrimas en vez de mistura, salió la procesion con la Imágen de aquella Reina que tiene su glorioso trono en los cielos sobre una columna de nubes. Iban dando su vuelta por el cementerio con llanto y profundos suspiros, porque el cielo se mantenia sesgo y sin rastro de nubes; aunque al llegar la anda al arco que está frente á la laguna empezó á soplar un viento tan vehemente, que la multitud temió que iba á arrazar las paredes, si bien el ruido era por lo alto, pues la jente se recreaba abajo con un manso céfiro, que anunciaba bonanza. Luego empezó una suave lluvia sin ruido ni tempestad, de suerte que todos se mojaban, mientras que ni una gota cayó sobre la Vírgen, que fué entrando en la iglesia

con clamores de triunfo y lágrimas de regocijo. Porque aquella garúa fué principio de quince dias de lluvias abundantes que les dispensó Maria, pero admirable hasta en el modo, porque llovía desde las cinco ó seis de la tarde hasta las siete del dia, despejando luego con un sol hermoso que les dejaba continuar sus faenas del campo; y aun volvieron á sembrar de nuevo en toda la provincia, de modo que ese año fué el mas fértil que se viera. A mas de haber empezado esa lluvia sin nubes, observaron muchas personas, que el rostro de la Vírgen cambió con una mudanza apacible, indicio cierto del beneficio que tan abundantemente les iba á dispensar. *Ad Dominum cum tribularer, clamavi, et exaudivit me.*

CAPITULO XXV.

UN AHORCADO—TRES ESTROPEADOS POR CABALLOS Y DOS TULLIDOS.

La poca conformidad con las adorables disposiciones de la divina Providencia, exceca y despecha á los hombres hasta al suicidio y hasta la perdicion eterna; pues no podemos ni debemos obligar á Dios á hacer milagros contra nuestro despecho, como lo hizo la Vírgen con un indio del Cuzco. Apurado por algunas personas, quizá por escapar de demandas, resolvió ese bárbaro ahorcarse; y en efecto se subió á un árbol, se echó lazo al pescuezo y se dejó caer. Asi hubiera muerto, sino hubiesen pasado unos indios por allí que conociendo al ahorcado, avisaron luego el triste suceso á su padre: éste corrió al punto, y lo halló vivo aun. Mandó descolgarlo, y preguntándole cómo no habia muerto, declaró que ántes de ahorcarse se habia encomendado á la Vírgen de Copacabana, cuya medida traia; y que seguramente ella lo habia librado de la muerte que él se quiso dar. Este milagro está pintado en la iglesia de San Agustin del Cuzco, donde hay una cofradía de nuestra Señora de Copacabana, y tambien lo está en los arcos de esta iglesia. Repetimos que este milagro singulár no debe servirnos para tentar á Dios, ni á la Vírgen, sino para hacernos sobrellevar con humildad los trabajos de este valle de lágrimas.

En Santa-Cruz de la Sierra, á 11 de Junio de 1592, un

cofrade de esta Vírgen, llamado Baltasar Gonzalez Mendoza, corriendo un caballo lo echó por tierra quebrándole las dos canillas de la pierna: encomendóse á ella, prometiéndole visitar su Santuario con sus novenas. Hecha esta promesa se halló sano y bueno, y luego vino á cumplirla muy agradecido.

En este mismo año sucedió otro milagro que asombró toda esta tierra: y fué, que un Francisco Hernandez estaba limpiando un caballo, que le dió de coces y con ellas la muerte. Los que vieron la desgracia invocaron compadecidos á la Vírgen de Copacabana, que con asombro de todos acudió á sus ruegos, para confirmarlos en su devocion, restituyendo la vida al difunto, el cual en agradecimiento de tanta fineza vino á su santa casa, á hacerle sus novenas y á ofrecérsele por su eterno esclavo.

Otro indio arrastrado por un caballo, colgado del estribo, invocó á esta milagrosa Madre con afecto; y al momento se rompió el estribo, y se levantó sano y bueno, habiendo sido arrastrado largo trecho. Vino luego á pagarle el justo tributo de su gratitud con novenas.

Por Agosto del mismo año se apareció esta Vírgen á un Diego Chica del Cuzco, tullido de mucho tiempo, que andaba á gatas sin poder levantar el cuerpo de la tierra, y le mandó que acudiese á su santa casa. Vino con otros peregrinos, y compadecida seguramente esta tierna Madre de los trabajos de su romería, se le volvió á aparecer en Acora, diciéndole que al dia siguiente lo sanaria en el camino. Y así se verificó, de modo que llegó acá restablecido, y en agradecimiento se confesó é hizo su novena con gran devocion.

De la peste general de viruelas y sarampion de 1589, quedó tullida una india de este mismo pueblo, Inés Urcona, hija de Domingo Larula. Celosa al ver el alivio de tantos otros como ella, andaba arrastrando á la iglesia, y cerca del altar de la Vírgen se postraba pidiéndole con lágrimas su alivio. Así seguia su novena en el 12 de Mayo de 1592, cuando despues de haberle puesto el sacerdote su Evangelio fué poco á poco asiéndose a la pared, se puso en pié, y empezó andar quedando sana y sin lesion.

CAPITULO XXVI.

DE UNA CIEGA—UN HINCHADO DE CHUCUITO Y UN INDIO DE CHILE.

Vuestros pecados hicieron esconder el rostro á Dios, y no le dejan oiros, decia Isaías á los insensatos israelitas; y lo mismo nos clama ahora la Vírgen santa, por lo que al acercarnos á pedirle alguna gracia no debemos ir con el alma manchada con pecados que ofenden é irritan á su divino Hijo.

El año 1593 la Vírgen de Copacabana dió vista á Catalina Guampa, de Hayohayo, ciega de cuerpo y alma, que vivia poco honestamente. Pero, á pesar de eso vino á su Santuario á hacer su novena, quizá por moda ó por disipacion, como la egipciaca á Jerusalen. Y habiéndose quedado sola en la iglesia le dió la Vírgen una voz diciéndola—Confiésate, hija! Hizólo así con gran dolor y contricion, y luego quedó con vista. Prueba de que los pecados le estorbaban la gracia que pedia.

Por Abril del mismo año, Juan Céspedes, de Chucuito, gran devoto de esta Madre admirable, arrojó una postema con su bolsa, viendo correr toros. Mas el humor acudió á las piernas, que se le hincharon con crueles dolores. Trajéronlo en litera á esta santa casa, donde confesó y comulgó, y le pidió con fervor su alivio á Maria, que viendo las buenas disposiciones de su alma, le hizo recobrar entera la salud del cuerpo.

El P. Definidor y Prior de este Convento, Fr. Juan Vizcaino, refiriendo un dia los grandes milagros de la Vírgen, obrados en este insigne Santuario suyo, contó que en años pasados habian venido unos soldados de Chile, quienes declararon haber sido allá testigos del prodigio siguiente. Llevaban en su compañia un indio cristiano, que por haberse adelantado lo tomaron los indios salvajes. Se queria defender, ó tuvo la audacia de provocar á los enemigos: lo cierto es que lo clavaron en sus picas y lo levantaron en alto. El desgraciado neófito invocó en el aire á la Madre de Copacabana, de cuyo gran poder en favor de los angustiados habia oido hablar mucho á los españoles. Estos viendo al indio su compañero empicado, acudieron á defenderlo ó á enterrarlo; pero léjos de encontrarlo muerto, ni herido, apenas le en-

contraron unos araños ó cicatrices, que hicieron el milagro mas notorio, y estendieron mas la devocion de Copacabana en aquella tierra.

CAPITULO XXVII.

DE UN NIÑO RESUSCITADO—UNA NIÑA CON GOTA-CORAL Y OTROS.

Cuando San Pablo llamó á Jesucristo el primogénito entre muchos hermanos, tendria presente los millares de hijos adoptivos que tendria su Vírgen Madre, á quien él constituyó Corredentora de todos sus redimidos. Por eso ella nos mira con amor de Madre, y por eso nosotros tenemos la dicha de podernos llamar y de ser hijos suyos; puesto que somos hijos de Dios y co-herederos con Jesucristo, como dice el mismo Apóstol. Y en esta devotísima Imágen es donde Maria desempeña mejor su ternura maternal sobre sus hijos atribulados.

A los 26 de Enero de 1593 quedó muerto de una caida Bartolomé Pariguana niño de año y medio. Desconsolada su madre Inés Yuyo, lo envolvieron en unos pañales no para amortajarlo, sino para traérselo corriendo y llorando á los pies de Maria. Se lo tendió ante su altar exhalando su corazon en súplicas y llantos desgarradores. En eso salió un sacerdote á decir misa, se descubrió la santa Imágen y despues de haber elevado la hostia, el niño revivió. Solo las madres podrán comprender la expansion de gozo y de gratitud con que esta madre feliz magnificaria á su Madre divina.

En los valles de Chuquisaca habia en 1594 una doncella que habia seis años padecia de gota-coral, y sus padres prometieron ofrecer á esta Vírgen tanta cera como pesaria la enferma, trayéndola á su Santuario, puesto que todos los medicamentos no habian podian aliviarla. Pero se sintió aliviada en el acto que acabaron de hacer la promesa; pues dándose la Vírgen por bien servida de su eficaz deseo, le quitó hasta las reliquias del mal pasado. Agradecidos de este beneficio vinieron á cumplir su voto.

Un mercader llamado Joanes Vizcaino se vió en este mismo año arrebatado por el impetuoso rio de Tapacarí, que rebosaba de madre. En tal peligro invocó de corazon á esta Vír-

gen celestial, que segun el lenguaje de Salomon, es como un rio de agua inmensa salido del paraiso; y lo libró compadecida, encargándole que fuese su devoto.

El año 1618 estaba en este convento un muchacho de 12 á 13 años, que habiendo nacido lisiado sin poder andar, su madre lo curó sin mas remedio que untarlo todas las mañanas con el aceite de la lámpara de la Vírgen.

Cierta enfermedad grave y oculta de cinco años estaba acabando á una señora de la Paz; y á fuerza de invocar á la Vírgen de Copacabana se vió libre. Vino el año 1595 á darle rendidas gracias con su novena al Santuario.

Este mismo año el soldado Alonso Ruiz fué curado por la Vírgen de unas puñaladas que le dieron en una pendencia, y de cuyas heridas estaba á la muerte, desahuciado por los médicos. Pero esta Médica celestial, á quien invocó prometiendo visitarla con novenas, le cerró las heridas y lo sanó completamente. Luego vino á cumplir su promesa con mil finezas.

Otro soldado, en Abril de 1596 dióle al mulato Francisco Boorques una feroz puñalada con una daga muy fina, que debia atravesarlo. Pero solo le rasgó un poco la medida de la Vírgen, á quien invocó al verse invadido, y le sirvió de escudo. Por este y otros mil casos maravillosos ¿quién no llevará con devocion la cinta bendita de esta Reina milagrosa, divisa mas distintiva de salvacion que la cinta colorada dada á la feliz Raab por los esploradores de Jericó? Dícese de Alejandro, que por no lastimar un famoso fresco de Apeles, pintado en la muralla de una ciudad enemiga, no quiso tomarla por fuerza. Y ¿no creeremos que Luzbel se pasará despechado al ver la muralla de nuestra alma con la efijie de Maria, si no por respeto, siquiera por temor?

CAPITULO XXVIII.

DOS CARTAS CONTESTADAS POR LA VÍRGEN CON MILAGRO; UN DORMIDO.

Hallándose muy enfermo un cacique de Zepita hizo promesa de visitar á la Vírgen, y en efecto la visitó con su novena: pero el Señor no lo consoló por entónces, porque quiso hacer con él otra especie de milagro. Volvióse pues á Ze-

pita, sin alivio, viendo mas bien que la enfermedad se le iba agravando; y resolvió escribir una carta á la Vírgen, y se la escribió haciéndole presente su grave dolencia, la tierna devocion con que veneraba su amada Imágen, la fé con que esperaba de sus manos el remedio que dispensaba á tantos otros; y en fin, le dijo en su rudeza cuanto le sujerian su dolor y su esperanza. Cerró la carta, la rotuló á la Madre y milagrosa Reina de Copacabana, y se la mandó con un deudo suyo. Apénas salió el propio cuando el doliente quedó rendido en suave sueño, en el cual intimó la Vírgen que volviese á visitarla, y sanaria. Al despertarse mandó que formasen un guanto ó litera para llevarlo al Santuario, y aunque de noche ya, lo sacaron de Zepita; pero no pudieron pasar de Yunguyo, pues hay siete leguas. Entre tanto el propio habia llegado á las siete de la noche al convento, cuyo Prior Fr. Alonso Torrejon, viendo el sobre y la urgencia del portador, fué con los religiosos, abrió el velo con respeto y puso la carta en las manos de la Vírgen; volvió á cerrar y se llevó la llave. Por la mañana deseoso el P. Prior de saber el resultado, fué con los religiosos y vieron la carta abierta á los pies de la Imágen. Tuvieron esta señal por contestacion favorable, y por ella estaba la comunidad dando gracias, cuando el enfermo entró por la iglesia con gran tropel, pidiendo á voces la salud á la Vírgen. Lo pusieron en la peña del altar, donde le vino un gran sudor, luego se levantó y empezó á andar, como sino hubiese tenido mal alguno. Entónces refirió la aparicion del sueño, dió gracias á su compasiva Madre, y se volvió sano á su pueblo.

Cerca del Cuzco habia un indio tullido de mas de quince años, solo andaba arrastrando, y animado por tantas maravillas de Copacabana, resolvió ir, comprando lo necesario para su viaje con las limosnas reunidas. Llegó al Santuario con gran trabajo, cumplió su novena, pero sin mejorarse; y como se hallaba ya sin recursos se volvia desconsolado á su pueblo, y en el tambo de Lurucache se encontró con un indio conocido que iba á Potosí con ánimo de entrar á Copacabana por pedir á la Vírgen la salud para un hijo suyo manco de un brazo, Pues, amigo, le dijo el tullido, vas de de balde: yo he ido con mil trabajos, y me vuelvo lo mismo. Sigue derecho tu camino sin ir á perder el tiempo y tu pobreza. Sin embargo, le replicó el viajero; he de acudir á esa Vírgen, porque ella ha curado á otros mas estropeados que mi hijo. Ella se compadecerá de mí, que soy mas pobre y

miserable. Viendo el tullido la fé de su compañero avivó la que él estaba apagando, y conversando de varios milagros de esta Médica soberana, se resolvió (ya que no tenia como volver) á escribirle una carta. Suplicó pues que se la escribieran suplicando humildemente á la Vírgen se compadeciese de su gran trabajo, que no lo dejase desconsolado ya que habia ido hasta su santa casa, donde prometia volverla á visitar si se aliviaba. Mucho se enterneció y lloró ese infeliz al acordarse que tantos ciegos y tullidos habian ido peores que él al amparo de esta celestial Enfermera, y habian regresado aliviados. Esas lágrimas rociaron y sellaron la carta, que el animado compañero puso á los pies de la santa Imágen. Y ¡cosa asombrosa! en aquel mismo punto su hijo manco quedó aliviado y sano, y el tullido allá en la distancia sintió firmeza en sus pies, un repentino sudor, vigor en el cuerpo y empezó á gritar—La Madre de Dios de Copacabana me ha dado salud.—¡Púsose luego en camino para acá, donde dió gracias á la Vírgen, y donde algunos indios que lo acompañaron certificaron la repentina maravilla que habian visto con él.

El año 1596 viajaba por la sierra un español, Cristóbal Muñoz Cebada, y llegó á un rio caudaloso, cuya corriente apenas las personas pasaban con bolsas, y los animales á nado. No tenia mas caudal que su caballo, y con dolor tuvo que echarlo á nadar, como los demas. Como la avenida era impetuosa, lo arrebató al caballo y lo volcó bajo las aguas: todos lo creyeron perdido. Afligido el pobre viajero con pérdida tan sensible, se quitó el sombrero, se hincó y en alta voz empezó á invocar con humildad á la Vírgen de Copacabana, cuyos milagros publicaban sus favorecidos. Y en aquel mismo punto de su fervorosa invocacion vieron todos salir el caballo sumerjido, que andando animoso contra la corriente y luchando con la avenida, salió sin lesion á la orilla opuesta.

Por Mayo de 1597 vino á este Santuario en hábito de peregrino un Miguel Andrade de Tiraque, distrito de Misque, á agradecer el gran favor que le hizo la Vírgen, y fué asi. Iba ese Andrade viajando y su macho lo tiró con tal desgracia que perdió los sentidos y el habla: como muerto estuvo por tres dias y medio, y en su enajenamiento le pareció verse trasladado en una casa de jente estraña que tenian sus cordeles con bolsas de plomo en los estremos, como usaban los indios Uros de la isleta del Desagüadero, y como usan aun los indios Pampas para enlazar toros, tigres,

etc. Si se asentó su imaginacion al verse entre tales forajidos, mas se sobresaltó cuando les oyó gritar ¡á ese! cójanlo á ese! mirándolo á él. Creyendo que ya lo tomaban y ahogaban, exclamó acongojado ¡Valedme Vírgen de Copacabana! y al esfuerzo y al susto se recobró de tan fea pesadilla; cuya invocacion á la Vírgen le volvió el habla y la salud. De modo que esta milagrosa Reina hasta á los que en sueños la invocan sabe curar de sus males verdaderos. No es pues estraño que desde Tiraque viniese peregrinando á pié á darle gracias de tal favor.

CAPITULO XIX.

UN ENFERMO CONFESADO—UNA NIÑA RESUCITADA—DOS TOREADORES—UN QUEBRADO.

Está la Vírgen santísima tan llena del espíritu de Dios, que tambien puede decir como Isaías—El Señor me ha mandado para anunciar la paz á los humildes y curar á los contritos de corazon.—Los casos siguientes lo prueban bien.

En 1598 iba á Potosí en compañia de otros un Mateo Perez natural de Meüda y en Collao pasó hora por él. Aconsejáronle sus compañeros que fuese á Copacabana y se encomendase á la Vírgen. Así lo hizo, siguiéndolo sus compañeros en la romería. Llegados al Santuario trataron todos de confesarse, principalmente el enfermo: pero no encontrándolo el confesor con las disposiciones necesarias, se suspendió la absolucion. Fué tal la pena que esto le causó, que postrándose ante el altar de la Vírgen se deshacia en lágrimas de dolor y arrepentimiento. Satisfecho Dios de su dolor y propósito, por intercesion de Maria le restituyó la salud, le enderezó la boca que ántes tenia torcida, y ántes de moverse de donde estaba arrodillado se sintió perfectamente restablecido. Todos los circunstantes empezaron á dar voces alabando á la Vírgen por la maravilla, salieron los religiosos que, al descubrir la santa Imágen, la hallaron muy encendida, como manifestando la llama de la caridad que para la penitencia habia encendida en el corazon contrito de este su devoto, que confesó y comulgó con grandes mejoras de su espíritu.

En Enero de 1597 resucitó esta Señora á Francisca Ro-

driguez, niña de cuatro años, que estaban para enterrarla se levantó buena delante de todos. Era hija de Martin Tamayo y de Francisca Gomez, muy devotos de esta Reyna, á quien invocaban siempre en sus aflicciones; y en acimiento de gracias por este milagro venian á su Santuario, y en el camino quiso la Vírgen favorecerlos con otro; y fué, que el caballo en que iba la señora se despeñó por una cuesta. Al estar rodando no se le caia de la boca la invocacion de Copacabana: la Vírgen era su esperanza, y fué su salvadora; pues habiéndose despedazado el caballo y su sillon, ella se levantó sin lesion alguna. La gratitud fué entónces excesiva, cual debia ser por dos milagros.

Estando en Tiaguanaco el Obispo de Charcas D. Alonso Ramires de Vergara, por Octubre de 1598, quisieron los indios por manifestarle su gran contento de verlo entre ellos, darle una corrida de toros (costumbre difícil de extirpar á pesar de su barbarie). Uno de ellos lo ensartó á un indio en las astas, y le dió muchos golpes por gran rato. Los espectadores, viéndolo en en tal peligro, no hacian mas que invocar á Dios y el auxilio de la Vírgen de Copacabana, principalmente cuando divisaron por el cuello del indio una raya colorada, que les hizo creer estaba ya degollado. El pobre toreador tambien se habia encomendado á la Vírgen, y el toro lo dejó. Levantóse entónces airoso, y mostrando la medida colorada, decia con garbo: Teniendo yo la medida de nuestra Señora ¿qué mal me habia de hacer el toro? Todos quedaron admirados, porque el milagro fué patente, debido á la cinta y á la invocacion de la Madre de Copacabana.

Otro tanto sucedió en este mismo pueblo el año 1614 á un indio, á quien en una corrida de toro bermejo y ferosísimo lo ensartó y lo arrastró como un cuarto de hora; porque, á pesar de haber mucha jente española nadie se atrevia á acercársele por su gran ferocidad; solamente á gritos llamaban el auxilio de la Vírgen, que hizo lo soltára el feroz animal. Acudieron entónces á levantarlo, y lo encontraron sin resto de herida, sano y bueno. Por tal escape dieron gracias á Dios y á su santísima Madre.

Por Abril de 1599 esta celestial Emperatriz obró otra maravilla con Alonso Hernandez de Montenegro, natural de Pontevedra en Galicia sanándole de una pierna que se habia quebrado, vadeando el Pilcomayo. Léjos de componerse la fractura en cuarenta y cinco dias de cama, se ponia la pierna mas hinchada y dolorida, hasta que se hizo traer

á este Santuario, donde sanó en el término de un dia natural, con solo la vista curativa de esta Vírgen veneranda. D. Luis de Peralta Cabeza de Vaca, Correjidor entónces de este distrito, tomó informacion de este caso maravilloso, y lo depositó en el archivo de este convento.

CAPITULO XXX.

DE LA CENIZA VOLCÁNICA—UN RESUCITADO—DOS TULLIDOS Y EL INDIO URO CURADO É INSTRUIDO.

Es imposible referir todos los milagros que esta Vírgen adorable ha hecho y hace á cuantos la invocan y visitan; pues ella es para los desgraciados mortales mejor que la sabiduría, un tesoro inexahusto, inagotable, infinito de gracias. *Infinitus enim thesaurus est homnibus. Sap.* 7, *v.* 14. Sin embargo, seguiremos refiriendo los que ha conservado la historia.

El volcan de Arequipa en 1600 arrojó una rara erupcion de cenizas, cuyos espesos torbellinos oscurecieron la atmósfera, esparciéndose á un círculo de mas de doscientas leguas, pues cenicientas se pusieron las hojas de los árboles hasta Lima y Potosí, y á mas de ochenta leguas en el mar la vieron los navegantes. De modo que todo el Perú se vió cubierto de ceniza y de tinieblas parecidas á las de Egipto, cuya causa ignoraban los distantes. Viéndose los de Copacabana oprimidos con tan densa oscuridad, sin ver la luna, ni el sol, ni la laguna, ni aun los cerros del pueblo, acordaron sacar en procesion á la santa Imágen. Se juntaron algunos sacerdotes de Yunguyo, Zepita y provincia de Chucuito, el Gobernador, varios religiosos y mucha jente española. Salió la venerable efijie en hombros de sacerdotes por el cementerio, y al llegar al frente del arco de la laguna se vió repentinamente una gran claridad, y empezaron á dar voces á la Vírgen para que llevasen adelante aquella maravilla; lo que se verificó, dejando ese dia descubierta la Vírgen: y el cielo signió aclarándose hasta recobrar completamente la luz, que en las otras partes tardaron todavia á disfrutar; porque donde estaba esta vara prodigiosa de Moyses debia verificarse mas pronto la disipacion de las tinieblas y el recobro de la luz.

El archivo de este convento guardó la informacion del

siguiente milagro, hecha por D. Pedro Alonso Bajó, Vicario entónces en 1601 de la provincia de Canes y Canches, y despues Arcediano de la catedral de Arequipa. Llevaba un negro á un niño de siete años llamado Alonso Casana, y habiéndosele caido la capa al negro, al querérsela componer la revolvió por las piernas de la mula, que espantada, empezó á brincar y corcovear hasta tirarlos al suelo. El golpe fué tan feroz que el niño quedó muerto. Sus padres afligidísimos con tal desgracia, se acojieron con viva fé á la proteccion de la madre de Copacabana, acompañándolos en sus doloridas súplicas muchas personas testigos del lastimoso desastre. Prometieron visitarla con novenas, y llevarle una limosna á su iglesia. Apénas hicieron su promesa el difunto niño empezó á menearse, abrió los ojos y luego se levantó sano y bueno.

Sirvió de albañil en este convento un indio, Juan Poma, á quien la Vírgen en 1602 habia curado, siendo tullido de cinco años andando arrastrando por el suelo, causando lástima á todos. Hizo su novena, y en el sesto dia se levantó y sanó bien.

Por Marzo del mismo año curó la Vírgen á otro indio tullido de siete años, llamado Alonso Apasa, de Juli, que se animó á visitar esa casa de consuelos y prodigios. Al llegar se confesó y comulgó, siguiendo su novena con edificante devocion, pidiendo á la Vírgen le quitase aquel impedimento para ocuparse en su servicio; y el último dia se levantó con sana integridad, haciéndose lenguas en loor de la Vírgen santísima.

Por estos años sucedió la curacion é instruccion de un indio Uro, que presenció y escribió el Licenciado Diego Flores en su libro titulado—*Preciosa Margarita de la vida y muerte de la Vírgen Maria*, cuya sustancia es como sigue.

Un indio bárbaro natural de una rancheria de Uros, jente casi bestial que vive en miserables chozitas de este gran lago Titicaca, sustentándose con raices de totora, pececitos y aves de la laguna, teniendo algunos sus lugurios flotantes sobre la misma agua, sin union ni sociedad comun, ignorantes y estúpidos que dan compasion, como la tuvo esa bendita Vírgen del que vino á saludarla á gatas, por ser tullido *á nativitate*, ignorando hasta el Padre Nuestro y Ave Maria: se arrastró como pudo hasta el altar de la divina Madre, de cuyo templo no salió hasta concluir su novena, al fin de la

cual se levantó en pié, causando admiracion á los que ántes causó lástima. Pero mas asombrados quedaron cuando oyeron que ese bárbaro infeliz sabia las oraciones y misterios de nuestra santa fé, que en esas noches se dignó enseñarle aquella Madre celestial, que clamaba por el mas sabio de los Reyes—Incipientes, ignorantes, imbéciles, venid á mí, comed el pan de mi doctrina! Asi lo hizo con este negado idiota que ni siquiera santignarse ántes sabia, bajando de su trono para constituirse su doctrinera, enseñándole ademas un himno ó canto sobre la pasion de Jesus, que traducido es así:

El hermosísimo espejo
Sobre todo lo criado
Sin tener culpa ninguna
Sus queridos lo afearon.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor

Aquellos crueles sayones
Lo tratan como inhumano;
Le atan á una columna
Las manos, el cuello y brazos.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor.

Descargan con rabia azotes
En el cuerpo sacrosanto,
Y siendo esplendor de gloria
Sus carnes hacen pedazos.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor

Con juncos, duros espinos
Su cabeza taladron:
Viva corria la sangre
Por el uno y otro lado.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor.

Al que dá la vida y gloria
Honra y vida le quitaron:
Trátanlo como á ladron,
Hasta clavarlo en un palo.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor.

Con hiel amarga y vinagre
En la cruz ¡ay! lo abrevaron,
Y con lanza le partieron
Del corazon el costado.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor.

Asi muerto en el madero
Los ángeles lo lloraron,
Y los piadosos varones
A su madre lo entregaron.

¡Ay dolor, ay dolor!
Su sangre derramó por nuestro amor.

Este milagro y este cántico es uno de los mas tiernos que trae la novena de nuestra Señora, cuyo aprovechado discípulo ya no volvió á la vida silvestre de los Uros: sino que se fué á Juli, cuyos padres jesuitas decian que cuando el indio cantaba este himno lo hacia con tal devota compuncion y tierno dolor, que conmovia los corazones, haciendo llorar á cuantos lo oian. ¡Dichoso él que tuvo tal Maestra!

CAPITULO XXXI.

DE UNA CIEGA—UN DERRUMBADO EN UNA MINA—Y UN TULLIDO.

Es mejor no hacer votos ni promesas, que despues de haberlas hecho no cumplirlas. Este consejo del Espíritu Santo se lo enseñó prácticamente la Vírgen á una ciega que por poltrona lo habia olvidado. Era esa una tal doña Ana Abalos del Cuzco, que estuvo dos años privada de la vista, y prometió á la Vírgen de Copacabana visitarla á pié, si la aliviaba. Apareciósele la Señora por la noche y le dijo, que cumpliese su voto y recobraria la vista; y la recobró un poco al solo resolverlo. Púsose luego en camino, y la recobró entera. Siquiera por gratitud debia continuar su romería á pié; pero se dejó vencer de la molestia y cansancio natural, y en el tambo de Lurucache subió en un macho muy manso, que á pesar de ser su sillonero, la tiró, la arrastró y aun le puso su pata en la boca: castigo bien merecido á tan mal cumplidora de sus promesas. Bien lo conoció ella; pues al caer invocó de nuevo á la Madre de Copacabana pidiéndole auxilio y perdon de su poca fidelidad. A sus voces acudió jente, cortaron las riendas del macho, la levantaron sin lesion y sin ganas de volver á montar: siguió á pié su peregrinacion, y fué compunjida á dar gracias de sus beneficios á su celosa Libertadora. Sucedió esto el año 1603. Aquí podíamos decir lo de Virgilio—*Discite justitiam moniti, et non temnere divos.* Aprended infieles perezosos con este escarmiento á no despreciar ni olvidar las promesas hechas á los santos.

En las minas de Turco este mismo año, en la nombrada veta de los pobres, salvó la Vírgen á un indio de Pedro Rodriguez Romero. Estaba el pobre peon trabajando en una barbacoa de mazos grandes de madera, á cuatro estados bajo de tierra, cuando se hundió todo eso á veinte estados mas profundo, con gran fuerza de piedras y peñas enormes. Creyeron al pobro indio destrozado entre tanta balumba de ruinas; y no pudiendo sacarlo pronto, trataron de sacarlo á los dos dias, siquiera para enterrarlo como cristiano: pero con agradable sorpresa lo encontraron vivo entre dos peñas ahuecadas. Preguntándole como habia podido asilarse allí, contestó que se habia encomendado á la Señora de Copaca-

bana, y ella como una linda Matrona vestida de blanco lo habia tomado de la mano, y por entre tanto destrozo lo habia colocado en aquel hueco, de donde esperaba salir libre. Y así fué; dando todos gracias á Dios y á su santísima Madre.

Por Octubre del mismo año sanó esta Vírgen bendita á un indio de Chucuito, Ambrosio, que estaba tullido de quince años y andaba arrastrando de un lado. Vino á hacerle su novena, que ántes de acabarla se levantó en pié. Habiendo visto este milrgro un religioso predicador de este convento; que se estaba consumiendo con unos dolores contínuos de estómago, acudió con fervor á la santa Efijie, y se mejoró sin volver á sentir jamás tan penoso dolor.

CAPITULO XXXII.

SALVAMENTO DE CINCO INDIOS DE POTOSÍ.

Ya que la travesura de algun niño ó de algun desaforador indevoto ha arrancado de esta obra como cuatro capítulos, privándonos de saber lo que contendrian, supliremos el presente con el milagro de los indios de Potosí que trae la novena, y que precisamente debia estar en uno de ellos. Sucedió pues, que en las célebres labores de aquel afamado cerro de plata, que ya se ha hecho sinónimo de una riqueza fabulosa, estaban trabajando cinco indios mitayos (de los que se les obligaba á ir á trabajar aquellas minas desde las mas remotas provincias, muchos de los cuales morian allí), cuando se derrumbó un gran lienzo de tierra y los sepultó. Al verse cerrados y casi enterrados bajo una losa imposible de removerse por sus esfuerzos y aun por los ajenos, no hacian mas que encomendarse á la Vírgen de Copacabana, y ésta compasiva los asistió de un modo bien raro. Pues en primer lugar alimentó por diez y seis dias á esos infelices, que estaban verdaderamente echados en las tinieblas de la noche y sombras de la muerte, que cuando ménos les hubiese venido por hambre ó desesperacion: y luego inspiró á los de afuera el lugar donde debian minar para descubrir esa sepultura de vivos, que fué por donde habia un nicho en la mina con el niño Jesus, cuyas luces conservaban siempre prendidas esos devotos forzados. Se conoce la ingente mole de tierra que los

cubria, cuando para descubrirlos se necesitaron diez y seis dias de un trabajp constante y asíd io. Al cabo de los cuales, temiendo encontrarlos muertos siquiera de desfallecimiento, los encuentran vivos y alegres, contando las visitas celestiales que en su lóbrego sepulcro les hizo su amorosa Candelaria. Era cabalmente el dia de la purificacion, ese en que los sacaron. Y la tardanza fué seguramente calculada por la misma Vírgen, para que esa coindencia singular diese á conocer á todos, que la conservacion y salvamento de estos cinco mitayos fué obra exclusiur suya. Así lo creyó toda la ciudad de Potosí, que asombrada de tal portento, los llevó á la iglesia como en triunfo, acompañándolos los sacerdotes, los nobles y los plebeyos, para dar todos juntos las debidas gracias á esta Salvadora divina, cuya santa Imágen se puede decir que nació en uno de los talleres de aquella ciudad imperial. Y por eso los devotos Potosinos entre los desahogos de su religioso cariño con que veneran á esta Vírgen de Copacabana, uno de sus títulos es llamarla Paisana suya. Título que no debemos atribuir á idiotismo, sino á su fé; la cual nos enseña por los Apóstoles que todos somos ahora hermanos de Jesucristo, y algun dia serémos conciudadanos de los santos y domésticos del mismo Dios en la gloria.

CAPITULO XXXIII.

CONVERSION MILAGROSA DE UN DOCTOR DE CHUQUISACA.

Supliremos tambien este capítulo con un raro suceso, que tambien trae la novena y que podemos llamar el milagro de la gracia de esta Vírgen, que nos clama por la sabiduría—*In me gratia omnis viæ et veritatis, in me omnis spes vitæ et virtutis.* Habia, pues, en Chuquisaca un D. Diego, abogado famoso, que no vivia con la honestidad que nos impone Dios á todos por el sexto precepto de su santa ley. Pero el Señor, que muchas veces nos castiga con lo mismo que pecamos, permitió que traicionado ó desairado el Doctor por el objeto de su impura pasion, se desesperaba de celos y le parecia sufrir los duros tormentos del infierno al verse ó al creerse desamado. Comunicó sus tormentos á un amigo que él creia bueno, pero que en realidad era peor que Lucifer; pues en vez de aconsejarle remediase su herida con un amor

legítimo y honesto, le sugirió que se buscase otro objeto criminal: y como la ceguedad de las pasiones no repara en los medios de satisfacerse, por inícuas que sean, marchaba este frenético en busca de su nuevo abismo, y al pisar el umbral de cierta casa lo detiene un impertinente. ¡Impertinencia feliz, que le deparó la misericordia de Maria! Se diria casualidad, pero fué el amor de esta celestial Pastora de las almas perdidas, quien puso en el zaguan de aquella casa de perdicion un pintor que vendia cajoncitos de los que suelen hacerse en este Santuario con imágenes de medio relieve, bastante parecidas al original: abrió pues el pintor un cajoncito de esos; y presentándoselo de improviso al caballero, que venia con bien diversos pensamientos ¡Señor! le dijo: cómprese U. esta Madre de Copacabana para su señora: véala U. cuan linda es; barata se la he de dar, pero ella le ha de hacer á U. mil favores en el cuerpo y en el alma; pues es muy milagrosa. Ya habrá oido U. hablar de sus portentos. Pero si viera U. cómo lloran de gusto los que van á visitarla. Muchos enfermos van á su casa y todos.... Seguia el pintor su retaila, de la cual solo oyó el Doctor las primeras palabras; porque ver ese retrato de Maria, darle un vuelco el corazon, quedársele el alma arrebatada y arrasados los ojos de lágrimas, fué todo uno y tan pronto como la caida de Saulo cerca de Damasco. No hizo mas que alcanzarle al pintor lo que pidió, cerrar el cajoncito, aplicarlo á su palpitante pecho y regresar á su casa sin decir una palabra. Al llegar á ella desahogó su corazon por la boca y por los ojos: se arroja á los pies de Maria y derrite su alma en tales sentimientos de dolor por sus culpas y de amor por ella, que jura ser su eterno esclavo, y servirla y amarla para siempre con todas sus potencias y sentidos. Parecia que deliraba, y deliraba en efecto en aquel delirio inefable que le hizo exclamar al mas grande y al mas sublime de los convertidos. *¿Domine, quid me vis facere?* Su conversion fué ejemplar y edificante: y para poner un muro de eterna separacion entre él y el mundo, y para conservarle mejor á Maria su fidelidad amorosa, se va de Chuquisaca, dejando conveniencias y honores, dejándolo todo; pasa por Copacabana para agradecer á Maria el milagro de haber dado vista, vida y gracia á su alma; le ratifica sus promesas á los pies de su santa Imágen, y pasa á Arequipa á tomar la librea de sus custodios, el hábito de San Agustin, á quien tanto se parecia en los estravíos y en la conversion. Todo el tiempo

de su vida fué un modelo de virtud, de penitencia y de devocion á Maria, pidiéndole sin cesar la gracia de morir el dia de su purificacion. Gracia que le concedió piadosa la Madre divina que lo convirtió y cautivó con la primera mirada, como ál Esposo de los Cantares; llevándolo en su preciosa muerte á disfrutar entre sus hijos de la paz eterna del cielo, como creemos, ya que él dejó por ella todos los amores de la tierra.

CAPITULO XXXIV.

MILAGRO DE UNOS MISIONEROS NAVEGANTES.

Por la estrella radiante de Jacob vaticinaron á Maria los Profetas, y por la hermosa estrella del mar, la saluda la Iglesia santa y la invocan los apurados navegantes, quienes en las tormentas experimentan el poder de aquella que dice por Salomon—*In fluctibos maris ambulavi.* Por lo que se nos dispensará que suplamos el presente capítulo con la relacion de las furiosas tempestades de que la vírgen salvó al que esto escribe y á sus hermanos. Salieron de Burdeos para la Paz, 22 padres misioneros franciscanos, por Marzo de 1853; pero apénas estuvieron en el golfo de Gascuña se vieron combatidos por récios vientos que contrariaban su marcha y abatian sus ánimos con las embravecidas olas. Sus súplicas se elevaban al Señor y á su santísima Madre bajo la advocacion de Copacabana, cuya estampa habian puesto en la cámara, para que fuese la capitana de su peligrosa navegacion. El dia del glorioso Esposo de la Vírgen calmó esa primera tormenta; pero se siguieron otras de mas peligro. Por la latitud de Buenos-Aires estarian el primero de Mayo, cuando un violento y repentino huracan, que apénas dió un instante para amainar algunas velas, enfurcció al Atlántico de tal manera que hacia pasar las olas por sobre el buque, oscureció el horizonte con una especie de vapor nebuloso, como si el hirviente océano quisiera tragárselo; como tememos que se tragó una fragata inglesa que en aquel momento iba con todo su velámen desplegado, y no pareció mas. Corria igual peligro la fragata Arequipa, don iban los padres; pero sus clamores á los pies del cuadro de Copacabana obtuvieron la bonanza, sin mas pérdida que dos ó tres

velas menores, que no dió tiempo de recojerlas el furor del huracan, que se las llevó.

Pero mayor riesgo les esperaba en el con razon temido Cabo de Hornos. Ya casi estaban para doblarlo cuando los vientos se desencadenaron con un furor rabioso, combatiendo de dia y noche la crujiente nave, que ya no podia rejirse: se amarró el timon, y solo se dejó media velita á la capa, para equilibrar el balance, que tampoco podia conservarse, porque los golpes de mar y las olas desplomadas sobre el puente, eran incesantes y violentas. El bramido de los vientos aumentaba el terror; el frio y la oscura niebla, la lluvia helada y penetrante no dejaban maniobrar á los transidos marineros, el peligro se aumentaba por instantes y todo anunciaba una próxima catástrofe. En efecto, despues de varios dias de angustias aterradoras, el primero de Junio, un monte de agua asaltó con tal furor la proa del buque que desplomándose sobre el palo de bauprés, lo arrancó de raiz, este en su caida arrastró al palo de proa y parte del palo mayor, cayendo los tres con tal fracaso y estruendo, que pareció habian estallado el puente y abierto el casco de la Arequipa: y como esta cedia á tan enorme peso y las furiosas oleadas que lo sumerjian del lado, creyeron llegada su última hora, verificándose lo del salmo 106—*Ascendunt usque ad cœlos, et descendunt usque ad abissos, anima eorum in malis tabescebat.* Y miéntras el capitan con la tripulacion y algunos religiosos cortaban maromas y cadenas y arrojaban los desplomados palos al mar, los otros en tan supremo peligro, redoblaban sus gemidos á la Vírgen de Copacabana, única áncora de esperanza en aquella latitud y fatal situacion. Y ciertamente que sino hubiera sido su proteccion divina hubiesen fracazado sin remedio: porque miéntras el buque estaba tan ladeado y toda la gente útil ocupada en tan peligrosa maniobra, bastaba otro solo golpe para volcarlo y sumerjirlo al profundo abismo: y este golpe funesto fué el que impidió la mano de Maria. Luego *stetit spiritus procellæ,* empezó á calmar la revolucion horrísona de las olas y el bramido de los vientos, que se pusieron bonancibles; y la víspera de San Buenaventura llegaron con su nave desarbolada y ruinosa al puerto de Valparaiso, donde dieron gracias á Dios con una misa solemne y comunion general; y despues vinieron aquí á dárselas á esta Vírgen milagrosa que los salvára. *Siluerum fluctus maris, et deduxit eos in portum volun tatis eorum. v.* 29 *et* 30.

CAPTULO XXXV.

DE UN RELIGIOSO ASALTADO EN COMBI.

No podemos menos de suplir este capítulo con el suceso de Fr. Isidro Gelis, religioso franciscano, de los que el año 1843 estuvieron en este Santuario. Pues este pobre lego habia ido á Sorata en busca de plantas y semillas para la huerta de este convento; y al regresar, no pudiendo llegar á Tiquina, como pensaba, tuvo que quedarse en Combi. Asomóse á un rancho cerca de la capilla, donde solo encontró á un muchacho, á quien preguntó por sus padres y si podria alojarse allí aquella noche: entendió el religioso que sus padres luego llegarian de Achacache, y que él bien podia quedarse. En esa inteligencia le dijo que le proporcionase cebada para su caballito, y sacó su yesquero para sacar fuego. Sea que el ruido del eslabon ó la llegada de este huésped al anochecer lo asustase al muchacho, lo cierto es que él en vez de alcanzar la cebada pedida, se escapó á llamar la indiada, diciéndoles que el *Curicari* ó el matador habia llegado á su casa. Como en los ranchos de esa finca habia grasado una especie de fiebre que hizo algunas víctimas, ellos en su ignorancia las creyeron sacrificadas por el *Curicari;* así es que al grito del muchacho corrieron todos con palos y las mujeres con piedras. Léjos estaba el pobre lego de esperar semejante asalto, cuando al oirlos venir en alarma, les gritó qué querian? La contestacion fué, palo y piedra con gritos frenéticos de muera el *Caricari.* Esa griteria no les permitia oir lo que él les decia para calmarlos; y no solo lo iban hiriendo por la cabeza y el cuerpo, sino que le arrancaron el poncho y el hábito buscando los cuchillos ó puñales con que creian iba armado el religioso, para matar y sacar la manteca de los muertos. ¡Funesta preocupacion, que causa algunos asesinatos! Nada le encontraroı; y sin embargo, insistian en que los tendria ocultos, que siempre era *Caricari,* y que se hincase porque lo iban á matar. El les daba mil satisfacciones; pero como no lo entendian, ni querian atenderlo, pues la saña los cegaba, continuaban los golpes y los gritos, llevándolo hácia un hoyo cerca del camino para acabarlo y sepultarlo allí. Viéndose ya el religioso desnudo, rendido, ensangrentado y sin poderse defender de aquellas fieras, se hincó para morir, como ellos querian; pero se acordó de la

Vírgen y exclamó—¡Madre de Copacabana! ¿qué os he hecho para que me permitais esta desgracia? No me desampareis; asistidme en mi muerte! Miéntras invocaba á la Vírgen y rezaba su acto de contriccion, llegó á los gritos el Ilacata de la finca, y abriéndose paso por entre el tumulto quiso reconocer al *Caricari*, quizá para ayudarlo á matar. Pero para el infeliz religioso fué como un Angel custodio que le mandaba María; porque al oirlo y al verlo lo reconoció luego, y les dijo con enojo:—Quítense de aquí! este no es *Caricari*, sino Fr. Isidro de Copacabana, á quien yo conozco y vosotros habeis muerto.... Estaba en efecto tan maltratado y desfallecido, que parecia iba á espirar. Los mas frenéticos se retiraron, y algunos ayudaron al Ilacata á levantar y llevar á la choza al herido agonizante, donde lo abandonaron, temiendo quizá el castigo del asesinato, que ellos creyeron consumado; pero que la Vírgen impidió. Pues á pesar de varias contusiones en el cuerpo, del desangre por las heridas de la espalda, de la cabeza y de la frente, cuyas cicatrices conservará hasta el sepulcro, á pesar de la fiebre y del enagenamiento que se apoderó de él, se marchó á Tiquina al amanecer; pero maquinalmente, sin mas guia que la divina conductora de los cristianos. Allí apenas lo pudieron conocer, tan desfigurado estaba con la sangre ennegrecida y seca del semblante. Lo curaron con esmero: luego se cortó la fiebre, recobró el habla y la razon, y se vino á Copacabana á dar gracias á la Virgen por su socorro oportuno y su pronto restablecimiento.

CAPITULO XXXVI.

CURACION DE UNA RELIGIOSA DE BURDEOS.

Cuando el compendiador de estas truncas memorias fué á Europa, hizo litografiar en Paris una lámina de la Vírgen de Copacabana, dibujada por el P. Fray Justo Pastor Concha, para propagar su devocion y satisfacer los deseos de los novenantes. Una de esas láminas la dejó á las venerandas Religiosas del Sagrado Corazon de Jesus, cuyo establecimiento de enseñanza está fuera de Burdeos. Al lado del bosque de esa casa llamada Quadrille, hay otra casa de campo perteneciente al convento, y en ella tuvieron la bondad dichas Señoras de alojar á los Padres Misioneros miéntras esperaban su embarque para Bolivia. Esa casa se lla-

maba Genestás, y en su bosque levantó la Madre Superiora Señora Olimpia del Sacre Cœur, una capilla con su nichito, donde colocaron la estampa de Copacabana. Esa capillita la estiman aquellas Santas Monjas y sus discipulas, como un pequeño Santuario, al cual hacen con gran placer sus lindos peregrinages con frecuencia, segun se expresa en sus cartas. Una de esas Religiosas enfermó gravemente del pecho, y por mas remedios que se le aplicaron, el mal iba en progreso, anunciando una próxima muerte. De la ineficacia de los remedios humanos apeló la comunidad á los divinos, como acostumbran las almas piadosas. Las hermanas redoblaban sus oraciones á Dios y á los Santos por la salud de esa Religiosa tan útil y amada en la casa; pero no se conocia alivio. Y la Superiora como movida de una inspiracion, toma alguna de sus súbditas y discipulas y marcha á su pequeña Copacabana de Genestás. Se hincan ante aquella cópia, cuyo original oyeron de los Padres que tantos portentos hacia en Bolivia, y le piden la salud de aquella hermana deshauciada, quen entregan á su proteccion, prometiéndole hacer por ella una novena de visitas. No dudaron que la Vírgen oiria sus fervorosas preces, y regresaron al convento con esa fé: encontraron á la enferma mejor; siguió la mejoría hasta recobrarse enteramente, y luego fué con la comunidad á dar las gracias á la Madre Divina venerada en la pequeña Capilla de su Copacabana. ¡Bendita seais Vírgen portentosa! que aun á vuestras imperfectas cópias comunicais la virtud de vuestra Santa Imágen, á tanta distancia, mejor que el báculo de Eliséo desde el Carmelo á Sunam.

Es cierto que la curacion de esa religiosa no fué repentina, pero no por eso deja de ser maravillosa, como lo fué la limpieza de Naaman sino lavado por siete veces en el Jordan, y como lo es la gradual y casi imperceptible conservacion del universo, que como observa San Agustin, es un milagro permanente de la Divina Providenca. Al leer la carta de esta Venerable Superiora, que por su prudencia y piedad casi nos atreveríamos á comparar á la Santa Madre Chantal, no pudimos ménos de dar gracias á Dios; así como no hemos podido déjar de consignar aquí ese plausible suceso que nos comunicaba, llenándonos de gozo al ver que la devocion de esta santa Imágen de Maria ha fijado ya sus raices en una de las mas bellas capitales de la Francia. *Radicavi in populo honorificato.*

Y siquiera con estos hechos devotos hemos podido llena -el vacío de las páginas arrancadas al libro del R. P. Ramos, cuya relacion de milagros vamos á continuar, resumiéndolo con fidelidad.

CAPITULO XXXVII.

MILAGRO DEL TULLIDO SANADO AL VOLVERSE.

Nos dice San Pablo que el Espíritu de Dios espira y obra donde quiere y cuando quiere: y como Maria Santísima es la Inmaculada Esposa de ese Espíritu Divino, tambien nos dispensa sus gracias con espontaneidad soberana. Así lo hizo con un indio de Pusi, llamado Hernando Saaquita, que estuvo seis años tullido de ámbas piernas y vino á este Santuario con Don Francisco Laime, cacique principal del Perú, por Mayo de 1609. Pues aquí estuvo ese pobre más de tres meses en súplicas y gemidos á la Vírgen para recobrar su salud: pero sin alivio. Determinó volverse á su pueblo, y suplicó á un español que lo cargase sobre el almofrez, siquiera hasta Yunguyo, pues veia cuan incapaz estaba. Compadecido el español lo hizo poner sobre la carga; y casi puesto el sol empezaron á caminar. Pero llegando á la Cruz que estaba como á una milla del pueblo, el caballo del almofrez se paró, y por mas que hicieron no pudieron hacerle dar un paso ni atras ni adelante. Viendo el obstinado empaque del caballo y que ya era tarde, confuso de una cosa que jamás le habia sucedido con ese animal, resolvió pasar la noche allí mismo. A cosa de media noche empezó á gritar el tullido, diciendo que la Vírgen se le habia aparecido y lo habia curado. Se levantaron, y viéndolo en efecto restablecido, volvieron todos á Copacabana, donde los religiosos y todo el pueblo dieron gracias á Maria Santísima por la curacion repentina de aquel desgraciado á quien por tres meses vieron sin alivio, y á quien la tarde ántes habian visto salir cargado como un bulto por su mal estado de tullimiento. ¿Con qué desconsuelo se iria de esta santa casa de salud, y con qué fervor repetiria sus súplicas ántes de salir de sus confines? Y esa insistencia humilde y esa porfia de su fé le valió con la Vírgen, lo que la sumisa constancia de la admirable cananea le valió del compasivo corazon de Jesucristo.

CAPTULO XXXVIII.

UNA INDIA APUÑALEADA POR SU CELOSO MARIDO— Y UNA NIÑA RESUCITADA.

El mal de los celos es tan rabioso que el celoso lleva en su corazon un infierno abreviado. Eso quiso decir el esposo en los Cantatares. *Dura sicut infernus œmulatio:* y entre otros mil lo probó el indio de este caso, En la provincia de Caracollo, pueblo de Inquisivi, un indió la dió en celar á su muger Catalina Guampa, hasta el exceso de enfurecerse y de darle frenético tres puñaladas, una grande en la cabeza, otra en el pecho derecho y otra en la frente: como dos eran mortales quedó la pobre sin pulsos y se estaba helando ya con síntomas de muerte. Un español de los que corrieron á auxiliarla, se quitó una medida de nuestra Señora de Copacabana que traia con unas reliquias, y se la puso al cuello invocando á la Vírgen. Luego la moribunda volvió en sí, y á insinuacion del español pidió auxilio á esta milagrosa Madre, prometiendo ir á su templo: y en breve tiempo cobró entera salud con admiracion de todos.

Don Francisco Fernández Burgos y Doña Catalina Cañizares vecinos de Tupiza, provincia de Chinchas, recibieron de esta soberana Emperatriz el favor mas estupendo. Tenian estos esposos una niña de seis años á quien amaban sobremanera por ser la primera, y por haber nacido el dia de la Purificacion; esa criatura enfermó, y á pesar de las fervorosas súplicas de los padres á la Vírgen, prometiéndole pesar la niña en plata, para hacerle á su santuario un obsequio de igual peso, la niña murió. Aquí podemos decir de María lo que San Agustin dice de Jesucristo sobre Lázaro.—*Distulid sanare, ut possit resucitare.* Grande fué el dolor de estos padres, pero grande tambien fué su fé; porque á pesar de ver fria y amortajada á su querida hija, y á pesar de estar ya en la iglesia para enterrarla, siempre confiaron en la Vírgen. Así que, la madre en un exceso de su dolor y de su fé, tomó en brazos á su muerta hija y la puso sobre el altar de Nuestra Señora, interesando á los sacerdotes y seglares que allí estaban para el entierro, que la ayudasen á invocar á la Madre de Dios de Copacabana. La invocaron, y ¡cosa admirable! luego resucitó la niña con asonbro de todos. El sepelio se convirtió en una solemne

accion de gracias al Señor y á la sacratísima Vírgen por merced tan portentonsa. Con otra circunstancia mas, que habiendo la madre pedido ántes á la Vírgen que si se le llevaba esa primera hija, le diese otra, le dió ámbas; naciendo la segunda en el mismo dia de Candelaria, por la que en gratitud le pusieron el nombre de María, y despues vinieron todos á esta santa casa á cumplir su promesa.

Por las calles de Potosí estaba andando con su demanda un cofrade de esta Señora de Copacabana, en un dia de tormenta, y cayó un rayo que le dió en el sombrero haciéndole su camino hasta los piés. El no hizo mas que invocar á María; y cuando acudieron á favorecerle, lo hallaron con la señal, pero sin el menor daño.

Un indio tullido y ciego, Diego Catari, de la Chimba de Arequipa, se hizo traer á este santuario; y acabado el novenario se halló libre de las dos enfermedades.

CAPITULO XXXIX.

UN NIÑO CAIDO EN UN INGENIO—UN TULLIDO — LOS INDIOS DEL ANDAMIO Y OTROS.

El año 1611, en el ingenio de Paria, perteneciente á Juan Ruiz de Gaoma y Miguel Artos, un niño de cerca tres años cayó en la acequia y se lo llevó el agua hasta encajarlo de cabeza en el chiflon. Los que vieron tal desgaacia querian sacarlo aunque fuese con garabatos, lastimándolo; pues estaba tan clavado que no habia como sacarlo: y así estuvo mas de una hora comprimido por el chiflon y por el agua. Entretanto no hacian mas que invocar á la Vírgen de Copacabana. Luego desclavaron el chiflon y sacaron al niño vivo y sano, dando todos gracias á Dios y á su inmaculada Madre, por tan evidente milagro.

Diego Salcedo natural de Tarancon, en la Mancha, vino en 1613 á esta santa casa con una muleta y un negro que le ayudaba, pues era tullido y no podia moverse por sí. Un Sábado de su novena estaba él sentado cuando descubrieron la Imágen, y viéndola se dejó caer de rodillas invocándola con lágrimas en su remedio. Luego sintió un pavor y temblor en su cuerpo, y como un hormigueo extraño que le hizo erizar los cabellos. Pero, acabada la misa se levantó en

perfecta salud con asombro de los presentes que á voces bendecian al Señor y á su Santísima Madre.

El año 1614 para enderezar la capilla mayor de nuestra Señora, se levantó un andamio, que por muy alto ó por mal puesto amenazó desplomarse con estrago de los indios que estaban encima. Al apercibir el peligro quisieron los pobres echarse abajo, lo que era muy expuesto; pero iban ya á arrojarse si otros indios (que habian asistido á un entierro) no les hubiesen gritado que no se moviesen, y que se encomendase á la Vírgen, por cuyo servicio se veian en ese conflicto. Así lo hicieron unos y otros, clamando todos para que su Divina Patrona los librase, pues el andamio estaba cimbrando y crujiendo que daba horror. Pero ¡cosa rara! á sus clamores hizo la Vírgen que el andamio con la gente se fuese bajando poco á poco hasta el suelo, como si fuera por una máquina; de modo que nadie peligró, todos los indios quedaron libres, pero sin fracazo los palos del andamio se hicieron mil pedazos. Este portento fué demasiado visible por tantos hombres, que no sabian como agraeecerle á la Vírgen.

Otras varias maravillas sucedieron durante la fábrica de esa capilla mayor, y en especial no debe omitirse la de un indio que debia morir aplastado por un seron ó capacho de piedras grandes que estaban subiendo á la obra, tirando por una polea: cuando esta falseó y se cayó el seron con las piedras sobre el incauto izador, que todos creyeron muerto, é invocaron en su auxilio á su santa Madre, principalmente el Padre Prior Fray Juan Vizcaino, que gritó.—¡Válgate la Vírgen! Acudieron pronto y lo hallaron sin lesion alguna

Este mismo año 1614 hizo la Vírgen otro milagro en España. Iba Pedro Tapia de Zevallos natural de Martor, de Granada á Alcalá la Real, montado en una mula briosa que se espantó por una zarza, y tanto corcobeó y forcejeó que al fin lo tiró al jinete teniendo enredado el pié en un estribo. La mula seguia brincando mas asustada, y Tapia en tal afliccion no hacia mas que invocar á la Madre de Copacabana; pues habia estado en el Perú y sabia cuan milagrosa es: y en el momento experimentó el auxilio; pues la mula enganchó su pié en el otro estribo y cayó sin moverse mas. Así se desenredó él y quedó libre. Agradecido á tanto favor vino de España con su muger y sus hijos á Copacabana en Junio de 1618 á dar gracias á la Vírgen.

(Aquí falta todo el capítulo cuarenta, que tambien nos priva de saber sus milagros).

CAPITULO XLI.

FIESTA DE LA COLOCACION DE LA SANTA IMÁGEN EN SU CAPILLA MAYOR.

El dia seis de Abril de 1614, siendo Provincial el M. R. P. Fray Miguel Gutierrez y Prior de este Convento el P. Fray Juan Vizcaino, hadiéndose acabado la capilla mayor de la iglesia que es de bóveda con sus arcos torales y que tiene 35 pies de ancho y 50 de largo; para colocarse en ella la santa Imágen, se quitó del altar antiguo donde estaba, y para poner su tabernácalo en el mayor de dicha capilla, se puso en la sacristía con gran veneracion en sus andas, donde estuvo como tres dias sin verla mas persona que la encargada de la santa reliquia. Interin se colgaron en la iglesia ricos doseles, y en los altares colaterales de la capilla mayor se pusieron grandes y costosos adornos: el cimborio de la bóveda de la capilla tiene trece barrenos, de los cuales colgaban trece lámparas con sus luces. Treinta cirios de á diez libras ardian en el cuerpo de la capilla y lados del altar mayor. El cementerio de la iglesia se cerró y adornó con cuatro altares muy vistosos, con varios arcos y flores.

A la voz de esta fiesta acudieron de varias partes los sacerdotes, religiosos, corregidores, el gobernador de Chucuito y como doscientas personas de lustre, mas de dos mil indios forasteros, toda la música de Juli que se reunió con la de acá: así como la comunidad de los juesuitas con su P. Provincial, P. Juan Sebastian, se reunió con la nuestra, y se cantaron las vísperas á dos coros con gran solemnidad, concluyéndolas con una salve, el sábado de *Cuasimodo.*

Aquella noche hubo luminarias, bailes, fuegos artificiales, repiques y por la madrugada se dió la alborada con la misma música. El dia siguiente, Domingo, acudieron infinitos bailes, entre ellos el de los Incas muy bien vestidos y engalanados, armados en guerra con arcabuces, picas, chuzos, flechas y ondas, con su tambor y pífano precedian la procesion, que salió estando toda la gente reunida. La santa Imágen estaba con manto blanco todo bordado de recamados, todo laboreado de joyas y perlas de mucho valor, igualmente que el Divino Niño, y sus coronas de oro con rica pedrería, Así refulgente de belleza, colocada en una hermosa anda llevada por cuatro religiosos revestidos, como los Le-

vitas del Arca del Testamento, salió la milagrosa Reina de la sacristía, al mismo tiempo que sacaron del sagrario la custodia del Santísimo Sacramento debajo de pálio con su guion; y al reunirse ya en la puerta de la iglesia, la Vírgen hizo tres humillaciones á su Hijo y Señor Sacramentado, y pasó adelante, yendo el Santísimo atras, llevado entre gran alumbrado de cera por el dicho P. Provincial de la Compañía de Jesus, que oficiaba, rodeándolo ámbas comunidades. Así anduvo esa devotísima procesion con muchas andas de Santos, estandartes y lágrimas. En cada altar se hizo descanso y se cantaron devotas letrillas; y en el mismo órden se volvieron á la capilla mayor, á cuyo lado se colocó la anda de la Purísima Madre. Siguieron los oficios divinos con solemne misa y sermon, que lo predicó el P. Diego de Mora.

Despues de comer fueron en secreto cuatro religiosos á la iglesia, sacaron á la Imágen de las andas, y la pusieron en su tabernáculo del altar mayor, y con mucha cera. Colocada ya, abrieron las puertas, entró la gente á orar y á llorar ante su dulcísima Patrona, que para consuelo de tanto concurso se dejó abierta hasta la oracion.

El siguiente Lúnes se corrieron toros en la plaza (esta bárbara costumbre tiene aquí muchos mas aficionados frenéticos que en España), que estaba para mirarle con los tablados, ventanas y miradores adornados de tafetanes de colores y ricas sobrecamas, con mil juegos ó invenciones de público regocijo; y sin ocurrencia alguna desagradable se dió fin á esta fiesta de la colocacion de la santa Imágen en su trono (que por lo visto fué interino, como se vé de lo que sigue).

Dióse luego órden como hacer un retablo así para adorno de la capilla mayor como para que la Santísima Vírgen tuviese su tabernáculo y lugar propio, cual convenia á su decencia y veneracion. En eso trabajó mucho el P. Definidor entónces Fray Juan Vizcaino, pues siendo Prior se acabó de dorar para la fiesta de Candelaria del año 1618, en que se estrenó con gran fiesta. (Segun eso, el primer altar de la Vírgen fué el altar actual del Cármen; pues dice su inscripcion que, esta capilla y altar lo hizo el P. Fray Juan Vizcaino siendo Prior en el año 1614—y este retablo año 1618 pintólo Don Sebastian Acostopa Iuga). Hallóse en esa fiesta N. P. M. F. Gonzalo Diaz Pineiro, visitador de la otra provincia, y predicó en la colocacion de la santa

Imágen en su tabernáculo. Y el siguiente año saliendo por Provincial, como tan devoto de esta soberana Señora, puso el empeño posible para que de todo punto se acabase el retablo; como de hecho se acabó por la fiesta ne N. P. San Agustin del año 1619, y se halló tambien en ella.

Para solemnizar mejor esta fiesta convirtió la Vírgan á un indio su devoto que aun no estaba bautizado, segun la declaracion de su madre en la hora de la muerte. Era de 38 años, y por mandato del Superior lo bautizó sclemnemente el autor de estas memorias, despues de haberlo catequizado en la doctrina cristiana, como cura que era del pueblo.

Poco despues vino á este santuario Don Pedro de Osma Sarabria, natural de Madrid, á cumplir una novena que prometió á esta Vírgen, viéndose herido de la cabeza por los indios Uros Uchusumas, que se habian rebelado y fortalecido en una isla de la laguna cerca del Desaguadero. Habia ido á domar esa genta con el gobernador Don Pedro Jarama; pero salió tan mal herido que le sacaron diez y ocho partículas del casco. Acudió pronto á Copacabana, donde el cirujano ya encontró la herida pasmada, y dijo que si dentro una hora no hacia materia, era imposible escapar. Por supremo remedio le pusieron sobre la cabeza el manto de la Vírgen; y en poco tiempo sanó con admiracion de todos.

CAPITULO XLII.

MILAGRO DEL JUGADOR—DE LA LÁMPARA—DEL VINO Y DE UN DEGOLLADO.

Muchos son los obsequios con que la grata piedad de los fieles adorna esta sagrada Imágen; pero la mayor parte de las alhajas podemos decir que la Vírgen se las ha ganado con sus milagros; pues las mas son obsequiadas por devotos á quienes ella ha favorecido ó esperaban de ella favor y gracia. El primer anillo que se le puso fué una rara reserva de un soldado jugador; y decimos rara, porque cuando un jugador está en derrota es capaz de jugar el alma, de empeñar cuanto tiene, y de robar lo que no tiene para desquitarse. Pues este sería muy devoto de la Vírgen cuando habiéndose jugado un caudal, reservó ese anillo para ella. Gran sacrificio que la Vírgen se dignó aceptar con una es-

pecie de milagro; pues separó los dedos que ántes tenia unidos para que se le pudiese poner: y fué el primero que se le puso en esa su diestra adorable, que como la de la esposa santa está ahora cubierta de oro y de jacintos de mas valor y brillo, y tornatil como aquella por la abundancia de bendiciones que á todas direcciones imparte.

Lo mismo fué la gran lámpara ó araña de plata, que quizás no habia otra mayor en la cristiandad, y que la codicia impía de altos personajes ha hecho desaparecer de enmedio de este santuario. Pesaba mil y trescientos márcos, como 26 arrobas castellanas: al obsequiador le costó de manos á oncepesos cada marco: de modo que entre la plata y el trabajo costaba la lámpara unos veinticinco mil pesos. Pues bien: esa lámpara que tenia tantas candilejas como dias el año, fué devolucion á la Vírgen por otra pequeña que se dejó quitar por Alonso Escoto, ó que, como él decia, le prestó la Vírgen hasta hacer fortuna. La hizo en efecto con el favor suyo, y devolvióle su empréstito en lueros bien generosos; con la rara y milagrosa circunstancia de que en tanto tiempo no se echó de ver la falta de la lámpara pequeña hasta que el honrado ladron llegó con su recua trayendo la grande. Restitucion obsequiosa que fué producto de la proteccion de María, y que ella no dejó sin recompensa: pues habiendo este devoto comprado en el valle de Siguas, Condesuyo de Arequipa, muchas botijas de vino torcido y avinagrado, se le compuso de tal modo que fué vino escojido y generoso. Algo se parece eso á lo de Caná, y no sabemos que es mas admirable, si la conversion del agua ó la del vinagre en vino esquisito. Lo uno y otro se hizo por intercesion de María.

Ese favor fué el año 1618: pero aun quiso premiarle mas á dicho Escoto en un indio yanacona suyo, que habiéndose separado por aquellos valles fué á dar á una ranchería de indios que por quitarle su caballito y su atado lo apuñalearon y degollaron, desnudándolo de cuanto tenia. Pero este pobre llevaba una medida de nuestra Señora, que no quiso pereciese con su salvo-conducto. Dos dias estuvo el infeliz degollado cerca á un camino, como el herido por los ladrones del camino de Jericó, hasta que avisados un sacerdote y un español fueron á verlo, y hallándolo vivo aun, lo ayudaron é hicieron coser sus heridas, como el caritativo Samaritano con el viajero de Jerusalen. Pero á pesar de todos sus cuidados, sus heridas eran tan feas que se maravillaron de que

no hubiese muerto. Y efectivamente, milagro fué de la Vírgen su curacion y su vida; viéndose patentemente en la gran cicatriz que conservaba y que todos le vimos cuando vino con su amo Escoto y otros españoles á dar gracias á María.

El año 1619, en que grasó la peste llamada vulgarmente alfombrilla, que diezmó al Perú, viendo este pueblo la gran mortandad suplicaron á la Comunidad se sacase la santa Imágen en procesion, para que el Señor levantase aquel azote por intercesion de su Madre Santísima........

¡Qué lástima! Aquí acaban truncados estos curiosos anales de Copacabana. Por lo que nos vemos privados de saber si se acedió á la demanda del pueblo; pero creemos que en esa pública calamidad se le complaceria y que Dios haria cesar la peste en obsequio de este pueblo, depositario feliz de esta divina curadora de todas las plagas, como se aplacó el Señor con las oraciones y sacrificios de David y cesó la peste de Israel.

CAPITULO XLIII.

VIRTUD, ASPECTO Y ADORNOS DE LA SANTA IMÁGEN.

Por no abultar la obra omitimos muchos milagros de esta santa Imágen de Copacabana; pues los escritos hasta aquí son suficientes para probar su virtud prodigiosa y para encender la devocion de los fieles. Pero no podemos dejar de consignar aquí el milagro invisible pero continuado de la gracia, obrado cotidianamente por la presencia respetuosa y la vista penetrante de esta clementísima Madre de los pecadores, en la conversion de muchos á quienes ni los sermones mas convincentes, ni los castigos mas aterrantes pueden reducir al camino de la virtud, y basta su sola presencia para conmoverlos y convertirlos. A esas conversiones sinceras debemos atribuir lo encendido ó la palidez variada de su rostro virginal, con que parece que se cambia segun los sentimientos ó el estado de la conciencia de quien la mira. La vivacidad de sus ojos es sorprendente; y mas lo es aun esa especie de humedecimiento con que á veces parece que se le arrazan, como si quisiera llorar, y llorar hace á los mas duros.

En comprobante referiremos un suceso de ahora ménos de veinte años. Vino á estas tierras un jóven Belga, protes-

tante y bastante disoluto, incrédulo y bastante pifiador de las creencias católicas. Con estas cualidades de moda empezó á burlarse de las maravillas y de la magestad imponente de esta santa Imágen, que le referian los devotos con quienes él venia á este pueblo. Decia que todo eso son cuentos y gazmoñerías de fanáticos; que él estaba acostumbrado á oir grandes portentos y á ver imponentes Imágenes en Europa, que nada lo habia movido y que todo le habia marecido su desprecio. Escandalizados y compadecidos al mismo tiempo quedaron los compañeros de tanta desfachatez, y se callaron. Llegados aqui fueron á saludar á la Vírgen, como se acostumbra. El Belga fué tambien, mas por reirse de la estátua y de los devotos de María Santísima, que por otra cosa: así es que miéntras los demas iban subiendo al camarin sollozando, el subia sonriéndose. Pero cuando se descubrió la venerable Imágen, cuando sintió llorar á los circunstantes, cuando oyó los tiernos versos de la llegada, se hincó maquinalmente, y se sintió conmovido. Volvió á fijar su vista en el rostro de la Vírgen, y la Vírgen lo venció. No pudo disimular ni resistir mas: casi se desmayó, hasta que rompió en llanto y se convirtió. Así que se serenó un poco, lo sacaron del Camarin, le preguntaron qué le habia sucedido. Contestó que no lo podia explicar; pero que la Vírgen le habia atravesado el alma, y que queria ser católico. Se lo catequizó, y cuando estuvo instruido se lo bautizo solemnemente en la Catedral de la Paz. Así sabe favorecer esta santa Imágen aun á sus irrisores.

En el capítulo IV hemos hablado ya de la estátua y forma de la santa Efigie, ahora añadiremos, para los que no la conocen, el modo con que actualmente se la viste y adorna. En primer lugar tiene sobre la cabeza la hermosa corona de oro maciso de valor inestimable, tanto por las preciosas piedas que tiene engastadas cuanto por su rara labor y su curioso esmalte. En circunferencia de esta rica corona lleva un círculo de oro tambien con doce estrellas, el sol y la luna en sus estremos, del mismo metal, que vienen como á descansarle en sus hombros. Sobre la toca natural de la misma Imágen se le pone una peluca ó cabellera con su velo de gasa, de encanje y bordados, en los cuales se prenden las lindas flores de manos que hacen y obsequian con frecuencia las devotas novenantas. En el lugar de las orejas se le cambian siempre las arracadas ó carabanas, obsequiadas por varias señoras. En su cuello lleva una gangantilla de finísimas

perlas, regaladas nuevamente por una Señora paceña, en lugar de otra mas rica que con varias alhajas le quitaron, la que compró cierta Señorita que habiendósela puesto una vez quedó oprimida y murió como ahogada. En el pecho le brillan varias alhajas preciosas, como prendedores, ricos tembleques, y particularmente un pajarito como pavito de oro, cuyo variante plumaje lo forman piedrecitas muy raras y muy artísticamente acomodadas. El manto que se le cambia por las fiestas, ó cuando le obsequian, le viene desde los hombres hasta la peaña, extendido de abajo, como varias Imágenes antiguas de los santuarios, cubriéndosele de ojos, de piés, de brazos, de corazones y otras varias alhajitas de oro y plata que le regalan los infelices á quienes ella regala la gracia y la salud. Las manos, como ya se ha dicho, las tiene cuajadas de ricos anillos, obsequiados por mil personas diferentes, hasta por pobres y por militares, que tambien han puesto á sus piés las medallas de sus condecoraciones; en la derecha lleva una figurada cera de oro de primorosa labor; pues la candileja forma una abierta azucena adornada de piedras y perlas finas en el borde de sus hojas, lo mismo que el maguito y la candela cuyo remate es un brillante rubí que figura la llama: y en la izquierda lleva al Niño, cubierto tambien de alhajas y con corona de oro del mismo esquisito labor que la suya, obsequiadas ámbas por la religiosa ciudad de Arequipa. De la mano derecha le cuelga una graciosa canastita de oro con sus palomitas de lo mismo, y además un rico bastoncito de oro tambien, obsequiado segun se dice, por el Virey Conde Lemus; y otro de plata dorado, regalo posterior de un Challapateño. En la izquierda, á mas de las sortijas, lleva unos corazones de oro rodeados de brillantes de unas Señoritas de la Paz. Pero lo mas precioso de la santa Imágen es su cinto, que como Agustina le cae desde la cintura á los piés, adornado todo él de ricos broches, prendedores, cruces, y principalmente del gran rubí de mas de dos pulgadas de largo y como pulgada y media de ancho, es de valor inestimable, y se cree ser obsequiado por un rey moro.

Esta veneranda Efigie deslumbrante de pedreria y de magestad descansa sobre un pedestal de plata, formado con unas grandes hojas de lirio, como si la Vírgen brotara de esta pura flor—*Sicut lilium.* En los piés le viene una media luna muy grande de plata dorada con dos estrellas en las estremibades, cruzando por ella la espada y el baston de

un Presidente de Bolivia. El pedestal gira para que pueda revolverse la Vírgen de cara á la iglesia y al camarin. Por ámbas partes se la ve dentro de un sagrario ó trono de plata y de cristales espejados, sostenido por cuatro columnas salomónicas tambien de plata, á mas de varios floreros, candeleros, garras, angelitos, palomitas y otros adornos del mismo metal. Omitimos varios otros adornos, cuya particular y fastidiosa descripcion sería molestia.

CAPITULO XLIV.

CONSTRUCCION, FORMA Y ADORNOS INTERIORES DE LA IGLESIA.

Aquí acaban con su novena los curiosos anales del P. Ramos, y para continuarlos tendremos que valernos de nuestras propias averignaciones, pues no hemos podido conseguir la continuacion del P. Calanda, quien nos daria datos mas seguros y positivos para continuar la histoaia de los milagros de esta Vírgen, que no dudamos seguirian hasta llegar á mover el corazon del devoto Virey Conde de Lemus, que vino á construirle y dedicarle la sólida iglesia actualmente existente.

No podemos indicar el año fijo de esa magnífica construccion; pero, segun las decoraciones del presbiterio y una inscripcion en el marco de su puerta que dice, haberse dorado el año 1642, siendo Provicional el R. P. Fray Juan de Altamirano y Prior el P. M. Fray Martin de Belaoto.....se deja inferir que el templo se construiria por 1640 poco mas ó ménos. Su forma es la de una cruz perfecta, teniendo su buque interior 74 varas castellanas de largo y once con una tercia de ancho, sin el grosor de las paredes, que es de dos varas. En el cuerpo de la iglesia hay cinco capillas, tres al lado izquierdo y dos al lado derecho, porque la puerta lateral que está en ese lado empareja con el altar de San José: los otros dos altares de la derecha están dedicados uno á Jesus Nazareno y otro á la Vírgen del Cármen. Frente á este está el del Señor de las piedades, y frente al de Jesus Nazareno estaba ántes San Agustin y ahora está la Inmaculada Concepcion, Imágen preciosa traida de Europa por los Padres Misioneros. Estas capillas tienen como tres varas y media de hondo, y entre sus arcos de madera dorados y la cornisa de la iglesia están pintados varios milagros de la santa Imágen y el tránsito de la Santísima Vírgen. El coro

donde antiguamente rezarian los Padres Agustinos, es cuadrado, tiene dos órganos, pero sin sillería, en su sólido arco semicircular perfecto; se lee en grandes letras doradas—*Tota pulchra es Maria, et macula originalis nos est in te.* Debajo del coro, en el buque de la torre, está el bautisterio, y al frente un almacen para trastos. La corniza, el friso, el arquitrave, asi como los pilares medio salientes, de sobre los cuales arrancan los arcos de la bóveda, son dorados con floresta, figurando en medio de esos pilares unos medallones pintados y sostenidos por dos ángeles con Santos Agustinos: son de pincel europeo, como lo son tambien los grandes y hermosos lienzos que hay entre las capillas, y que podrian hacer honor á algun discipulo aventajado de Rafael ó de Rubens. El primero representa el nacimiento de S. Juan Bautista, el segundo, la presentacion de la Vírgen al templo, el tercero, el taller y los celos de San José, y el cuarto, el mas bello y clásico de todos, los santos desposorios. Son los mejores lienzos que he visto en América, exceptuando solamente los del Cármen de Cochabamba, que son dignos de Murillo.

En el fondo de los cruceros, sobre el altar de San Nicolás y de la Columna, hay otros cuatro lienzos de tamaño bien grande, pero de menos feliz pincel: representaban la Visitacion de la Vírgen á Santa Isabel, el nacimiento de Jesucristo, la huida á Egipto y la Asuncion de la Vírgen. La poca luz de estos cruceros, por no tener la media naranja ventana alguna, acaba de oscurecer su poco mérito. Los del presbitero son mejores y de mas natural ejecucion. Son diez grandes y tres chicos, que con sus marcos, repizas y remates doradas llenan ambos lados hasta las ventanas: representan la inmaculada Concepcion, la presentacion de la Vírgen, los Desposorios, la Anunciacion, la Visitacion, el nacimiento del Señor, la adoracion de los Reyes, la Circuncision, la infancia de Jesus y de San Juan, la fuga á Egipto, la Asuncion; con los dos Santos Agustinos que están al lado de la puerta del presbiterio. Bajo los marcos hay como una corniza floreada con un tablero de marquitos cuadrados con varios milagros de esta Vírgen. Entre el remate de los marcos y el arranque de la bóveda, que es de arista, como las seis de la Iglesia, están pintados Santa Mónica y su hijo S. Agustin.

En las columnas del arco toral hay una especie de altares suspendidos, todos dorados, de mucho adorno y lucimiento:

y el mismo arco toral está como forrado con otro arco de madera dorado con florones y serafines, y por la parte superior hay un gran escudo en el centro sostenido por dos Angeles, que será seguramente el escudo de armas del Fundador.

El altar mayor es un portento del arte, cuyos minuciosos detalles nos es imposible describir por la gran variedad de escultura, minuciosidad de entallados y audaz paciencia de ejecucion. En lo que conocemos de América no hemos visto otro que pueda competirle en la armoniosa riqueza de su conjunto. Es cierto que esa infinidad de molduras se resiente un poco del gusto demasiado prolijo de su siglo, como todas las obras físicas y morales que llevan siempre como la marca de su época. Pero esa cargazon de adornos, de arcos y de columnas en disminucion, de follajes y de labores de variedad tan rara, lejos de parecernos un defecto, es lo que realza su mérito: porque prueba la ingeniosa fecundidad del escultor y la riqueza del obsequiante piadoso, que se conoce quiso echar el resto á su munificencia religiosa. Acostumbrado uno á ver los altares raquíticos de muchas Iglesias de estas alturas, principalmente los de mas de doscientos de fecha, como este, al verlo los inteligentes no pueden dejar de asombrarse, y se creerán trasladados á alguna de aquellas abadias de España ó de Inglaterra, donde los ricos y sábios Benedictinos empleaban toda su riqueza y saber en los altares que dedicaban al culto del Altísimo. Este es digno de su Hija primogénita; es todo de madera de cedro muy bien dorada, cuyos materiales y manos costaria entónces un caudal, y quizás ahora no habria ni quien lo hiciera, ni quien lo costeára; como ha sucedido con la restauracion de la quemada Basílica de S. Pablo de Roma. Este tiene tres mesas con tres frontales de plata y tres graderias de lo mismo; porque antes de hacerse el Camarin, ó de decirse misas en él, se podian decir tres misas á la vez para satisfacer la gran afluencia de votos. Esas tres mesas están algo adelante desprendidas del cuerpo del retablo, para poderse manejar por atrás y subir al Sagrario con comodidad. El exterior de dicho sagrario está bastante llano y sin esa aglomeracion de adornos del resto del altar; pero abierto es de líndisima vista, porque sus puertas están chapeadas de espejos, sostenidos con listones de plata, conteniendo en el fondo la urna ó el Sagrario propiamente dicho, todo de plata, con la Custodia de oro, que con pedestal y todo tiene mas de tres cuartas.

En los primeros nichos casi laterales al Sagrario están el Señor de la Resurreccion y el gran Padre San Agustin. Encima de estos, en el segundo órden, hay dos hijos suyos, que parecen Santo Tomás de Villanueva y S. Simpliciano Arzobispo de Milan. En medio de estos Santos y sobre el Sagrario está el trono de la Vírgen, Imágen veneranda de este Santuario, cuyo arqueado nicho está adornado con un arco de plata y una graderia semicircular á los pies, de plata tambien, con diez y ocho corazones de lo mismo que sirven de candeleros, igualmente que seis jarros grandes para flores. En el hueco está el trono de la Santa Imágen que comunica con el Camarin, como se ha dicho en el capítulo anterior. Sobre el nicho de la Vírgen hay otro con un lienzo del Santo Obispo de Hipona, de poco mérito; á sus lados están en otros dos nichos S. Pedro y S. Pablo. Casi enmedio de estos hay otro cuadro de la Anunciacion; y por remate el nicho de la Santísima Trinidad, cuya coronacion se encarama con valentia contra la boveda del presbiterio, de modo que su cruz viene á dar al boton ó la llave de su centro. Y para lujo de ornamentacion balancean sobre los nichos laterales mas elevados dos Angeles con sus arpas.

Tal es el altar mayor de este Santuario, dorado por manos muy espertas el año 1681, siendo Provincial el R. P. Fr. Juan Sanabria y Prior del Convento el R. P. Predicador Fr. Nicolás de Sandoval, como consta de la inscripcion dorada que hay en las peñas de Santa Rosa y otra Santa, que antes estaban en el retablo.

Pedimos á los artistas é inteligentes nos dispensen la mala descripcion que acabamos de hacer de este hermosísimo altar, cuyos pormenores y esquisito trabajo no podemos explicar mejor por falta de términos técnicos, y por no fastidiar á los devotos, á quienes diremos que vengan á verlo y admirarlo. *Videte et miramini.*

CAPTULO XLV.

SACRISTIA Y CAMARIN.

Al lado izquierdo del presbiterio está la Sacristía, clara y espaciosa con una gran ventana sobre las cómodas con dos alacenas. Es de once varas cuadradas con paredes y bóveda muy fornidas, de la misma fábrica que la Iglesia. La cajoneria de la larga cómoda está llena de buenos ornamentos,

obsequiados los mas por los devotos de esta soberana Reina. En las alacenas hay los misales, vinajeras y la plata labrada del servicio de la Iglesia. Esta Sacristia sirve tambien de pasaje preciso para el camarin de la Vírgen, que está á la espalda del altar mayor, para que dándole vuelta se vea de cerca en toda su majestuosa hermosura.

Se sube á esta santa Cámara de María por dos escaleras de piedra, que en dias de concurso sirve la una para subir y la otra para bajar, por evitar el tropel, conservar el órden y el respeto debido al lugar santo. Al pisar dichas gradas el alma se siente poseida casi de un pavor igual al que se esperimenta al subir al *Sancta Sanctorum* de Roma por la escala santa del Señor. La anchura del camarin es casi igual á la de la Iglesia; pero tiene como unas ocho varas de largo solamente; asi es que apenas caben doscientas personas, porque tambien tiene su baranda de fierro ante el altar, obsequio de otro Presidente de Bolivia. El altar es muy sencillo por extar como agoviado bajo un pesado arco abierto en la pared maestra despues de la construccion del templo, ó hecho posteriormente. Sin embargo, la poca elegancia de ese arco y su pesadez parece que contribuyen á dar á la Imágen cierto aire de recojimiento y de majestad devota, semejante al de la opresion imponente de la cárcel de S. Pedro; cuyo efecto siente todo el mundo, aun cuando no sepan explicarlo, por que en estas cosas no es la óptica ni la decoracion la que sensibiliza nuestra alma, sino una cosa mas divina que aquel respeto con que los héroes antiguos se acercaban á la cueva de una Sibila.

A mas de los adornos de plata, de que hemos hablado antes y de otros accesorios, que omitimos, tiene este altar un frontal de curiosa labor, seis jarras, seis candeleros, seis floreros y otros adornos de plata. A los lados hay unas mesitas con dos escaparates, una con la Virgen de la Asunta y otra con el Patriarca San José, teniendo cada una un Angel encima.

Al ángulo derecho del camarin hay una pequeña Sacristia con su cómoda y ornamentos propios, de los cuales es el mejor regalado por el Sr. Dr. D. Juan de la Cruz Cisneros, Dean de la Catedral de la Paz. En el otro ángulo contiguo está el nuevo órgano hecho en París y obsequiado por Da. Francisca Cernades de Santa-Cruz. Como á cinco varas de altura existe todavia en la circunferencia un guarda-polvo de madera dorada, de donde pendia un rico arrimador de

damasco de seda que adornaba todo el camarin: fué obsequio del Sr. Coronel D. Toribio de la Barra. Ahora está empapelado con un buen papel afelpado y dorado, que ciertamente no equivale al damasco. Sobre ese guarda-polvo, encima del arco del altar hay un regular cuadro de la Purísima Concepcion de María, como procedente de dos ramas salidas del pecho de S. Joaquin y de Santa Ana, reuniéndose en una azucena, de la cual sale la Reina de las Vírgenes, á quien coronan las tres Personas de la Trinidad beatísima. En la bóveda azulada con estrellas hay tres Angeles bastante mal pintados, figurando sostener las tres lámparas que cuelgan del techo, dos de plata y una de metal dorado, igual á la que cuelga en la cúpula de la Iglesia, ambas obsequiadas por el catalán D. Juan Mas.

CAPITULO XLVI.

EXTERIOR DE LA IGLESIA—CEMENTERIO—CONVENTO—BEATERIO Y HOSPEDERIA.

Ya hemos dicho que este templo de Copacabana es de construccion sólida y elegante; pues hecha por un Virey á todo costo, que se trajo operarios europeos, es toda de cal y canto, de gruesos y férreos ladrillos, de una forma que indica la transicion del arte al gusto moderno con ciertos rasgos de la antigua arquitectura. Ella no es gótica como el duomo de milan, ni esbelta como Santa Genoveva de París; pero es mas armoniosa que muchas Catedrales, y el conjunto de sus cúpulas y torreoncitos le dan un aspecto imponente. En su altura la rodea una corniza orizontal excepto en la fachada de la puerta lateral que da frente á la plaza, donde forma como un triángulo sostenido por un gran arco, dentro del cual figura una linda portada en forma de altar, en cuyo nicho está la estátua del invicto combatidor de los Pelagianos y Maniqueos, pisando las cabezas de estos herejes. Encima está el escudo del Señor Obispo que consagró la Iglesia. Esta tiene 17 varas desde el suelo á la corniza que está adornada con varios torreoncitos, como pequeñas pirámides, que le agracian mucho y contribuyen con su peso al ornato y solidez de la fábrica. La torre es tambien muy robusta y de buen gusto: tiene 40 varas de elevacion con su cimborio, que tiene su regular campana: las ocho que se re-

pican en los ocho arcos son refundidas el año 1856 por D. José María Hurtado y su esposa Da. María de la Paz Suaso, cuyos nombres y los de sus hijos llevan.

Al lado opuesto del frente principal de la Iglesia, forma pareja con la torre una media naranja con su cimborio tambien, que es la cúpula de la gran escalera del coro. La cúpula principal del Templo no tiene ventana alguna, y aun los arquitos de su cimborio están tapados con grandes losas de berenguela, lo que contribuye á la oscuridad del centro de la Iglesia. En lugar de agujas góticas, las piramiditas y los cimborios están adornados con jarras de losa verde vidriada, que no dejan de darles cierta elegancia. El techo ó parte superior de la bóveda, lo mismo que la torre y las cúpulas están chapeadas de azulejos relucientes, cuya costosa mejora entendemos que fué hecha por los descendientes de los Incas, los Señores Titiataychis de este pueblo. Si bien las cúpulas se estaban descascarando y fué preciso cubrirlas con una capa de argamasa bruñida para precaver que se malograsen: es refaccion debida al Sr. Correjidor de entónces, D. Diego Guarachi.

El espacioso cementerio que está entre la Iglesia y la plaza, es un hermoso cuadro de cien varas de frente, adornado con antiquísimos colles ó acebuches del pais de inmarchitable verdor, en lugar del eterno olivo de la Minerva de Aténas, ó de los majestuosos cipreses de los Santuarios de España. En las esquinas hay cuatro capillas con sus cupulitas y bellos altares de estuco que antes servian para las procesiones de Renovacion mensual, y que despues se juzgó prudente tapiar, para evitar profanaciones. A mas de los torreoncitos que adornan la cerca del cementerio, descuella el arco principal muy esbelto y elevado, todo cubierto de azulejos verdes y blancos, como la torre: otros dos arcos hay en los otros frentes laterales de menores dimensiones y de menos atrevida construccion: el grande está frente al Norte, y los dos menores uno á Oriente, otro á Poniente y la Iglesia al Sud. Pero el principal adorno del cementerio es la cúpula de las tres Cruces; obra sorprendente por su solidéz é islamiento y por el grandor de las tres cruces de piedra que cobija, son de granito y la mayor es de una pieza, teniendo cuando ménos seis varas de alto, fuera del pedestal que tiene cinco cuartas. Las dos menores ó de los Ladrones tambien están sobre pedestales iguales, colocados los tres sobre el

plano de una galería de cuatro escalones de piedra, que rodean arrodillados los fervorosos novenantes, lo mismo que los Dalmatas se arrastran y adoran las de mármol que rodean la santa casa de Loreto, con cuyo Santuario tiene este comunicacion y participa de las mismas gracias é indulgencias por concesion del Pontífice Pio IX, Papa reinante, pedida por el Sr. Dean Cisneros. En la corniza interior de esta cúpula quedan todavia la Vírgen y varios Apóstoles de estuco; los que faltan los ha hecho caer el viento que arremolina allí arriba.

El convento está contiguo al lado Sud de la Iglesia: su claustro es un cuadro perfecto de 53 varas cuadradas, con 42 columnas, entre cada dos de las cuales hay su bóveda ó media naranjita con su corniza interior, todo de cal y ladrillo y de solidísima construccion. Lo singular de este claustro es que sus cuatro caras miran perfectamente á los cuatro puntos cardinales del globo, Oriente, poniente, Sud y Norte. Tiene bastantes celdas, su biblioteca y demas oficinas necesarias á una comunidad.

A mas del convento, que ya estaba en ruina y que han restaurado los Padres Recoletos, existe todavia la casa llamada Beaterio; porque por dos siglos vivieron en ella unas virtuosas Beatas Agustinas, cuya pequeña comunidad cuidaba de las ropas de la Iglesia, de la instruccion de las pobres indias que debian desposarse y del culto de su capilla particular que todavía se conserva con su altar de estuco dedicado á la Inmaculada Concepcion, cuyo novenario se hace siempre con solemnidad y dos procesiones. Ya no ha quedado ni una de estas santas mugeres, que se acabaron por consuncion, y la última Abadesa Betancurt harán quince años que murió.

Las Hospederías son dos casas de bastante capacidad, con algunas habitaciones para las novenantes; la una es de cuartos pequeños, para los indíjenas, y la otra de piezas mas cómodas para la gente española. Ambas son donacion de un D. Patricio la Cueva, de Arequipa, que á mediados del siglo pasado estuvo como asilado en este Santuario; y al retirarse á su pueblo dejó sus casas ó solares para albergue de los peregrinos. La gratitud debe consignar su nombre, pues ha hecho un gran beneficio público, y sin estas hospederías no tendrian tantos concurrentes donde asilarse.

Tambien existe aun la casa que ántes fué hospital para

los enfermos desvalidos tanto del lugar como forasteros. Pero ya no tiene ese destino, porque la enajenaron del Santuario, y sus dueños le dieron otro destino. Pero hemos sabido que el Sr. D. Gregorio Palacios, enlazado con la Señora Titiatauchi y gran propietario de varios terrenos de esta Península, quiere reparar con otra fundacion igual el perjuicio que con aquella enajenacion se hizo á la doliente humanidad. ¡Dios le conserve su vida hasta ver planteado en una de sus casas este asilo de Caridad!

CAPITULO XLVII.

ÚLTIMOS APUNTES CRONOLÓGICOS DE COPACABANA.

Los Padres Agustinos cuidaron de este Santuario por espacio de doscientos treinta y siete años; esto es, desde 1589 hasta 1826,en que empezaron á retirarse, por haberse dispuesto que solo secularizados podrian permanecer acá: algunos así lo hicieron, y quedaron sirviendo como de Curas interinos; pero otros conservaron su hábito aunque expulsados del Convento y quedaron acá como Sacerdotes particulares, por no separarse de la presencia de tan consoladora Madre, y algunos fueron á servir y á morir desconsolados léjos de esta Sion,fuera de esa sombra santa donde se habian asilado y donde habian pasado los primeros años de su vida religiosa. Mas viendo el General Santa-Cruz que el culto decaía, pensó realzar el Santuario con otra corporacion mas respetable que los Agustinos. Púsose de acuerdo con el Sr. Obispo de la Paz D. José Maria Mendizabal, y despues de informes y consultas, decretó en 4 de Noviembre de 1829, que instituyese una Colejiata en Copacabana con cinco Beneficiarios, cuyas constituciones formó el mismo Ilustrísimo Mendizabal, quedando con el deber de dar cuenta á la Santa Sede para la aprobacion canónica de esta ereccion. En virtud de ese decreto fueron nombrados los cinco sujetos siguientes: el Sr. Dr. D. Juan José de la Dehesa por Cura y Prepósito. el Dr. D. Mateo Gomez por Canónigo Maestre de Escuela, el Licenciado D. Agustin Sarmiento por Tesorero, el Dr. D. Rafael Salinas (actual Obispo de Cochabamba) por Racionero Colector y el Licenciado D. Manuel Oña y Simbron por Hospedero. Por otro decreto de Enero de 1830, se agregaron á la Colejiata un Sochantre y dos Capellanes, que tambien

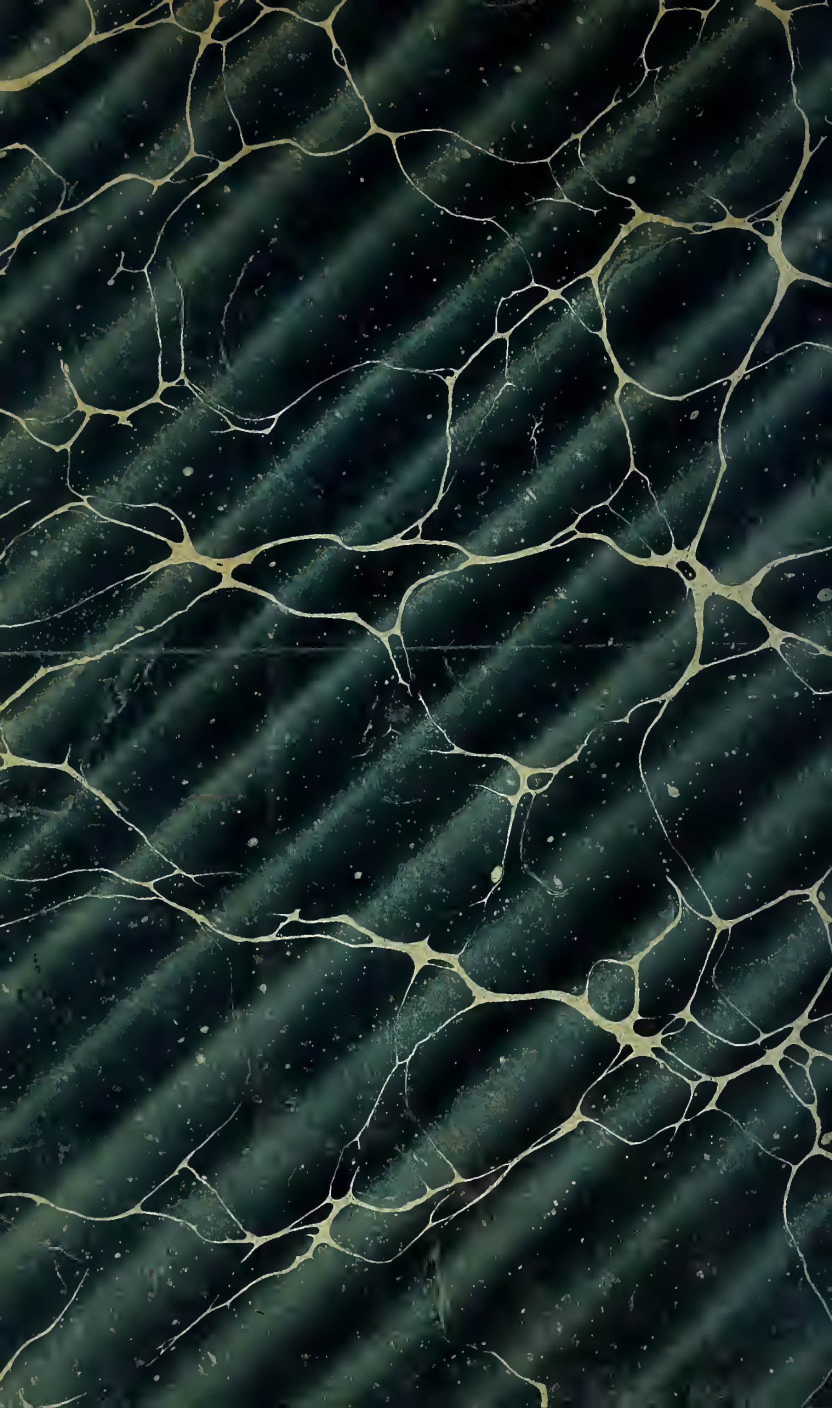
sirviesen de Ayudantes. Despues se fueron haciendo otros reglamentos para dar mas importancia al Santuario; pero á pesar de tan sábias medidas, no se obtuvo y quizás no se pidió la aprobacion pontificia, ni se tuvo la fortuna de conservar la buena armonía entre los Señores del Cabildo, algunos de los cuales fueron tambien promovidos á otros destinos; y la Colejiata fué decayendo, hasta que quedó solo el Sr. Sarmiento.

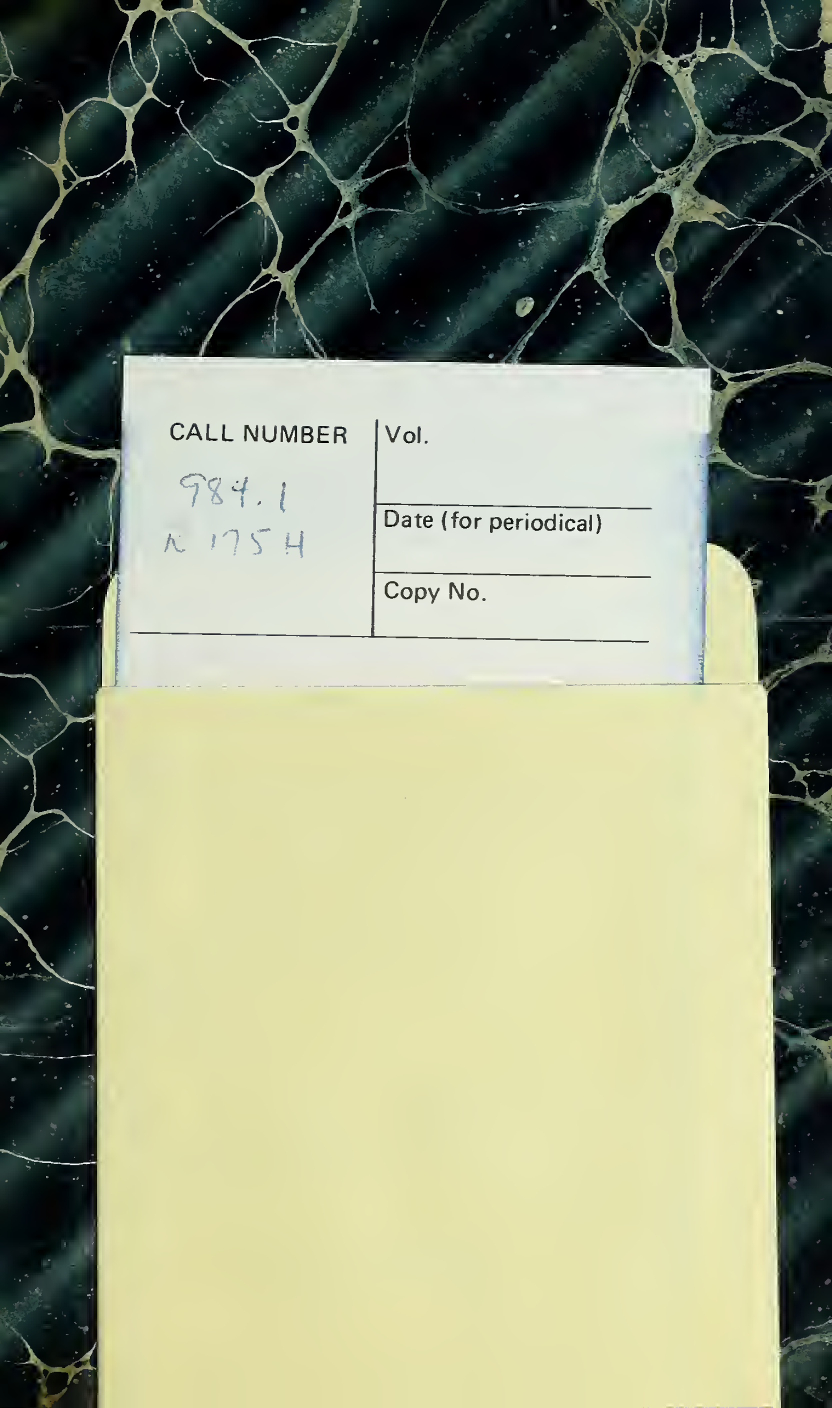
Entónces á principios del año 1842 el Gobierno del General Ballivian ordenó que se hiciesen cargo del Santuario los Padres Misioneros de la Paz, siendo nombrado Cura interino el R. P. Fr. José Comas. Y por desconfianza del mismo Gobierno, que receló á dichos Padres adictos al General Santa-Cruz, que aspiraba volver á Bolivia, fueron removidos y sustituidos por el Sr. Cura de Santiago de Machaca D. Julian Lopez Ballesteros, en Diciembre de 1843. A este lo sostituyó en Marzo del 44 el Sr. D. Manuel Enrique Jimenez, como Cura propio por concurso y colacion canónica. Sin embargo, por el Gobierno del General Belzu, de acuerdo con el Sr. Obispo D. Mariano Fernandez de Córdova, dicho Sr. Jimenez fué removido á Santiago de Guata, y sustituido por D. Juan Crisóstomo Laguna como Cura interino, en Octubre de 1850, que era Cura propio de S. Andres de Machaca. Este Sr. Laguna estuvo hasta Diciembre de 1851, en que, colocado el Sr. Jimenez de Canónigo en el coro de la Catedral de la Paz, despues de haber renunciado este curato, el Gobierno del General Belzu, de acuerdo con el mismo Señor Obispo Córdova, ordenó que fuesen otra vez al Santuario los Padres de Propaganda Fide, siendo nombrado Cura interino el R. P. Fr. Miguel Francisco Cabót, que tomó posesion el 16 de Diciembre de dicho año 1851: este Padre fué quien reedificó el Convento miéntras venian los Religiosos de Europa, que llegaron acá por Setiembre de 1853. Y luego el 16 de Octubre de este mismo año al Padre Cabót lo reemplazó el R. P. Fr. Rafael Sans, que actualmente sigue de Cura interino, que no sabe quien lo sucederá; pero si sabe que debe sujetar y sujeta todo lo escrito en esta historia á la correccion y censura de nuestra Santa Madre la Iglesia católica, en cuya fé vive y quiere morir.

Laus Deo, Ejusque Inmaculatæ Matri.

INDICE DE LOS CAPITULOS.

SEGUNDA PARTE.




CALL NUMBER
984.1
N 175H
Vol.
Date (for periodical)
Copy No.

